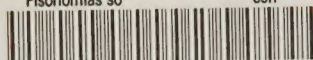


PQ 6555.A1 1923, vol. 1

Fisonomias so

cen



3 0081 002 038 176

Central Library
JOINT UNIVERSITY
LIBRARIES

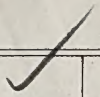
NASHVILLE TENNESSEE



PQ 6555 444448
.A1
1923
v.1

JUL-0257

Date Due



~~RECEIVED~~
05 MAR 1978

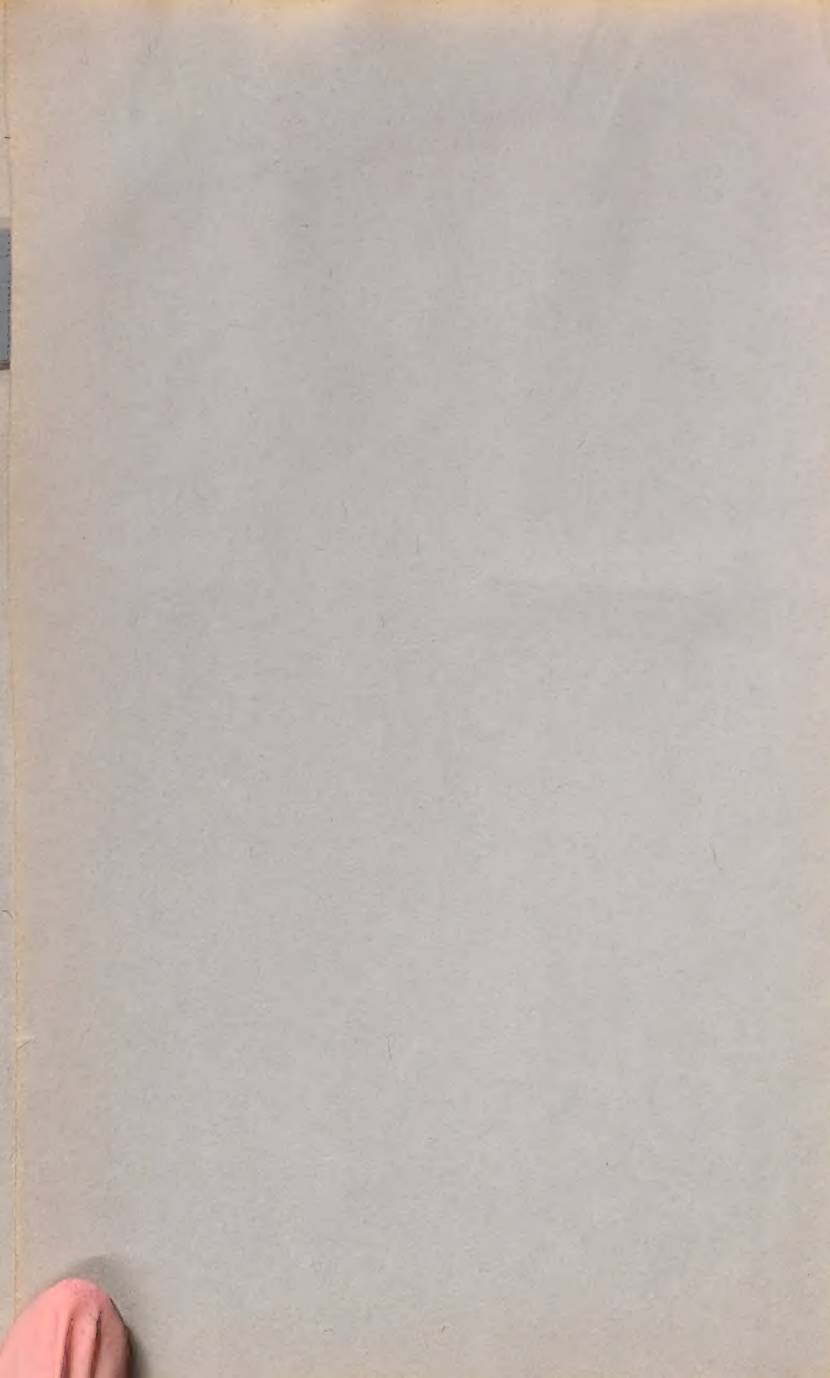
MAR 14 1978

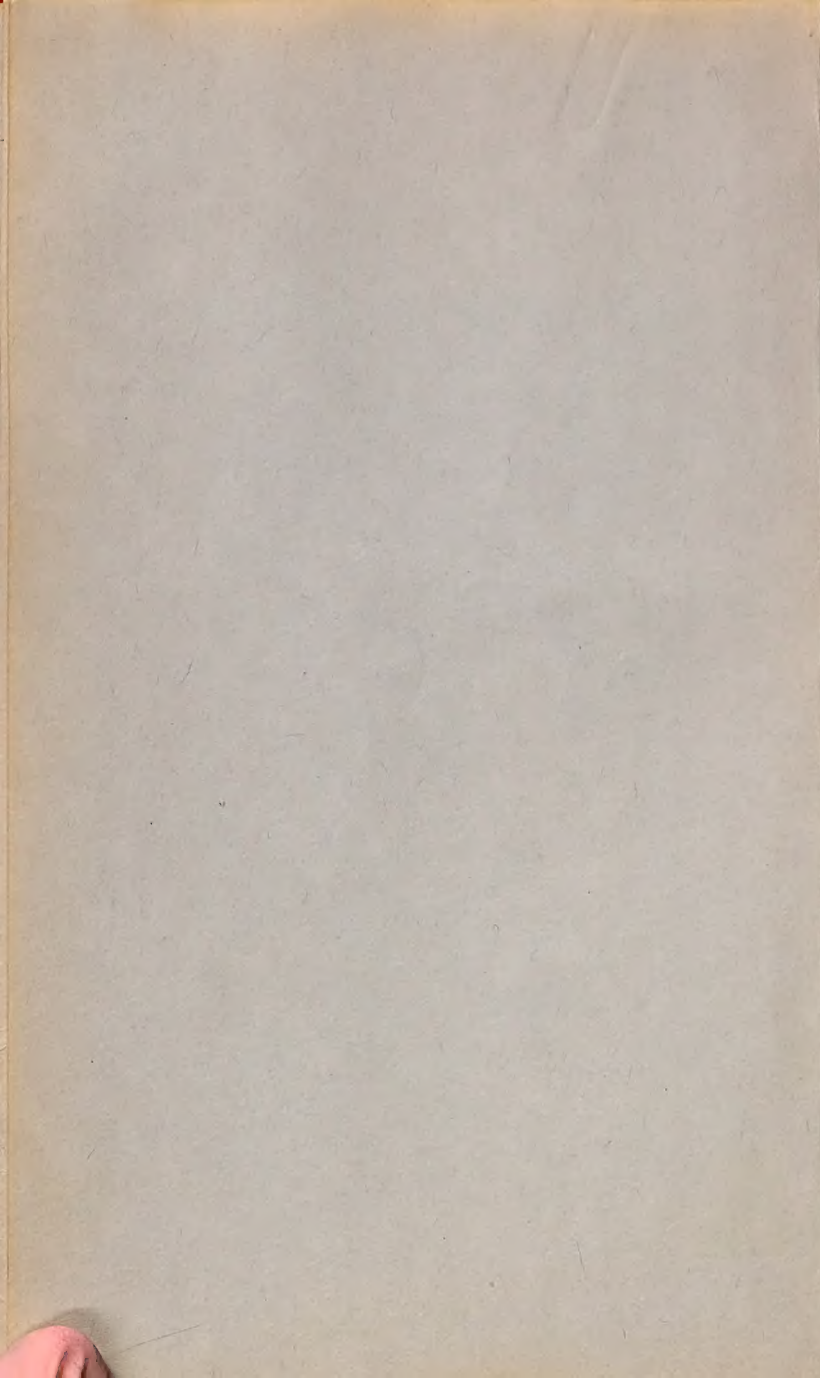
RETURNED

20 DEC 1986
DEC 3 1986

JUN 07 2005

RECEIVED AUG 15 2015





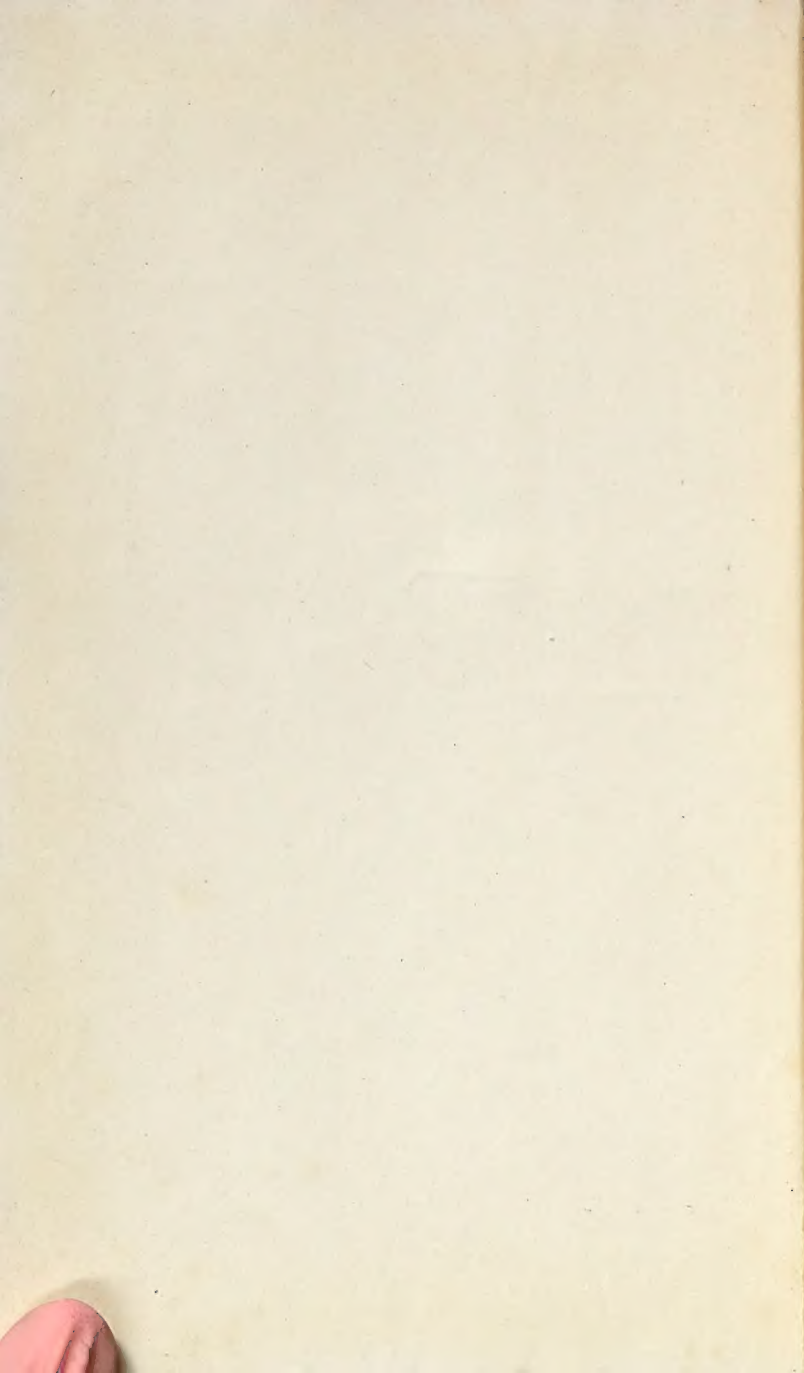
BENITO PEREZ GALDÓS

OBRAS INEDITAS

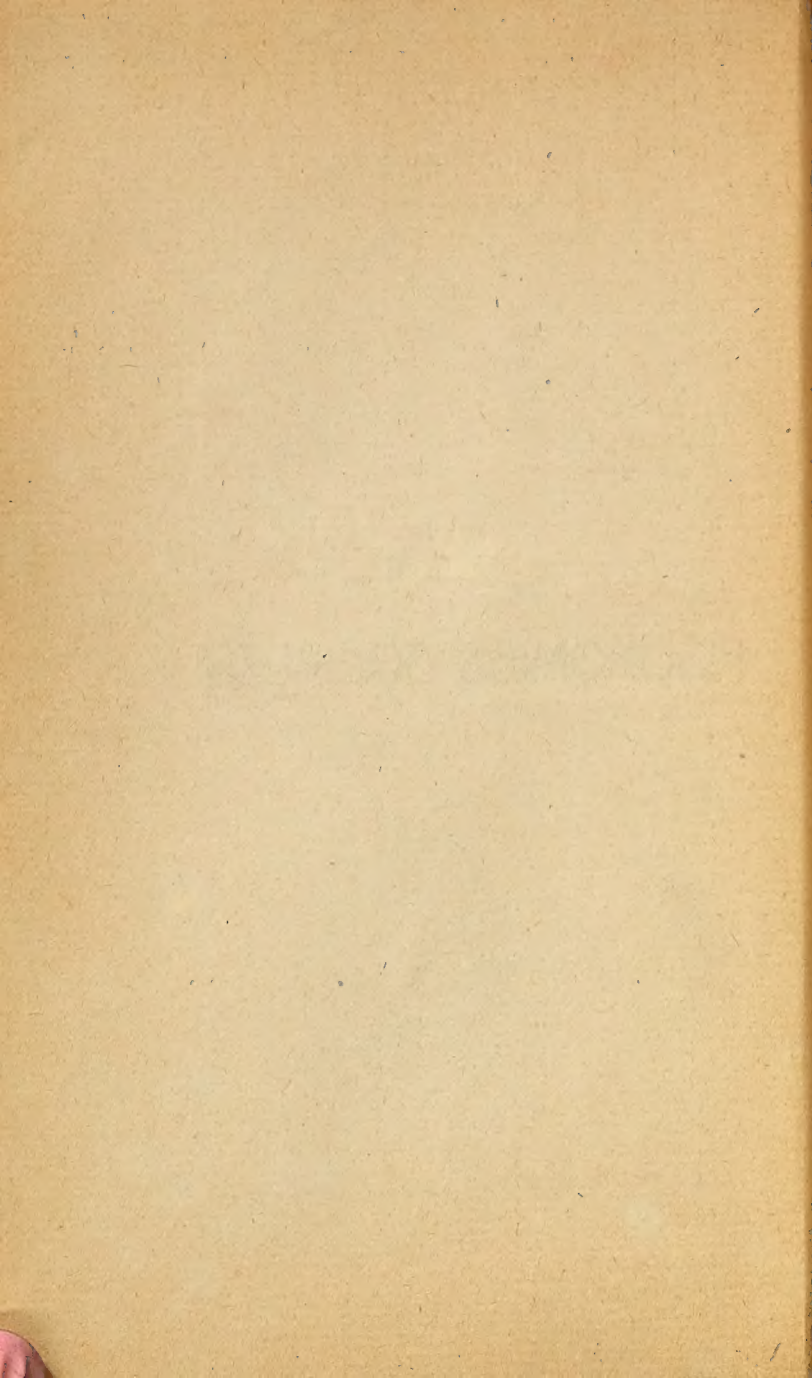
Fisonomías sociales



RECONOCIMIENTO



FISIONOMIAS SOCIALES



Benito Pérez Galdós

(Obras inéditas)

VOLUMEN I.

FISONOMIAS SOCIALES

Prólogo de Alberto Ghirardo



OL
DE LA
RENACIMIENTO

RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

MADRID

1923

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright, by Benito
Pérez Galdós.



EDITORIAL BÉTICA.—PIZARRO, 14.—MADRID.

PQ
6555
A1
1923
11

4444-3

PRÓLOGO

Peregrinos de América y del arte, en horas inolvidables de nuestra existencia azarosa, vibrantes de entusiasmo y estremecidos por la emoción, durante un atardecer otoñal en el suburbio madrileño, llegábamos a las puertas de la noble estancia, donde aún alentaba, ciego, aunque lleno de luz, indiscutido y glorioso, el más grande de los escritores de su época.

Y al encontrarnos frente al formidable anciano, al productor maravilloso, al creador sin rival, al extraordinario forjador de caracteres y pintor de ambientes, que nos tendía los brazos como en una caricia de abuelo magnificante y protector, pensamos que era aquél el gesto del mismo Cervantes redivivo, porque, para nosotros, Galdós es el genio literario latino, que después de tres siglos de silencio, vuelve a hacer su aparición en España, como en las antiguas leyendas reencarnan, periódicamente, los fundadores de razas y de pueblos.

—¡Maestro! Y la palabra, salida de nuestros labios, repercutió en el ámbito de la estancia, no con la vacuidad isócrona, con que se pronuncia, generalmente, cuando se hace en signo de convencional sumisión, sino con la armonía de las grandes síntesis, símbolo, en este caso, sencillo y admirable, de convicción y acatamiento.

Y el diálogo con el discípulo se inició tan franca, tan bella, tan cordialmente, que no podré olvidarlo jamás.

—¡América, la Argentina! Usted es un representante de eso que es, para mí, el porvenir de España. Con cuánto placer hubiera hecho yo ese viaje, realizado tantas veces con la imaginación y en el que ya no podré pensar...

Y como alguien le interrumpiera con una frase circunstancial, dijo Galdós:

—No. Yo sé que pronto he de morir. No quiero pensar, señor; puesto que pensar, según una expresión feliz, es empezar a realizar las cosas.

— Veo que coincide usted con Guyau, maestro.

—Con Guyau y con aquel otro filósofo antiguo, cuando afirma: no se realiza sino lo que se piensa.

— Lo que equivale a dejar sentado que ellos coincidieron antes...

Pues, si nadie se opone, coincidiremos hoy todos en el concepto, cuya paternidad no hay para que discutir. Y quédese el viaje en el limbo.

—¿En el limbo? ¿Y por qué en el limbo, maestro? dijo otro contertulio.

—Porque en el limbo no se piensa, amigo. Se descansa.

Y el maestro calló como anonadado por el esfuerzo. A su alrededor se hizo el silencio y algo extraordinario quedó, como palpitando, en el ambiente impregnado de la luz de su espíritu.

Nadie osó hablar hasta que el maestro, como reanudando un monólogo, dijo:

—Yo he escrito mucho para América. Especialmente para la Argentina. Durante diez años he sido corresponsal de un gran periódico, «La Prensa», de Buenos Aires. Y en ese lapso de tiempo me he ocupado de todos los asuntos de importancia que han conmovido la actualidad española y aún la extranjera.

—¿Y esa labor, maestro?

—Ahí está, en mi estudio de Santander, esperando mi mano ordenadora que ya no ordenará nada. Si usted quisiera ayudarme...

—¡Maestro!...

—Pues sí; usted, usted la ordenará. Es mucha labor. La traeré aquí, y, cuando sea oportuno, le avisaré. Es obra española y americana. Realizada con gran entusiasmo y desconocida aquí por completo. Ya verá, ya verá usted.

Y quedó convenido, entre maestro y discípulo, la labor futura. Se clasificaría todo, se harían volúmenes orgánicos, se buscarían títulos apropiados, y se lanzarían a la plaza literaria una serie de ocho o diez obras inéditas. Su labor de otros tantos años para América.

Volvimos a visitar a Galdós con frecuencia, pero ya nunca más pudimos continuar esta conversación. Un día nos escribió una carta. Quería hablar con nosotros, inmediatamente, sobre lo convenido. Acudimos presurosos a la cita que nos daba. ¡Pobre maestro! Fuimos pero no hablamos. Él no podía. Aquella cabeza luminosa, que tanto irradiara, no coordinaba ya. ¡Oh dolor! Y ese día salimos de la estancia del maestro llevando, en las pupilas, la sugestión de la muerte.

A los pocos días se extinguía la vida del gran anciano.

La casa RENACIMIENTO de Madrid, editora de las obras inéditas de Pérez Galdós, acaba de anunciar en su catálogo del corriente año-1923-como acontecimiento literario, esta publicación. Y, efectivamente, lo es en la más amplia acepción denominadora. Porque no se trata, en este caso, de una recopilación de manuscritos perdidos o abandonados, de esos que los hombres de pluma olvidan en sus gavetas, o no inutilizan por falta de tiempo; ni de una serie de apuntes no aprovechados y que solo adquieren importancia a través de la muerte de sus autores. No. El caso es muy distinto. La obra cuya publicación iniciamos con el presente volumen que hemos titulado «FI-SONOMIAS SOCIALES», es flor de producción Galdosiana, llevada a cabo en la mejor época de su autor, cuando aquél cerebro prodigioso se hallaba en

plena efervescencia. Baste decir que el original más antiguo de los que figuran en este libro lleva la fecha de 1883 y el más moderno diez años más tarde, o sea la de 1893, en la que fuera escrito el sugestivo y pintoresco capítulo titulado «El Cesante», conque termina este volumen.

Estamos seguros que los lectores españoles encontrarán en las páginas que hoy les ofrecemos, verdaderas revelaciones de un Galdós desconocido, no por su espíritu tan armónico y sereno siempre, tan admirablemente ponderado y ecuaníme,—el más alto, el más íntegro, el más puro,—sino por el criterio especial conque trata ciertos temas, particularmente los políticos, pues se ve que al encararlos, el escritor no olvidaba nunca que iba a ser escuchado fuera de las fronteras políticas de la patria. Más de un monárquico y más de un republicano español habrá de sorprenderse al escucharle esta vez.

Cumpliendo la voluntad del maestro, su hija y heredera universal, María Pérez Galdós, ha puesto en nuestras manos el tesoro literario de que era digna depositaria. Nosotros, con todo amor, hemos aceptado la misión de clasificar, ordenar, arquitecturar, digámoslo así, esta inmensa obra desparramada en publicaciones americanas durante diez años de fecundidad admirable. El gran cronista histórico que fue Galdós, el Galdós de los «Episodios Nacionales», reaparece aquí, para la generalidad de sus lectores, en

esta serie de obras inéditas, con todas sus inimitables cualidades. Verás, realista, humano siempre, el más humano, el más sencillo y, por sencillo, profundo, de los analizadores de épocas conque ha contado la literatura española.

Muchas, la mayor parte de estas páginas, han sido trazadas a raíz de los hechos reflejados en ellas, como un eco inmediato de los acontecimientos. Y esto les da también un mérito, una virtud propia, la de la espontaneidad conque fueron escritas, una frescura y un vigor especialísimos.

Nada por ejemplo, tan encantador, tan ilustrativo para los lectores extranjeros, como esas síntesis de ambiente realizadas en la serie de «Ciudades españolas» conque se inicia el presente volumen de «FI-SONOMIAS SOCIALES»; allí, en ellas, pintado a grandes rasgos, aparece cada pueblo con todas sus luces y sus sombras, sus cualidades y sus defectos. Es la vida misma de cada conglomerado social, irrumpiendo con sus colores verdaderos del cuadro literario compuesto por mano firme y animado de aliento perdurable. Tanto que cualquiera de estas descripciones puede figurar con actualidad presente a cuarenta años de concebida.

Otro aspecto interesantísimo, puesto de relieve en esta colección de obras inéditas, es el del Galdós periodista, el del Galdós «repórter». La entrevista al cura Galeote, asesino de un obispo, equivale a una verdadera revelación en el género. Sorpresas de estas encontrarán los lectores, especialmente en los volúme-

nes titulados «Cronicón», donde Galdós relata, con todo lujo de detalles, varios de los crímenes célebres que han conmovido a Madrid, entre ellos el ya mencionado de Galeote, y otros como el conocido por el de la calle de Fuencarral y los tremendos y horripilantes del bandido Melgares, émulo de Diego Corrientes.

En cuanto a los dos volúmenes dedicados a comentar la política española, tenemos la seguridad de que llamarán profundamente la atención, por la altitud de miras conque se plantean los problemas capitales de la vida nacional, así el del regionalismo, en donde, vidente y profético, aparece Galdós como precursor de los políticos de este instante, así el de los partidos que, con la denominación de conservador y liberal, forman las dos alas en que se apoya la monarquía española. Hay en ellos además importantísimas semblanzas de los principales hombres públicos de la época, entre las que se destacan las dedicadas a los famosos oradores Salmerón y Castelar, al que considera el más grande de los habidos en todos los tiempos.

En «Arte y Crítica» y en «Nuestro Teatro», los capítulos que los componen están todos llenos de alto valor literario y anecdótico, destacándose como verdaderos ensayos biográficos los en que se estudia a dos de las más características personalidades de la novela y el teatro, Fernández y González, y García Gutiérrez.

En cuanto al volumen de «Memorias» está formado en su parte fundamental, por los trabajos publicados

en «La Esfera», la gran revista de Madrid, que se los encargó durante los últimos años del maestro.

Del «Epistolario», solo diremos que no se ha publicado, en este género, de ningún contemporáneo, nada que siquiera se le aproxime en su valer literario, político y social.

ALBERTO GHIRALDO.

Madrid, 1923.

Ciudades de España

San Sebastián

I

La importancia de esta ciudad, como residencia de verano es tan grande, que bien merece el nombre de *capital canicular de las Españas*, que algunos le han dado. Durante los meses de Julio y Agosto esto es un Madrid marítimo, un Madrid sin calor, rodeado de agua y de praderas. Lo que principalmente identifica a la hermosa ciudad guipuzcoana con la histórica villa es el vecindario que la habita en esta época, el cual es enteramente madrileño. En el *boulevard* y en el café se ven las mismas caras que hemos visto en Madrid durante el invierno. Esta inmigración enorme ha traído, con las fisonomías, las costumbres metropolitanas, aquella alegría de Madrid, que es como si la población estuviera en perpetua feria; ha traído las diversiones y espectáculos, los teatros, circos y conciertos. Para que nada falte, Madrid se trae a San Sebastián sus toros y toreros, y las corridas que aquí se dan compiten con las famosas de allá en la temporada de

primavera. Y por fin la capitalización de esta ciudad queda rematada con el hecho de trasladarse aquí todos los políticos a continuar los manejos interrumpidos por la clausura del Congreso.

Los mismos grupos que se ven a ciertas horas en la calle de Alcalá, en el Prado o en el Retiro, aparecen aquí sin más variación que las diferencias de vestido impuestas por el clima. Una de las figuras más decorativas de esta ciudad en verano es la del jefe de facción, rodeado de cuatro o cinco personajes de tercera fila, expresándose con reposado lenguaje un tanto misterioso, y afectando en todas sus conversaciones un interés por la cosa pública que raya en monomanía. Aquí son frecuentes las rupturas y las reconciliaciones entre los grupos o pandillas acaudilladas por esta o la otra persona. Se trabaja en la conspiración pacífica, y se preparan las campañas del invierno con un ahinco digno de más alto empleo. Los desposeídos vienen aquí a entonar el himno de sus lamentos, y los triunfadores a cantar el *dies irae* de las amenazas. Lo más particular es que, reinando entre todos un gran espíritu de tolerancia familiar, los políticos, cualesquiera que sean su color y divisa, se reúnen y discuten juntos, tratando de asuntos públicos en el tono más llano y pedestre del mundo.

Parece que traen entre manos un negocio que les pertenece exclusivamente, o que se reparten los beneficios de una sociedad comanditaria. Aunque parezca mentira, juzgando por las alharacas del Con-

greso y de la Prensa, entre nuestros políticos reina una fraternidad grande. Los ministeriales y los de oposición se reúnen, se tratan amistosa y benévolamente, se prestan pequeños y aun grandes servicios; en una palabra, marchan de acuerdo en esta organizada explotación del país, que se llama política. Creeríase que es todo una comedia en la cual alternadamente trabajan estos y aquellos actores, conviniendo unos y otros en silbarse en público y en ayudarse entre bastidores.

Pero volvamos a San Sebastián. El madrileño encuentra aquí su pasear eterno, sus cafés poblados de gente, sus reuniones agradabilísimas, sus teatros, conciertos y ejercicios ecuestres, sus toros, y, por último, lo que allá se llama ampulosamente los *Círculos políticos*. Suelen éstos componerse de algún aburrido ex ministro, de algún director en plena posesión de la nómina, rodeados ambos de una pequeña corte de secuaces, generalmente gente holgazana e inútil para todo, como no sea para la intriga. Otras veces componen los tales *círculos* algunos señores disponibles, procedentes de la respectable clase de abogados sin pleitos o médicos sin enfermos, y dánles fuerza e interés los cesantes, que a todo *Círculo* de estos se arriman para desembuchar el fárrago de sus agravios.

San Sebastián gana lo indecible con esta ventaja de los *círculos políticos de verano*, pues aunque muchas tituladas eminencias y aun algunos jefes de partido veranean en los pueblos franceses de la

frontera, las excursiones a España son frecuentes, y San Sebastián es un teatro constante de conferencias, aproximaciones, almuerzos políticos, comidas transcendentales y meriendas demoledoras.

Cuando se entra por primera vez en esta ciudad, sorprenden su corrección, regularidad, aseo y hermosura. So parece, por su situación, a Ginebra; tiene, en grado superior, la cultura de las mejores ciudades francesas y la alegría de las andaluzas. A primera vista se observa que es una ciudad de recreo, construída expresamente para que se divierta la gente. Es un gran albergue de forasteros, como Niza, Mónaco o Montecarlo, y se compone, casi exclusivamente, de notables casas de huéspedes y habitaciones particulares amuebladas, que se alquilan durante la temporada.

En veinte años próximamente, es decir, desde que se derribaron las murallas hasta la fecha, se ha realizado el prodigio de esta ciudad improvisada, hermosa como un ideal de ciudades. Todo en ella parece expresamente dispuesto para recreo de la vista. Las calles son anchas y rectas, el caserío monumental en su mayor parte, abundando aquí y allí los más ricos materiales de construcción. Los paseos y jardines públicos no desmerecen del caserío, y, por fin, la ciudad completa sus encantos con su situación incomparable, su rasante, perfectamente horizontal, entre una ría anchísima y una playa semi-circular, abierta, bellísima. La ciudad nueva ocupa el istmo que une al continente la pe-

nínsula o mogote de Monte-orgullu, un cerro empenachado de árboles, batido del mar en su mayor parte, alto, redondo, solo, magníficamente orgulloso y esbelto. Al pie de este verde y alegre monte se extiende la ciudad vieja, a la cual no debiera aplicarse en rigor este calificativo, pues, en realidad, sólo es una población menos nueva que la moderna. De la antigua San Sebastián no queda nada. Incendiada en una de nuestras guerras civiles, fué construída totalmente de nueva planta en época en que ya estaban muy generalizadas las buenas prácticas de urbanización. Fuera de la iglesia de Santa María, notable por su capacidad, la elegancia un tanto recargada de su arquitectura y por sus excelentes órganos, la vieja San Sebastián no ofrece nada de particular.

En cambio, la ciudad nueva, la ciudad de recreo es un encanto. La moderna ciencia, arte, o lo que sea, de la urbanización no nos dará fácilmente un ejemplo más hermoso de la bondad de sus teorías. Es un pedazo de París, construído con la amplitud de las ciudades americanas.

Pero el principal atractivo de San Sebastián consiste en su famosa playa llamada de la *Concha*. Los guipuzcoanos sostienen que es la mejor de las playas conocidas, y que la exploración de todo el litoral del Universo no daría por resultado el hallazgo de otra mejor. En esta misma costa cantábrica encontramos luego una playa, que, si no supera a la de San Sebastián, la iguala seguramente. La venta-

ja real de la célebre *Concha* está en su situación respecto de la ciudad. Decía el célebre Calino, el filósofo de la ingenuidad: «Siendo tan hermoso el campo, ¿por qué no se han construido en él las ciudades?» Aplicando esta filosofía a las residencias marítimas que hoy hacen tan gran papel en la terapéutica moderna, resulta que es mejor construir las ciudades en las playas, que llevar éstas a las ciudades. Los guipuzcoanos lo han entendido así, y han levantado un caserío de primer orden en las inmediaciones de la *Concha*. En dos minutos se puede ir, aquí, de la casa al baño y del baño al café. A las horas más calurosas del día, cuando las mansas olas reciben en su espuma ochocientos o mil bañistas, el aspecto de esta playa es de lo más bonito, animado y pintoresco que se podría imaginar. Los abigarrados trajes de tantas náyades y tritones forman un conjunto de indescriptible confusión, a la cual se une la algarabía de voces, risotadas de mujeres, hombres y niños, para hacerla más interesante. La promiscuidad de sexos se verifica en las condiciones más inocentes, y todo es allí confianza y alegría, dentro de la compostura que reclaman los peligros de la natación.

San Sebastián tiene un puertecito que parece de muñecas. En él no entran sino barcos pequeños. Pero hace algunos años que se empezaron las grandes obras del inmediato puerto de Pasajes, y, gracias a esto, la capital de Guipúzcoa no será simplemente un sitio de recreo, sino una plaza comer-

cial de primer orden. Examinada esta ciudad en su vecindario fijo, resulta un pueblo híbrido, como todos los pueblos fronterizos. Así como en Bayona rara es la persona que no habla español, en San Sebastián casi todos los habitantes se expresan fácilmente en francés. Durante la temporada de verano los pueblos de ambas naciones que se dedican a albergar forasteros, están en comunicación constante; todos los días salen de San Sebastián trenes de recreo que llevan a Biarritz y a Bayona millares de personas ávidas de pasar la frontera. Cuando San Sebastián da las célebres corridas de toros, el ferrocarril transporta un número increíble de franceses, ansiosos de ver y gozar en territorio español el espectáculo de esa fiesta fascinadora que todos censuran y que todos desean conocer. Los extranjeros asisten a ella con verdadera fiebre de curiosidad. Todas las peripecias que en la plaza ocurren les impresionan de la manera más viva. El entusiasmo no cede sino al terror, y el batir palmas sólo cesa cuando se erizan los cabellos. Como rarísima vez hay desgracias, todo termina en júbilo y gritería, y los franceses se vuelven a Francia con marcada inclinación a introducir en su país nuestra clásica fiesta. Por San Sebastián han entrado en España muchas cosas de diversa índole: unas excelentes, otras muy malas. Por la misma ciudad (esto es profecía de un ingenioso francés) entrarán en Francia los toros.

II

Para expresar una opinión sobre el pueblo guipuzcoano es necesario dividirlo previamente en dos grandes grupos o secciones: los habitantes de la capital y los del campo. No haciendo esta distinción, que debe extenderse a todo el país vascongado, es fácil incurrir en injusticia. Más, separados los dos grupos o castas, ya podemos poner libremente nuestras simpatías en los habitantes de San Sebastián, quedando todos nuestros anatemas para la población rural, a quien debemos dos cruelísimas guerras civiles en lo que va de siglo. Todo lo que digamos en elogio de la cultura, del espíritu ampliamente expansivo y liberal que constituyen, con otras cualidades, el carácter de los guipuzcoanos de la capital, resultaría pálido al lado de la verdad. En cuanto a los rurales, han hecho demasiado daño a nuestro país para que podamos mirarlos con simpatía, aunque no podemos negar que atesoran virtudes y prendas de valía. El vascongado es trabajador, leal, honrado, buen soldado y mejor marino, prodigio de constancia, o, hablando más propiamente, de tenacidad; pero la facilidad con que se enciende su espíritu en pro del absolutismo y la prontitud lamentable con que se arma en su defensa, le hace descender forzosamente en la escala de nuestra admiración. País es aquél de grandes errores y cuna de formidables caracteres. Dudo que en la historia toda se encuentre un ejemplo de constancia y de firmeza moral comparable

al de San Ignacio de Loyola. Él sólo bastaría para que se adjudicase al tipo vascongado el primer premio en terquedad organizadora. En orden muy distinto, Juan Sebastián Elcano y Churruca ofrecen la misma cualidad aplicada a la morería con beneficio grande de la humanidad y de la civilización. También las armas han recibido honroso contingente del país vascongado, y las letras no han sido desairadas por esta singular raza.

Convengamos, finalmente, en que es una raza fuerte, animosa, leal, nobilísima; pero que las influencias clericales, actuando en los campos con mejor éxito que en las ciudades, la ha desviado de los buenos caminos, infundiéndole ese espíritu suspicaz, fanático y levantisco al que debemos tantas desgracias.

Y es maravilloso ver como ese mismo campesino, tan apto para la guerra, sabe mostrar disposiciones admirables para las artes de la paz, la agricultura y la industria. El territorio euskaro es el mejor cultivado de todo el Norte de España. Creeríase que la sangre vertida en él le ha dado fecundidad, y que los vascos aprenden con el uso del fusil el manejo del arado y la esteva. Varias industrias florecen en el Señorío; pero la principal es, quizás, la fabricación de armas de fuego. De muy antiguo descuellan esta gente en la doma del hierro adaptándolo a todas las necesidades humanas; pero una predestinación particular les ha inclinado a trabajar en instrumentos de muerte como si conceptuaran que una de

las más preciadas ocupaciones de la humanidad es andar a tiros por el absolutismo, la fe u otro ideal cualquiera. Eibar y Plasencia son los centros de esta industria, así como Tolosa se encarga de darnos el papel para nuestras publicaciones. Váyase, pues, lo uno por lo otro, y la imprenta se encargará de edificar lo que destruye la pólvora.

III

El rendimiento más pingüe de esta provincia está quizás en sus establecimientos balnearios, los cuales son tantos que no acertaría yo seguramente a contarlos, si lo intentara. La naturaleza ha puesto allí infinitos manantiales de aguas sulfurosas, que son, según dicen, el mejor remedio para cicatrizar las heridas de arma blanca y de fuego. Por razón de esta abundancia de establecimientos hidroterápicos, Guipúzcoa es, en verano, una gran casa de salud, un fansterio de enfermos que acuden en busca de alivio o de la ilusión del alivio que en los más de los casos patológicos viene a ser lo mismo. Hay que confesar que los baños vascongados son, por punto general, los mejores de la península en comodidad y aseo. En esto muestran visible adelanto sobre otras provincias. De veras digo, que si no fuera por el pícaro carlismo este país sería delicioso. Si se pudieran arrancar de él las raíces del mónstruo, no tendría rival para la vida pacífica, laboriosa y tranquila. Pero ha de pasar algún tiempo antes de la

extirpación completa, y entretanto procuremos inculcar en el ánimo del vascongado la idea de nacionalidad que apenas existe en él, combatiendo por todos los medios posibles el patriotismo local y de campanario que es origen de tantos males.



Bilbao

I

Son los bilbaínos trabajadores, aptos para toda clase de empresas industriales, aplicadísimos a los negocios, constantes, emprendedores y de una formalidad intachable. Por estas cualidades ha prosperado tanto la villa en que estoy, y no hay sitio en ella que no declare la laboriosidad y aplicación de sus habitantes. Pero si el bilbaíno no tiene rival trabajando, tampoco lo tiene divirtiéndose; y dudo mucho que en otra región de nuestra península, ni aun en la misma Andalucía, haya una población que con más calor y entusiasmo se entregue a las expansiones de un día de fiesta.

La alegría del bilbaíno es ruidosa y atropellada, sus cantos frenéticos, su embriaguez más estrepitosa que agresiva. En las huelgas de los días festivos, el bilbaíno de la clase baja, se embriaga con *chacolí*, un artículo de producción local más parecido al vinagre que al vino. La sidra, o sea vino de manzanas, añade sus efectos a los del ácido cha-

colí, y con uno y otro ingrediente se ponen aquellas honradas cabezas en un estado de febril e insana jovialidad. Pero hay que confesar que los bilbaínos, al *intoxicarse* de esta suerte, permanecen tan bonachones e inofensivos como en estado normal. Todo se reduce a gritar mucho, a lanzar al aire exclamaciones que parecen cohetes, a agitarse sin cesar en frenética danza. Las pendencias resultantes de esta disposición especial del temperamento no toman nunca un carácter sensible; la sangre no corre; las navajas no salen a terminar una contienda empezada con las lenguas, y al fin todo es paz, volviendo los hombres al trabajo con el pensamiento de armar otro jaleo mejor el próximo domingo.

Cuando a las disposiciones naturales del pueblo bilbaíno se une el interés de sus celebradas fiestas de agosto, cuando se verifica la suspensión general de todo trabajo en minas y fábricas, en el puerto y en el campo, Bilbao toma el aspecto de un manicomio suelto. No creo que pueda existir pueblo alguno que con más fervor se divierta ni que sepa desempeñar esta obligación con más refinado sibaritismo. Podrá creerse, juzgando con sana crítica, que Bilbao tiene una plaza de toros. El que tal crea se equivoca. Bilbao no tiene una plaza de toros, tiene dos que funcionan a competencia, rivalizando en la importancia de sus cuadrillas y en el valor de las reses que se lidian. Del entusiasmo con que los vizcaínos celebran la fiesta nacional no se puede dar idea. En otras partes estarán más generalizados los

conocimientos tauromáquicos y se apreciarán mejor las diferentes suertes; pero en ninguna asiste el público a la plaza con más ardientes propósitos de palmo-tear, silbar y producir todas las especies de ruidos posibles.

La entrada en la plaza y la salida son, quizás, espectáculos tan animados como el espectáculo mismo. Es imposible suponer en la humanidad mayor grado de exaltación ni mayor gracia para desprenderse filosóficamente, durante unas cuantas horas, de todas las penas y cuidados de la existencia.

En esto influye, además del carácter bilbaíno, de suyo expansivo y generoso, la gran prosperidad de esta villa y el bienestar que en ella goza la clase trabajadora. Los crecidos jornales de las minas y de las faenas del puerto dan a las clases populares un desahogo que no tienen en otras partes. En los días laborables, la sobriedad y el orden reinan en los barrios habitados por jornaleros. El ahorro no es aquí tan desconocido como en otras provincias, y la diversidad de industrias, correspondiendo a una gran variedad de aptitudes del pueblo, moraliza y contiene a este, llenando hasta cierto punto los vacíos de la educación. Las provincias del Norte son las que ofrecen un progreso mayor en los rudimentos de la enseñanza. Es raro el campesino de estas tierras que no sabe leer y escribir; pero aquí concluyen sus conocimientos. Sus hábitos morigerados y su apego al hogar doméstico suplen en cierto grado lo incompleto de la educación, atenuando

las desventajas de su inferioridad social y haciéndole motivo de envidia por parte de los habitantes de regiones menos favorecidas.

II

Imposible dejar de visitar los afamados yacimientos de tierra que avaloran el territorio de esta provincia. El viajero no puede reprimir la curiosidad de visitar estas colosales explotaciones y se encamina a la orconera Triano o Somorrostro dispuesto a dejarse transportar por todas las clases de vehículos conocidos hasta que llega a poner su planta sobre aquel suelo en que la arcilla parece amasada con sangre y petrificada en el fuego.

Una de las cosas que más nos sorprenden al visitar estos admirables trabajos es, como dejo dicho la variedad extraordinaria de vehículos que se han inventado para transportar el mineral; o lo que es lo mismo, para poner las montañas deshechas a bordo de los buques o al pie de los altos hornos de Nubella e Ibarra. Estos ingeniosos medios de acarreo se adaptan maravillosamente al terreno en que se desarrollan.

Cuando éste es llano, los ferrocarriles comunes resuelven con facilidad el problema; pero cuando los grandes desniveles ofrecen resistencia, aparecen los planos inclinados, en los cuales funcionan trenes por el sistema funicular, bajando cargados y subiendo vacíos por pendientes enormes. Para ven-

cer las mayores alturas existen los tranvías aéreos, cuyo aspecto tiene mucho de original y algo de fantástico. Por elevada maroma, que sostiene de trecho en trecho armaduras como torres, se deslizan trenes de cestos o cubos.

No siendo fácil comprender a primera vista el mecanismo de esta vía suspendida en los aires, parece cosa diabólica. En otro tiempo, los autores de tan sutil artificio habrían sido acusados de hechiceros. Comprendo muy bien el estupor con que los forasteros *de tierra adentro* contemplan el ir y venir de los cangilones de estas misteriosas norias. Los cables por donde corren se extienden desde lo alto de las montañas hasta el embarcadero en longitudes de dos y tres kilómetros. Desde el suelo aparecen las largas filas de vagones colgantes como si los transportaran genios invisibles.

Hay sitios donde se reúnen tantos cables aéreos, que los vehículos vacíos y llenos que por ellos corren forman un verdadero enjambre. Hay quien los compara a bandadas de misteriosos seres que vuelan en dos direcciones contrarias, remedando las ordenadas precauciones que en el suelo hacen las solícitas hormigas. De las alturas donde estas atrevidas máquinas funcionan, desciende un rumor de poleas y un rechinar de alambres que, a poco que trabaje la imaginación, bien podría ser tomado por roce de élitros y batir de alas.

Por tales ingeniosos medios las montañas son demolidas y llevadas al mar. Es como si se derribara

un viejo edificio para transportar sus materiales a otra región. Jamás el hombre intentó más atrevida rectificación de la naturaleza y esas soberbias torres geológicas que por tantos siglos han desafiado las tempestades, son ahora abatidas y arrasadas con admirable paciencia. De año en año se desfigura el perfil de cada monte, y las ingentes alturas pierden su fisonomía.

Por todas partes la dinamita amputa miembros a la cordillera; aquí cae un trozo, allí se abre un agujero donde cabría muy bien una ciudad; y corrientes vertiginosas que parecen ríos de piedra deslízanse a lo largo de los carriles. A orilla de la vía se ven montones de mineral formando cerros. Aquellas masas que fueron cimas y ahora son escombros, pasan en sucesivas porciones por la báscula antes de ser embarcadas. De este modo, el minero sabe hallar los adarques que arranca a la tierra.

Es imposible ver sin emoción cómo cae innoblemente en las bodegas de los buques la peña en que hicieron su nido las águilas. La imaginación se deja llevar hacia el insondable abismo de las transformaciones industriales, y considera el largo camino que tiene que andar la materia para pasar de la piedra informe a la llanta del carro, a la herradura del corcel y al alfiler de la dama.

III

Después de ver los medios de transporte conviene admirar la explotación propiamente dicha, el acto de arrancar el mineral del suelo. Hay lugares allí que nos traen al pensamiento las más soberbias creaciones del arte griego en la mitología. Todo cuanto se ha dicho de los titanes es aplicable a esta decoración grandiosa.

Lo maravilloso del arte griego, las luchas entre deidades que simbolizaban fuerzas de la naturaleza, tienen ahora un traslado fiel en estos combates del hombre con la piedra: ésta, defendiéndose con la inercia y la gravedad, aquel atacándola con su genio y con su paciencia, valido de un arma formidable robada a la naturaleza, la dinamita, la fuerza expansiva de un simple gas. El hombre ha ideado *terremotos artificiales* para domeñar a la roca, para vencerla, hacerla suya, romperla en mil pedazos y entregarla a los que con ella y el fuego han de hacer nuevas maravillas.

Mientras no funciona la dinamita, las cuadrillas de trabajadores abriendo barrenos forman un hermoso espectáculo. En empinado risco de color rojizo, ante cuya grandeza la fachada de la mayor catedral parecería mezquina, centenares de atletas, rojos también, hieren la peña por diferentes partes. Cree-riase que de lo profundo de la sólida masa sale un ay producido por el dolor de tantos y tan fieros golpes. Cuando los barrenos están hechos y carga-

dos de dinamita y los obreros se retiran y se preparan las pilas para hacer la descarga, lúgubre silencio sucede a la algazara del trabajo. La atención de todos, las precauciones solemnes que se toman, indican que algo grande va a pasar. La explosión del gas se verifica instantáneamente con formidable conmoción del suelo y de la montaña. No es el estrepitoso estallar de la pólvora, sino más bien un gemido sordo de la peña, una rabia íntima y sofocada. Abrese la masa granítica en profundas grietas y resquebrajaduras, viéndose desgajarse y caer rodando peñascos como torres, otros como murallas de fortaleza y algunos que, afectando la forma de monstruosos animales, descienden por la ladera hiriendo el aire con rumores semejantes a un salvaje bramido.

Deshecha la roca, el minero la trabaja aún más para dividirla en pedazos manejables, aparta la tierra de la piedra, clasifica ésta por tamaños y organiza enseguida el transporte por los medios de que antes hablé. La naturaleza tan pródiga en esta región no ha querido completar sus dones concediendo a Bilbao un puerto. La vía del Nervión es estrecha y su barra una de las más peligrosas de esta costa cantábrica tan llena de peligros. Porque en pocas partes del globo es el mar tan bravo y sañudo como en el golfo de Gascuña, tan temido de navegantes. Verdad que ese mismo mar, por su excepcional inquietud, es la gran escuela de náutica y el discípulo que la domina y alcanza aquí un re-

gular grado en la ciencia de las tempestades, ya puede lanzarse sin miedo a otros mares. Demasiado conocido es el marino vasco en la navegación histórica y en la contemporánea para que me detenga a encomiar sus aptitudes. Volviendo a los peligros de la barra de Bilbao, diré que la entrada y salida de este puerto exponen a un sinnúmero de precauciones y habilidades que rayan en lo increíble.

Hay días en que el paso por dicha boca parece un verdadero milagro. Los movedizos bancos de arena, llevados de aquí para allí por las corrientes, son la desesperación de los prácticos, muchos de los cuales han perecido en este trabajo heroico de conducir las embarcaciones al través del hervidero de la barra. Recuerdo haber visto, hace dos años, cinco cadáveres de buques, embarrancados y hechos pedazos a un lado y otro de la ría, algunos de ellos completamente comidos de las olas, mostrando la osamenta de sus cuadernas. Este lastimoso espectáculo impone miedo a los que entran por primera vez. Los siniestros se suceden con bastante frecuencia, y, hoy mismo, dos víctimas recientes estorban el paso y obligan, con su triste ejemplo, a que redoblen sus precauciones los barcos que no han encallado todavía.

Considerables sumas se han gastado en este puerto para mejorarlo. Los bilbaínos, que tienen en altísimo grado la virtud de la perseverancia, esperan que sus colosales esfuerzos tengan, al fin, buen resultado. ¿Lo conseguirán? Mucho puede la constan-

cia de una raza viril; mucho pueden los recursos de una plaza comercial tan rica como emprendedora; pero es de temer que pueda más que esto la naturaleza, quien, poniendo tantos obstáculos a las obras de esta barra, parece más vizcaína que los vizcaínos, o, en otros términos, más terca que la misma terquedad.

IV

Antes de abandonar a esta noble villa quiero hacer patentes algunos rasgos de su fisonomía moral. Los bilbaínos no suelen disimular el engreimiento que emana de su riqueza y de las extraordinarias ventajas de aquel suelo. Verdad es que el éxito no ha dependido solamente de las condiciones naturales del país, sino que buena parte de él es debida a las aptitudes de la raza, por lo cual aquel orgullo resulta legítimo. El ha sido quizá el impulsor de empresas industriales que en sus comienzos parecían temerarias, y por él los habitantes de la *California del Hierro* han vencido dificultades que en otro país y entre otra gente habrían sido insuperables. Aun mucho antes de que la explotación minera tomase en este país la importancia que hoy tiene, el comercio bilbaíno era considerable y las naves del Nervión se habían familiarizado con los mares más remotos. ¿Quién no sabe que al antiguo y afamadísimo consulado de Bilbao debemos quizá lo mejor de nuestra legislación comercial? Hoy,

al lado de la minería, la industria metalúrgica ad- quiere carta de naturaleza en este suelo. Los altos hornos de Mudela y los grandes talleres de Ibarra son establecimientos de tal magnitud, que nada tienen que envidiar a sus equivalentes de Inglaterra y Alemania.

También se envanecen mucho los bilbaínos de la resistencia que su querida villa ha sabido oponer en memorables ocasiones a las tropas carlistas.

Los apretados sitios que Bilbao ha sufrido le valieron el dictado de *invicta* que lleva en su escudo. Una gran parte de la población profesa opiniones liberales, y ninguna de las capitales vascongadas es tan odiada y execrada de los campesinos como ésta. Tomarla fué el principal empeño de los jefes carlistas en las dos guerras civiles. Para conseguirla emplearon toda su fuerza, toda su astucia y aquella contumacia feroz que tan bien se aviene con la índole especial del principio absolutista. En la mente de los campesinos armados era como un artículo de fe que, tomada Bilbao, tenían en sus manos las naves de España entera. Desde que las tropas de Concha y la constancia de la guarnición y del pueblo bilbaíno les obligaron a levantar el cerco, decayeron grandemente los ánimos carlistas y empezaron a disiparse las esperanzas.

Por todas partes aparecen aquí los lugares cuyo nombre ha quedado escrito en nuestra historia, en páginas elocuentes pero que no deben, quizá, enorgullecernos por tratarse de guerras civiles. Lu-

chana, Dandera, Muñecas, Somorrostro, nos recuerdan carnicerías horribles y la pérdida de muchas vidas españolas. Dios quiera que en estos lugares no vuelvan a sonar otros ruidos que los de los barrenos.

Muy probable es que la guerra civil no se repita entre nosotros, por el cansancio del elemento absolutista, siempre vencido, y por la creciente solidez de las instituciones y prácticas liberales. Pero aún no se han extirpado los gérmenes del conflicto, como puede observar el que viaje por este país, prestando alguna atención a las cosas y a las personas. Aún hay combustible para la hoguera: aún domina el clero los corazones, abrazando y contentando en apretada muralla toda la población rural. Y si el absolutismo ha perdido aquí terreno, a causa de los repetidos desengaños, el resentimiento que ha dejado tras sí la abolición de los fueros devuelve su calor y su fiereza a las almas que parecían dispuestas ya a amansarse y enfriarse.

Felizmente, el espíritu de cultura que reina en las capitales es un baluarte contra las acometidas teocráticas. Si Bilbao sufre un tercer sitio tampoco será tomado, aunque se aunen contra ella la guerra y el fanatismo, todos los fusiles y todos los rosarios de Carlos VII.

Santander

I

Esta región, y las que le siguen por Occidente a lo largo de la costa, es decir, Asturias y Galicia, son las más pacíficas de la península, las más sufridas y también las más disciplinadas, administrativamente hablando. En casi todas las provincias que se extienden desde los límites de Vizcaya hasta el Miño, dominan las ideas liberales; las contribuciones se pagan con la mayor puntualidad posible, lo mismo en sangre que en dinero, y las algaradas revolucionarias son insignificantes o nulas. La historia política en esta región es poco abundante en emociones, y nuestros gobernantes no tendrían tantos quebraderos de cabeza si no hubiera en España más que montañeses, asturianos y gallegos, porque seguramente viviríamos entonces en el mejor de los mundos posibles. Importantes industrias dan vida a las poblaciones de toda esta costa; aunque aún no se ha llegado a un grado de potente desarrollo, el camino está abierto para ello. La agri-

cultura es pobre; pero la ganadería da buenos rendimientos; el comercio toma de día en día mayor vuelo y la minería no le va en zaga. La cultura general está más extendida que en ninguna otra región de España y la instrucción popular es aquí una realidad. Pero lo característico de estas provincias es la virtud prolífica de su raza, la extraordinaria fecundidad de las mujeres, el progresivo aumento de la población. Esta crece de tal modo, que no pudiendo sostenerse en el estrecho suelo en que ha nacido, se derrama fuera de él, se esparce y va a buscar medios de vida en países lejanos, determinando esas corrientes de emigración que tanto han dado que hablar y de las cuales quiero yo decir también alguna palabra.

Generalmente, se habla mal de las emigraciones. El patriotismo local ha agotado en contra de ellas todo el vocabulario de los términos ampulosos y lacrimatorios. Yo creo que las emigraciones son convenientes y que no debemos quejarnos de que nos toque una parte tan considerable en las pérdidas de población que anualmente sufre Europa. Pues si estas corrientes no fueran a crear riqueza en regiones apartadas, ¿de qué vivirían el comercio y la industria europea? El movimiento de emigraciones es tan antiguo como la historia, y con él se enlazan maravillosamente los más grandes progresos de la humanidad.

Concretándonos a nuestras poblaciones cantábricas, que son las que dan más contingente a las re-

públicas americanas, vemos que gran parte de la prosperidad y del bienestar que hoy gozan estas nuestras provincias se debe al retorno de capitales.

Porque en esta emigración cantábrica hay que notar un fenómeno que suministra argumentos para su defensa. El emigrante montañés, asturiano o gallego, conserva siempre un vivísimo amor a su país y durante su vida de fatigas alienta la esperanza y el deseo de volver a él y establecerse en su villa o aldea natal. Muchos realizan este deseo y así vemos por todas partes, desde aquí al Miño, irrevocables testimonios de que se ha realizado bien. Innumerables son las casas de campo que en todo este país declaran la repatriación de las personas y la introducción de grandes y pequeños capitales. Multitud de negocios, multitud de industrias se sostienen con dinero de indianos y en las poblaciones del litoral hay buen número de estos señores que hacen vida cómoda y patriarcal, algunos trabajando hasta la vejez.

Es curioso observar los distintos países a que con preferencia se dirigen las corrientes de emigración cantábrica. Los montañeses tienen especial querencia por Cuba y Méjico. En esta República es tal el número de montañeses, que las principales casas comerciales de la capital y de Veracruz, Tampico, Matamoros y Mazatlán, son santanderinas; y es raro allí el capital que no tiene su origen en el trabajo de un hijo de esta provincia. Los asturianos se reparten entre las Antillas y las repúblicas hispano-

americanas. Los gallegos van de preferencia al Uruguay y a Buenos Aires y los vizcaínos parece que tienen especial cariño a Chile y el Perú. No es de nuestra incumbencia hablar de los beneficios que estos diferentes países pueden recabar de las remesas de seres humanos que les hacemos anualmente. Tan solo nos corresponde juzgar las emigraciones desde el punto de vista puramente español y señalar el fenómeno extraño de que las provincias cantábricas, que son las más señaladas por la cuantía de las exportaciones de hombres, son al mismo tiempo las que tienen una población más densa. Pontevedra, que ocupa lugar preferente en nuestra estadística demográfica, está tan poblada como las regiones más ricas de Bélgica. Si la verdadera riqueza de un país consiste en su población, fuerza es confesar que las emigraciones no dañan de un modo ostensible el capital de vida humana que han creado allí la fecundidad de la raza, lo apacible del clima y la fertilidad del suelo.

Quisiera hacer un estudio de las cualidades y condiciones especiales de cada uno de estos cuatro tipos de emigrantes, a saber: el montañés, el asturiano, el vizcaíno y el gallego; pero me falta para ello un conocimiento exacto de las localidades y de los caracteres. Al montañés le conozco medianamente y a este me concretaré por ahora. Presumo que las diferencias entre este tipo y el de los vecinos no son muy grandes y que lo que de él se diga, sugerido por la observación, puede aplicarse a los demás sin ofender a la verdad.

II

El montañés es poco afecto a la agricultura y al trabajo sedentario. Su genio es el comercio y su pasión los cambios. En todos tiempos ha mostrado su espíritu aventurero, aplicándose a las arriesgadas excursiones de nuestros primeros navegantes. Ha sido guerrero, en tanto que la guerra se presentaba como exploración de comarcas propicias al comercio. Ha sido también gran marino, por cuanto ninguna otra vía parecía, como la del Océano, apropiada a la satisfacción de su anhelo. Dificil sería señalar una región donde la lengua española se hable, en la cual no hayan existido siempre montañeses dedicados al comercio. En España misma, rara es la localidad donde el montañés no ha plantado su tienda; y hay comarcas, como Andalucía, donde todo el pequeño tráfico está en sus manos. Según la índole de cada uno, así se dedican a las grandes empresas o a las pequeñas; pero es justo reconocer que los primeros capitales del país se han condensado en la firma de algún montañés ilustre. Casi todos los que aquí han labrado grandes fortunas han traído de América la base de ellas. Otros la traen redonda y completa de allá. Son muy pocos los que vuelven con las manos vacías. El que tal hace es la deshonra de la raza.

En Santander abundan de un modo considerable los buenos capitales, labrados en América y aumentados después aquí. Los hay de distinta importan-

cia, algunos muy grandes, muchos que podrían clasificarse en la áurea *mediócritas*, como producto de una ambición limitada y hasta cierto punto filosófica. En el resto de la provincia abundan del mismo modo. Todo el país está sembrado de fortunitas sanas, que se manifiestan claramente en hermosas y cómodas casas de un aspecto particular. Los habitantes de ellas proceden de las diferentes clases sociales, pues aquí no hay ninguna que exclusivamente de su contingente a la emigración. En las clases más pobres, así como entre los señores o infanzones, rara es la familia que no tenga su indiano. Recorred todas las casas viejas y nuevas del país y no hallaréis una en que no se os hable del hermano, del tío o del hijo que está en América. Ha llegado a ser la emigración como una función social, una necesidad doméstica. Cuando en alguna vivienda no se habla del hijo o del hermano expatriados, es que ha vuelto ya y anda por aquí disfrutando tranquilamente del fruto de su trabajo.

Pero acontece que aquellos que han llegado a los más altos escalones de la fortuna, atesorando riquezas en ese grado que causa vértigos, proceden de la clase más humilde. Los grandes capitalistas del último tercio de siglo han tenido una niñez bien triste.

Uno de ellos, muerto hace poco en la plenitud del bienestar y de los honores, propietario, naviero, industrial, Senador y no recuerdo bien si marqués, contaba, con mucha gracia, que la primera moneda

de plata que tuvo en su vida la recogió del suelo con los dedos del pie. De este modo significaba que el calzado fué para él un lujo desconocido en aquella tierna edad.

III

Comillas, Castro-Urdiales, Laredo, pueblos de esta provincia, son residencia de opulentos indianos, siendo la primera de estas villas la más caracterizada por la extraordinaria riqueza de los que han venido a ser sus señores. Comillas ostenta palacios en los cuales han tenido albergue los reyes y todo el personal de la corte. Allí se han dado fiestas de una suntuosidad verdaderamente regia, en las cuales los refinamientos del gusto y los derroches de la riqueza han llegado al extremo.

Aquí viene como de molde una anécdota que oí referir ha poco tiempo y reproduciré en confirmación de lo que antes he dicho.

Uno de los señores avecindados en esta alegre y venturosa villa de Comillas, hombre opulentísimo, generoso y afable, y que, además, posee una cultura nada común, padre de numerosa familia, bienquisto en el país, que le debe no pocos beneficios, adquirió no ha mucho una casa situada a media legua de la villa. Era lo que aquí se llama vulgarmente una *casona*, sea palacio, infanzón, solar de la nobleza del país, edificio que un tiempo fué morada de señores de abolengo, y que después,

con el transcurso de los años y las mudanzas sociales, vino a gran decadencia, precursora de la ruína total.

Desde que el opulento indiano de nuestro cuento (que no es cuento) regresó de Méjico manifestó deseos de adquirir aquella casa; pero no pudo satisfacerlos porque los poseedores de ella no querían venderla a ningún precio. Pasaron años y más años sin que en ninguno de ellos dejase el tal de renovar sus proposiciones de compra, poniendo en práctica cuantos medios le sugería su astucia para vencer la resistencia del propietario de la finca. Por fin, la casa fué a poder de personas que creyeron buen negocio el deshacerse de ella, y, apenas indicado este deseo, el rico indiano se apresuró a celebrar la escritura y a entrar en posesión de la codiciada *casona*.

Cuentan los que le vieron que en ningún tiempo, se había mostrado nuestro hombre tan expansivo, tan satisfecho como en la ocasión memorable de tomar las llaves de la casa y considerarse absoluto dueño y señor de aquellas piedras venerables, que no tardarían en caerse si la mano cariñosa del nuevo propietario no se apresurara a dar vida nueva al edificio con una inteligente restauración.

Antes de poner manos a la obra, el señor quiso celebrar su negocio con una gran fiesta. Hechas las obras provisionales para poder recibir en la casa a los convidados, invitó a lo más granado de la villa. Todos los hijos del propietario estaban presentes,

y también sus nietos, que eran, según creo, en número considerable; también tomaba parte en la dichosa fiesta otro indiano de Comillas, amigo íntimo del anfitrión, pero mucho más rico que él y que todos los indianos habidos y por haber: un hombre cuya firma iba unida a considerables empresas marítimas y terrestres; el más afortunado y quizá el más hábil y atrevido de los negociantes españoles contemporáneos, hombre, en fin, que ha disfrutado en vida de los más grandes honores sociales, y que, a poco de morir, ha tenido el extremado homenaje de una estatua.

Hubo en la *casona* gran comida, y cuando llegó la ocasión del *champagne* el feliz propietario hizo levantar de la mesa a toda la concurrencia, y a todos, hijos, nietos, amigos, los llevó... a la cocina. Es ésta una destartalada pieza, que no tiene interés alguno arquitectónico, pero alguna clase de interés muy hondo debía tener para el señor de ella cuando de modo tan solemne reunía en la innoble pieza a sus convidados; ¿y para qué? Ahora lo veremos.

—Esta casa—les dijo entre jovial y conmovido—tiene para mí el interés inmenso de los recuerdos de la infancia. Cuando yo era muchacho, venía todos los días, descalzo, desde la plaza, a traer el pescado a esta casa. Tal comisión fué mi primer jornal durante más de dos años... ¿Veis el hoyo que hay en aquel rincón? Allí me sentaba yo a descansar de la fatiga del largo paseo a pie, a escape por

tan mal camino, sin zapatos para el fango ni paraguas para la lluvia. Y los señores de esta casa eran tan buenos, que todos los días me daban de comer en aquel mismo sitio. La cocinera me alargaba el plato y yo lo ponía sobre mis rodillas. Excuso decir que despachaba su contenido con un apetito voraz, que después no he vuelto a tener en mi vida.

—Bien me acuerdo de todo eso —dijo uno de los presentes, rompiendo el silencio general con que las palabras del dueño de la casa eran oídas—. Los más de los días le acompañaba yo... Solo que me daba vergüenza de subir, y quedábame en el portal, esperándole. Por esto, rarísima vez participé de la comida. Cuando nos volvíamos solos, charlando y riendo, hacia Comillas, dábamos rienda suelta a la imaginación, y, considerando que aquella vida no era la más halagüeña para nosotros, hacíamos nuestros planes de emigración a América para trabajar, reunir dinero, volver ricos a nuestro pueblo... y comprar la *casona*.

El que esto dijo, poniendo tan agudo e interesante comentario a la revelación del rico indiano, no era otro que el opulentísimo capitalista de quien hablé antes, el hombre de extraordinario genio comercial que ha tenido, entre otros privilegios, el de que se le haya erigido una estatua poco después de su muerte, hombre que llegó a las vertiginosas alturas del poder financiero después de una vida consagrada al trabajo constante en diferentes empresas, y que dejó a sus hijos la enorme herencia de

cuarenta millones de pesos, cifra hasta el presente no alcanzada por nadie en nuestro país.

He referido esta anécdota para demostrar el humilde origen de muchos que han venido a ser orgullo y sostén de estas humildes villas montañosas, y para que se vea que, generalmente, no se avergüenzan ellos de su humilde nacimiento.

Al mismo tiempo debo hacer constar que en esta provincia se ven a cada paso muestras muy prácticas del cariño que a su país conservan los montañeses ricos establecidos en lejanos países. Hay aquí muchas carreteras construídas con dinero de americanos. Rara es, aquí, la iglesia que no ostenta algo debido a la piadosa munificencia de estos señores, y algunos han dotado de escuelas al pobre vecindario de sus aldeas. Pero donde más se hecha de ver la influencia saludable del dinero de ultramar es en el caserío de las poblaciones. Bajo este punto de vista, las villas cantábricas tienen mucho que admirar, y ofrecen un aspecto hospitalario y alegre, que en vano buscaríais en otras comarcas de la península.

Madrid

I

Hoy vamos a dar un paseo por los mercados de Madrid. Es posible que alguien encuentre poco decoroso para mis lectores y para mí esta determinación de meternos ahora entre verduleras, carniceros y maragatos. Pero no importa; allá vamos, recordando que las materialidades de la vida, miradas antaño con tanto desdén por filósofos y escritores, reciben hoy, de las personas más espirituales, homenaje de consideración. Sobre este particular el cambio ha sido muy notable en la opinión humana; ya no se ve en el comer una función puramente orgánica, íntimamente emparentada con uno de los pecados capitales más feos; ya los principios de la educación física, gallardamente asociados a todo sistema de educación general, han adquirido el imperio que merecen, y no nos parece extravagante el aplicar a los pueblos, como a los individuos, este aforismo: «Dime lo que comes y te diré quién eres».

En una ciudad populosa la alimentación desempeña un papel de primer orden. ¿No juzgaríais a una casa por las riquezas de su despensa y los primores de su cocina? Pues juzgad a una capital por el abastecimiento de sus mercados y por la abundancia, baratura y variedad de sus alimentos. Hoy vamos a estudiar a Madrid por lo que en él se come; y no he de tomarlo por el lado de los principios económicos, sino por la calidad de los manjares; no estudiaré la cuestión llamada de subsistencia relacionada con la venta, el sueldo, los salarios; mi objeto es dar una idea de cómo nos nutrimos aquí, de cómo vamos entreteniendo esta existencia terrestre, que, según dicen, es cosa pasajera y de momento.

La vida no es barata en Madrid, si bien no es tampoco tan dispendiosa como algunos sostienen. De cualquier modo que sea, esto no es una Jauja, bajo el punto de vista económico. Pero, atendiendo a lo variado, a lo sabroso y abundante de los alimentos, bien podemos declarar que nos hallamos en uno *de los mejores mundos posibles*. Sí, Madrid, digan lo que quieran, es una de las capitales europeas donde mejor se come. Es del caso hacer constar que si la situación de nuestra villa se ha considerado desfavorable por su alejamiento de los puertos de mar, hoy, que la construcción de ferrocarriles ha venido a crear una geografía nueva, Madrid ocupa el centro al cual, por diferentes radios, afluyen los productos todos de las distintas zonas

de la península. Los transportes encarecen algo los artículos; pero todos concurren a este mercado en iguales condiciones, para todos hay las mismas facilidades, y bien puede decirse que ningún producto de las varias regiones españolas deja de figurar en los mercados de Madrid.

Desde Andalucía, productora de vinos fuertes, hasta Galicia, productora de carne a la inglesa, nuestra península posee todos los órdenes de sustancias alimenticias; su fauna y su flora son compendio de la flora y fauna europeas. Aquí tenemos lo que dan de sí los países cálidos y los fríos, lo que crían las viejas estepas y las húmedas colinas, el fruto del llano y la montaña, de la marisma y el otero. Valladolid y tierra de Campos nos envían sus harinas, reputadas por las primeras del mundo, y sus vinos blancos, ligeros, de la Nava y Rueda y La Seca; Zamora, sus incomparables garbanzos, que se asocian al organismo nacional hasta en los climas más remotos; Salamanca, sus reses bien cebadas y sus harinas, que compiten con las extremeñas; Avila nos manda cerezas y búeyes; Toledo, sus celebrados albaricoques y mazapanes; La Sagra, sus vinos y cereales; la Mancha, patatas, queso, azafrán y el Valdepeñas hidalgo, que no es de menos importancia que el garbanzo en la nutrición española, la Vera de Plasencia, frutas muy buenas; la Alcarria, mieles y perdices; las sierras de Gredos y Guadarrama, mucha caza y enormes cantidades de castaña, nuez y piñón; la Rioja y Zaragoza, vinos, pi-

mientos, frutas regaladas y en pasmosa abundancia; Soria, sus mantequillas; Santander, sus mantecas, sus pescados; Asturias, lo mismo, y, además, jamones, y Galicia, de cuanto Dios creó, pues tierra más fecunda no creo que exista.

Luego vienen las regiones privilegiadas, las que crían especialidades. Valencia nos manda su arroz sin igual, montes de naranjas, frutas tempranas, también vinos, judías, cacahuet, chufas; Murcia, los productos de huerta: legumbres, fresas, pimentón molido, arvejillas, guisantes, espárragos, zanahorias, remolacha; Málaga, las pasas de universal fama, las batatas, el vino no menos célebre y los boquerones; Sevilla, ríos de aceite, las aceitunas a que va unido su nombre; Extremadura, sus embutidos y todo lo que se deriva de las variadas industrias carniceras del cerdo, ese animal tan despreciado como útil y sabroso; Granada, su jamón de Trévelez; Almería, sus uvas; Jaén y Córdoba, aceites, reses, caza mayor y menor; Tarragona, sus aguardientes, avellanas y almendras; Mallorca, sus quesos, naranjas, limones.

Y no quiero hablar de otros artículos de menor cuantía, que son verdaderas especialidades y hacen un papel modesto en el mercado general, como son los bizcochos borrachos de Guadalajara, las mantecadas y chocolate de Astorga, los alfajores de Andalucía, las bocas de la Isla, los higos de Fraga, las almendras garapiñadas de Alcalá y otras menudencias.

II

Examinando los mercados de Madrid bajo el punto de vista arquitectónico, no hallaremos mucho que admirar. Hay dos de construcción reciente, enormes, de hierro; los demás son antiguos, estrechos, mal dispuestos y no muy aseados. Unos y otros se resienten de mala organización, no sólo en lo referente a las ventas, sino a sus condiciones propiamente higiénicas. Pero sería difícil encontrarlos en otra parte más bien surtidos. Las hortalizas y frutas encantan la vista con su variedad y abundancia. En cuanto a carnes, las rutinas y errores de nuestra administración municipal son causa de que el abastecimiento de Madrid, en este importante artículo, no sea todo lo bueno que debiera ser. Las terneras son superiores, de una finura y limpieza admirables; pero la vaca, que debiera ser buey, el *beef*, deja algunas veces mucho que desear. Cuando vienen cebones de Galicia podemos tener *roastbeef* como el que se come en Londres. Las razas bovinas de Sierra de Gredos, Salamanca y Cáceres también dan excelente, aunque no muy tierna, carne. Suelen venir terneras de Santander y de Plasencia, y los carneros proceden de la Mancha y Extremadura.

El mercado de aves está casi exclusivamente sostenido por las granjas de esta misma provincia y por las de Segovia y Zamora. Esta última hace en gran escala el comercio de huevos, que también

vienen de Galicia. Los pavos, que tan importante papel desempeñan en las solemnidades gastronómicas de la Noche Buena, proceden de Segovia y, principalmente, de la provincia de León. La caza menor, que, en los tiempos que no son de veda, es tan abundante, viene de la Alcarria, de la vecina sierra de Guadarrama y de los montes de Toledo.

Las hortalizas que Madrid come se crían en los huertos del Manzanares y en la fértil ribera del Jarama. Esta provincia tiene fama de estéril, y no lo es seguramente. Los que sólo conocen de ella las colinas arenosas que rodean a la capital, ignoran que posee, fuera de nuestra vista, terrenos de superior calidad. Los de Villaviciosa de Odón y Navalcarnero son, realmente, fecundísimos, y toda la orilla del Jarama es de lo más hermoso y rico que poseemos. En esta provincia y en los términos de la Villa del Prado, de San Martín, de Valderigarias y de Navalcarnero se crían esas incomparables uvas *alvillo*, que no tienen rival en el mundo por su delicada dulzura. Hacia Chinchón, en el celebrado Añorer de Tajo, y en toda la ribera del Jarama, se producen los melones de la tierra, superiores a los de Valencia y a todos los melones conocidos. Arganda es gran productora de vino, y, por último, Aranjuez, donde están los lindes de esta provincia con la de Toledo, es una zona de admirable poder agrícola. De aquel riquísimo aluvión salen las fresas, que no tienen competencia por el aroma y la finura, los espárragos gruesos, las ensaladas y otras

peregrinas especies que alcanzan subido precio al principio de la primavera.

Como ésta no se determina en este clima central hasta muy entrado marzo, las huertas de Murcia y Valencia se encargan de surtir el mercado de Madrid de hortalizas frescas hasta que empiezan las cosechas de la tierra. Desde febrero, época en que las citadas provincias de Levante comienzan sus grandes envíos de *primeurs* al mercado de París, originándose de aquí un movimiento comercial de importancia, Madrid recibe enormes remesas de alcachofas, guisantes, judías verdes, lechugas, repollos, lombardas, col de Bruselas y otras clases exquisitas. Más adelante, cuando Aranjuez, Villaviciosa y la ribera del Jarama empiezan a dar fruto, la importación de Valencia y Murcia disminuye mucho. Es opinión general aquí que las hortalizas y legumbres llamadas de la *tierra* superan en calidad a las de la región levantina. No sólo son más sabrosas, sino que tienen una sustancia excepcional por contribuir a su desarrollo más el sol que la lluvia. Se dice aquí que los vegetales de Madrid alimentan más que las carnes de otros países, y creo que esta opinión no va descaminada.

Los extranjeros, que al llegar aquí comen igual cantidad de alimento que en otras partes sin tener en cuenta la mayor fuerza nutritiva de los vegetales de este país, suelen verse atacados de un mal que antiguamente se llamó *entripado* y después *cólico de Madrid*. Pero esta desazón no tiene malas conse-

cuencias y se cura al instante con un poco de sobriedad.

Es fama que a todos los que vienen a Madrid se les desarrolla un voraz apetito; y ésto, si acaso es cierto, se debe, al decir de los fanáticos, al agua del Lozoya.

Los madrileños sostienen que en ninguna parte del orbe se bebe agua mejor; y creo que tienen razón. Es de una transparencia y delgadez fenomenal. La de las antiguas fuentes apenas existe ya.

El acueducto de Lozoya surte a la población con una abundancia que disfrutan en igual grado pocas ciudades.

Y ya que hablo del agua, no quiero dejar de mencionar el pan, considerado juntamente con aquella como la principal especialidad de esta villa en orden de incitativos de la gula. El pan de Madrid es, en verdad, de *primitissimo cartello*, si es permitido decirlo así.

Se elabora en multitud de tahonas por el procedimiento antiguo; es blanco, sin esa nitidez sospechosa que dan las harinas adulteradas con féculas; blando, esponjoso, ligero. Vale a 40 céntimos de peseta el kilo. Las harinas de que se surte este mercado no vienen tanto de la parte de Medina y Tierra de Campos como de Alcalá, La Sagra, Toledo y la Mancha. En el Tajo y el Jarama hay antiquísimos molinos con turbina y en Madrid abundan los mecánicos movidos a vapor.

Recientemente se ha establecido en territorio de

esta provincia, hacia La Sagra, un gran molino harinero por el sistema austro-húngaro, que dicen es el mejor.

De vinos no hay que hablar, pues a Madrid vienen cantidades tan considerables, del Norte y del Sur, que se puede asegurar que el Manzanares no trae tanta agua como vino los trenes. Lo recibimos de la Rioja, de Zaragoza y de la Mancha en grandes partidas, también de Castilla. Para el consumo principal de Madrid es el de Arganda, que está, como si dijéramos a la puerta de casa.

Sobre las diferentes adulteraciones de que es objeto este artículo, que según dicen es necesario a la vida, aunque yo no he conocido jamás tal necesidad, no quiero hablar porque me alejaría de mi objeto. Sólo mencionaré la adulteración primitiva y rudimentaria, que consiste en administrarle el sacramento del bautismo. Esto lo hacen los taberneros sin necesidad de estudiar química ni de aprender nombres tan diabólicos como los de *fuschina*, *anilina* y otros *voquibles* extranjeros.

El vino desempeña en la alimentación del vecindario de Madrid un papel de primer orden. Basta decir que es el agua de muchas personas. Algunos lo beben en cantidad increíble sin embriagarse nunca, y son pocos los que pueden comer sin él. Por más que se le acusa de haberse puesto caro, la imparcialidad obliga a reconocer que es baratísimo, mayormente si se compara su precio con el que tiene en otras partes.

Hay en Madrid tantas tabernas, que su número espanta. Sólo en la calle de Toledo he contado yo *ochenta y ocho*, y el que dude de la exactitud de la cifra puede darse una vuelta por aquí y yo le acompañaré a que las cuente por sí mismo.

En dichos locales no se reúne una sociedad muy escogida. Hay de todo: obreros que van a alegrarse la sangre después del trabajo y otros que van allí porque la tienen siempre demasiado alegre. Suelen sobrevenir riñas y pendencias, de las que resulta a la postre algún navajazo. Al vino le llaman algunos *horchata de cepas*; y, prescindiendo de los males que produce por el exceso, hay que reconocer en él una base de nutrición indispensable e insustituible en nuestras clases populares.

III

Ahora viene bien hablar de quesos, importantísimo renglón del consumo en todos los países. Las clases nacionales son numerosas y algunas de calidad, aunque no producimos este artículo en condiciones apropiadas a la gran exportación. Tenemos grandes elementos para tan rica industria; pero no sabemos explotarla convenientemente. Si me es permitido emplear un juego de palabras, diré que en España se hacen buenos quesos, pero no se fabrican (salvo en las granjas de Reinosa y Cabrales, de que hablaré más adelante); no se emplean procedimientos propiamente industriales para obtener

un producto siempre igual, condición indispensable si ha de figurar en los mercados; subsisten aún los procedimientos rutinarios y primitivos, por los cuales la bondad del producto es muy insegura y su conservación casi imposible.

Las especies principales de quesos peninsulares son: el manchego, que se consume mucho en Madrid; el de Villalón, el gallego, el mallorquín, el de Burgos y los requesones llamados de Miraflores de la Sierra. Los dos primeros son sabrosísimos cuando están bien hechos, lo que no acontece siempre. A veces se encuentran piezas que superan a todo lo extranjero; pero comunmente, su inferioridad es notoria. Esta inseguridad hace desmerecer considerablemente el género y lo imposibilita para un consumo extenso. Los quesos de Burgos y Galicia son tiernos, se pierden fácilmente, y no pueden ir, por esta causa fuera de los mercados españoles. El que reúne mejores condiciones para la exportación es el de Mallorca, admirablemente elaborado y conservado; pero la producción no es abundante, y hay años que aun en el mercado de Madrid escasea.

Los requesones llamados de la Sierra se elaboran en las afueras de Madrid y en las Navas. Son un postre delicado y nada más.

De algunos años a esta parte se han desarrollado en el Norte de España las industrias queseras en excelentes condiciones. El Cabrales, imitación del célebre Roquefort, es tan bueno como este, y aun supe-

rior en opinión de gastrónomos, que son de gran autoridad en la materia.

Se fabrica bien, siempre igual, perfectamente preparado para la exportación. Se hace en Madrid gran consumo de él y se hará mayor cada día. Reinosa, pueblo importantísimo de la provincia de Santander, es hoy centro principal de esta valiosa industria. Allí, a más de las clases del país, se elaboran imitaciones muy felices de Camembert, de Brye, de Roquefort, de Portsalud y de otros afamados artículos exóticos. También envía Reinosa a Madrid y a toda la península grandes remesas de finísima manteca.

Asturias elabora las mantecas saladas y amarillas a estilo de las de Flandes, que tienen mucha aceptación en el mercado de Cuba y no se si van también a algunos otros puntos de América. He oído que en la misma Asturias y en las provincias vascas se han hecho ensayos felices para elaborar industrialmente los quesos de bola, de universal consumo; pero ignoro el resultado. Esta industria, al extenderse como se ha extendido, se ha mejorado notablemente, pues si nada existía tan sabroso en orden de quesos como aquellas bolas que venían de Holanda hace veinte años, nada hay tan soso, indigesto y desabrido como esas otras que con el mismo nombre ruedan hoy por todo el mundo, y declaran, apenas se las corta, que son pasta de patatas amasadas con sal y un poco de leche.

Todas las especies extranjeras, en ramo tan im-

portante, las tenemos en nuestras tiendas gracias a la rapidez de las comunicaciones, casi al mismo precio que las nacionales. El *Gruyere*, el *Chester*, el *nata* y los franceses que he citado antes al hablar de las imitaciones de Reinosa, abundan aquí tanto como el manchego y el de Villalón.

Y ya que de géneros extranjeros hablo, diré que los comestibles de todos los países europeos se encuentran aquí diseminados en el grande y pequeño comercio.

La variada colección de salsas inglesas y de encurtidos y de peces marinos en latas, lo mismo que las *mortadellas* italianas y otras mil fruslerías sabrosas, tienen gran salida en nuestro mercado. Existen aquí casas dedicadas exclusivamente al comercio de comestibles extranjeros, y hacen muy buen negocio.

IV

Réstame hablar de un artículo de consumo de extremada importancia en toda España, y en Madrid particularmente, el chocolate. Sin esta pasta frailuna no pueden vivir los españoles; es el tributo inmenso que pagamos a la América, es la indemnización lenta y enorme de los esquilmos de su conquista. El cultivo del tabaco se ha extendido por todo el mundo; pero el del cacao, indispensable elemento del chocolate (aunque se dan casos de que no lo sea), continúa circunscripto a las privilegiadas

regiones de Venezuela, Guatemala y Colombia. Allí lo hemos de ir a buscar sin remedio. Los primeros frailes (y frailes debieron de ser los inventores de una cosa tan buena) que idearon amasar la almen-dra de América con el azúcar y la canela, no sospecharon la esclavitud que legaban a su patria, por medio de la tiranía más pesada de todas las tiranías, que es la del paladar, ayudado del estómago.

Hay en Madrid gran número de molinos de chocolate por el sistema antiguo, que dicen es el mejor. De veinte años a esta parte se han establecido grandes fábricas, movidas a vapor, las cuales arrojan al consumo de la península masas enormes de chocolate.

Estos chocolates industriales no gozan, en realidad de una reputación a prueba de sospechas.

Son baratos y con la variación reponen a su objeto. Hay quien sostiene que en las clases inferiores y de menos precio, el cacao es un nombre vano, y que la base oleosa de la pasta se obtiene con alpiste o piñones y lo demás es obra del pan duro, quedando el color a cargo del almazarrón.

Las mismas casas que elaboran chocolate se dedican en Madrid, por punto general, a la venta de cafés y té. Lo expenden en paquetes de diferentes precios, que no se eximen de las sospechas de la gente maliciosa, pues ya sabemos el gran papel que desempeña hoy la achicoria en el comercio del café. Las clases superiores de Puerto Rico son aquí bastante caras, y el consumo de este artículo es

grande en Madrid. En cuanto al té, consumimos el que nos envían los ingleses, tal como viene. Aunque esta rica bebida no está muy generalizada entre nosotros, se usa bastante y se paga bien. Alguna diferencia va de estos tiempos a aquellos en que el té se vendía en las boticas.

Antes de concluir, quiero disipar la impresión que estas disgresiones habrán producido, seguramente, a los que tengan la paciencia de leerme. Temo mucho que me supongan goloso por la complacencia con que he tratado de estas particularidades del comer. Sepan que no soy glotón, ni siquiera goloso, y que poseo una dichosa indiferencia hacia lo que llamamos placeres de la mesa. Para el que esto escribe, todos los manjares son, poco más o menos, los mismos. Entre la vulgar patata y la valiosa trufa de Perigord, entre una lonja de queso manchego y el *foie gras* más exquisito, entre el salmón inglés y la gallega sardina, entre el salchichón de Bolonia y un pedazo de cecina, entre los espárragos de Aranjuez y la col más ordinaria, entre la pera de S. Guido y un higo chumbo de los de *a cuatro la naitada*, entre el faisán cebado y el cangrejo de río, entre las *Bouchée a la Moulglass* y el plato de judías o lentejas, entre el lenguado *al gratin* y el bacalao a la vizcaína, entre el *Roasbeef* y las migas de sartén, entre el *gateau napolitain* y el pastelillo de cinco céntimos, no ha encontrado nunca diferencias esenciales. Todo viene a ser lo mis-

mo; todo se reduce a echar combustible a la máquina para que ande un poco más y no se nos pare a lo mejor del camino. Un buen apetito, un ánimo sereno, son el mejor festín.

Y doy aquí punto y levanto los manteles, no sea que se les indigeste el capítulo.

Barcelona

Junio de 1888.

I

La energía del carácter catalán se ha mostrado en la ocasión presente como en ninguna otra, pues los embellecimientos de la ciudad, los accesorios de la Exposición y la Exposición misma son improvisados. Descuella entre estas improvisaciones maravillosas el «Gran Hotel Internacional», construido en «cincuenta y tres días», sin que esta rapidez increíble de la edificación perjudique lo más mínimo a la solidez. Contiene habitaciones para ochocientos viajeros, con todas las comodidades de los establecimientos más perfectos en su clase. Proyectó este magnífico edificio y dirigió su construcción el arquitecto catalán don Luis Domenech, artista eminente, a quien pertenece también la traza de algunos de los edificios más bellos de la Exposición. En el Gran Hotel causa asombro la

acertada disposición del edificio y lo adecuado de sus dependencias. Nada falta ni nada sobra en él, y hay perfecta armonía en todas sus partes y el conjunto, así como entre su traza y la sobria y original ornamentación del patio y las fachadas. La rapidez de los trabajos obligó al arquitecto a prescindir de los cimientos. La enorme fábrica descansa sobre un entramado de rails, y tan seguro es el fundamento, que no se nota en el edificio ni una grieta, ni un desnivel, ni cosa alguna que indique resentimiento de las paredes. La Empresa constructora está obligada a destruir el edificio dos meses después de la clausura de la Exposición, para devolver el terreno al Estado; pero, en vista del buen resultado de la fábrica y de su probada solidez, es casi seguro que toda Barcelona se opondrá a la demolición.

El aspecto que presentaba el patio del Hotel, en los días de la visita de las escuadras, era, en verdad, sorprendente. Allí residían todos los diplomáticos acreditados en Madrid, y los agregados militares. La oficialidad de los distintos buques anclados en el puerto era constantemente invitada por los representantes de sus respectivos países, de modo que, en breve espacio, se veían reunidos todos los uniformes de Europa. No ha decaído la animación del Hotel en todo el tiempo que ha durado la demostración naval, y aunque, a partir del día 20, las casacas diplomáticas dejaron de decorar el vistoso patio de la inmensa fonda, no ha dismi-

nuído el número de huéspedes, pues el improvisado edificio es uno de los principales éxitos de la temporada, y se ve constantemente lleno de familias españolas y extranjeras.

Complemento del hotel y de otras novedades que Barcelona encierra es el arreglo de la vía pública para comodidad de paseantes a pie y en coche. El Municipio barcelonés adoptó oportunamente el entarugado de madera para las vías más transitadas de la ciudad; las obras para sustituir el antiguo macadam con el pavimento de pino creosotado se llevaron con gran rapidez, trabajando en ellas noche y día, y al abrirse la Exposición estaba terminada tan útil reforma en el paseo de Colón, ramblas y avenidas que conducen al Parque. Se proyecta establecer el entarugado en el paseo de Gracia, *Gran Vía* y las principales vías del ensanche.

El alumbrado eléctrico se ha difundido de tal modo en Barcelona, que no hay, seguramente, ciudad alguna en Europa que con mayor ni aun con igual profusión lo posea. Existe en la vía pública, sustituyendo al gas, y en multitud de edificios particulares. Las iluminaciones de la ciudad, durante las tres noches que siguieron a la inauguración, y en las de la retreta y fiesta marítima, fueron de una esplendidez nunca vista. El gas rivalizaba con los focos eléctricos por la muchedumbre, ya que no por la intensidad de sus luces. Por lo general, en todas las fiestas de esta clase gustan los barceloneses de mostrar su riqueza y los medios de que dis-

ponen para hacer los honores de su ciudad. Es un pueblo morigerado y sobrio que, cuando llega la ocasión, sabe gastar sus ahorros y deslumbrar a sus huéspedes, haciendo gala de tanta esplendidez como inteligencia.

Otra de las admirables improvisaciones que causan maravilla a los que en estos días han visitado a Barcelona es la transformación súbita de la casa del Ayuntamiento en Palacio Real. La Reina y sus hijos estuvieron instalados allí tan cómodamente como en su residencia de Madrid. Mucha inteligencia y mucho dinero se necesita para convertir un edificio, donde no había más que oficinas, en morada de Reyes, con habitaciones lujosamente engalanadas, amén de las dependencias y servicios necesarios al objeto.

La casa de la ciudad es un edificio híbrido, parte gótica, parte del siglo pasado. La fachada greco-romana es un pegote que ha privado al monumento, en su parte exterior, de todo carácter y belleza. Consérvanse interiormente, en patios y galerías, algunos trozos del hermoso y puro ojival de Cataluña, amén del Salón de Ciento, que es uno de los recintos más grandiosos que en parte alguna existen. La elevación del techo, la severidad de sus líneas, su amplitud y la sobriedad de sus ornatos dan a esta pieza una suntuosidad apropiadas a las recepciones regias. Durante la residencia de la Reina ha estado destinada a comidas de gala. Este salón, como todo el edificio, está alumbrado por fo-

cos eléctricos. El resto del palacio, así como su mueblaje, revela una dirección inteligente y abundancia de recursos de todas clases.

II

El éxito de la Exposición de Barcelona, debido en gran parte a la actividad y energía de los catalanes, lo consideramos como un éxito nacional, y de él nos enorgullecemos sin sombra de envidia ni recelo, persuadidos de que es Barcelona la única ciudad de España capaz de ofrecer ante el mundo el espectáculo de cultura y riqueza que nacionales y extranjeros han podido admirar. Los barceloneses, que ordinariamente se muestran quejosos del Estado (y en lo que toca a la centralización administrativa sus quejas son fundadísimas), no pueden, en este caso concreto, alegar ninguna especie de agravio, y reconocen haber recibido del Poder central todo el auxilio que éste podía darles para su gloriosa empresa. Aun mirada la Exposición bajo este solo aspecto, es un bien muy grande, porque ha de reducirse a ciertas desavenencias fundadas en el apartamiento, en la ignorancia de la verdad más que en otra cosa. De la aproximación moral entre Madrid y Barcelona han de resultar grandes bienes, así para Cataluña como para España.

III

La Exposición está enclavada en el Parque, cuyas deliciosas alamedas fueron plantadas en terrenos de la antigua ciudadela. Esta no desapareció completamente cuando el Estado la cedió a la ciudad para ser convertida en jardines. Hasta hace poco subsistían los cuarteles, que fueron demolidos para emplazar el *Palacio de la Industria*, y aún se conservan algunos pabellones que formaban parte de aquella imponente agregación de edificios militares. La fortaleza levantada por Felipe V después de su victoria definitiva en la contienda con la casa de Austria, el baluarte de guerra, que sirvió para oprimir y sojuzgar a la ciudad partidaria del archiduque, y que fué erigido como amenaza a Cataluña entera, ya despojada de sus fueros e inmunidades, ha dejado el sitio a construcciones de forma y fines absolutamente contrarios al fin y forma de la arquitectura militar. Lo que fué prisión de innumerables reos políticos es ahora mansión de alegrías. En los lugares donde tantos infelices fueron sacrificados a la dura ley de la disciplina o a la más odiosa de las venganzas políticas, resuenan ahora himnos de paz y las músicas de los festejos populares. Todo es algarazara y contento donde antes reinaban el silencio y la soledad.

IV

La Exposición consta de varios edificios, emplazados en la considerable extensión del Parque, desde el arco de triunfo del paseo de San Juan hasta el ferrocarril de Francia, prolongándose sobre éste, por medio de un magnífico puente, hasta el baluarte de don Carlos, junto al mar. El *Palacio de la Industria* ocupa una superficie de 50.000 metros cuadrados. Es de forma radiada, semicircular. La gran nave central tiene 125 metros de longitud y las laterales, en número de doce, 100 metros. La decoración exterior es elegante y ostenta cuatro gallardas torres y un peristilo circular. Este edificio es provisional, y será destruido cuando termine la Exposición.

La *galería de máquinas* consta de tres anchas naves paralelas y ocupa una superficie de 5.760 metros cuadrados. El *Palacio de Bellas Artes*, edificio grandioso y que se ha construido como permanente, encierra un salón de fiestas de 60 metros de longitud por 30 de ancho, con altura total de 30, recinto desahogadísimo y esbelto, donde las solemnidades muy concurridas tienen lucimiento extraordinario. Las entradas, escaleras y todos los accesorios de este vasto edificio tienen el mismo carácter amplio y monumental. En la tribuna que rodea el gran salón hay dos enormes órganos, que se comunican por medio de la electricidad, de modo que un solo organista puede tocarlos simultáneamente, obteniendo un perfecto unísono.

El Palacio de Ciencias ocupa una superficie de 3.010 metros; además de las galerías para instalaciones, tiene un vasto salón para conferencias científicas. El *Palacio de Agricultura* consta de un pabellón central y de dos más, laterales, de 74 metros de longitud. Su total superficie es de 5.800 metros. El *pabellón de colonias* y el de material de transporte también son de grandes dimensiones, aunque no tanto como los dos anteriormente citados. La minería y construcciones se exponen en un edificio anexo a la Exposición, en el depósito de aguas, que ofrece la particularidad de hallarse éstas contenidas en vastos estanques contruídos sobre bóvedas, a 20 metros del suelo. Es obra atrevidísima. En las vastas crugías, sobre cuyo techo gravita, con su inmensa pesadumbre, la masa de aguas destinadas al riego del parque próximo, se ha instalado una de las secciones más interesantes de la Exposición.

La *Sección Marítima* está en el baluarte de don Carlos, pasado el puente que une el parque con la orilla del mar; consta de varios pabellones, descollando el de la *Marina de Guerra* y el de la *Trasatlántica*, que expone modelos de sus nuevos buques. El *Restaurant*, edificio con carácter permanente, es de los más bellos que en el Parque se ven, y su traza y dirección se debe al señor Domenech, autor del *Gran Hotel Internacional*. Afecta la forma de un castillo gótico y es de ladrillos, decorado con cerámica de variados colores, conjunto elegante y originalísimo, que será uno de los principales atrac-

tivos de la Exposición. Su interior es amplio y cómodo, con espacio suficiente para más de mil comensales.

El Umbráculo, edificio destinado a plantas y flores, así como la estufa para vegetales de los trópicos, son construcciones muy hermosas, también con carácter permanente: Hay, además de estos anexos, que podrían llamarse oficiales, multitud de pabellones y kioscos de más o menos importancia arquitectónica, levantados por Empresas fabriles españolas y extranjeras, otros que contendrán panoramas, dioramas, teatros y espectáculos diversos, resultando en toda la extensión del Parque, desde la entrada por el paseo de San Juan hasta el mar, un conjunto imponente y de encantadora variedad.

En las instalaciones extranjeras del *Palacio de la Industria* descuella Francia con una extensión superficial de 2.500 metros, y siguen, en disminución gradual, Alemania, Inglaterra, Austria, Estados Unidos, Italia, Bélgica, Rusia, Suecia, Turquía, Portugal, Américas españolas, Japón, etc. La Exposición, en suma, no es inferior a las universales que en las primeras capitales de Europa se han celebrado; ofrece una totalidad más completa que la de Viena, y es, por muchos títulos, superior a las de Amsterdam y Amberes. En España no se ha hecho jamás nada que remotamente se parezca a este alarde de energía, riqueza y poder industrial. Causa verdadero asombro cómo en tan breve tiempo y

sin disponer de cuantiosos recursos oficiales han surgido del suelo tantos y tan bellos edificios, de traza admirable y construcción más sólida de lo que exige su carácter provisional.

La concurrencia de españoles y extranjeros a Barcelona ha sido y es extraordinaria. Algo disminuirá tal vez durante la estación canicular; pero desde mediados de septiembre hasta noviembre, quizá hasta fin de año, Barcelona recibirá un número incalculable de huéspedes, que podrán apreciar las bellezas y cultura de la ciudad, los progresos admirables de Cataluña en todos los órdenes, y los múltiples aspectos interesantísimos de la primera Exposición universal que en España se celebra, y que será una de las páginas gloriosas de la historia contemporánea.

V

De la importancia de Barcelona como población fabril, nada tengo que decir, pues harto conocida es en todo el mundo. En el término de la capital del principado, en los pueblos que la rodean y en otros de la provincia, como Tarrasa, Sabadell, Manresa, Badalona, Esparraguera, Vich, existen talleres en mayor o menor escala, de todas las industrias conocidas, descollando los tejidos de algodón, los de lana y seda, las alfombras, las fundiciones y forja de metales, los muebles, los trabajos tipográfi-

cos, la cristalería y cerámica, etc. De cuantas fabricaciones enriquecen a Inglaterra, Alemania y Francia, hay en Cataluña alguna muestra, pudiendo decirse que los catalanes ensayan su inteligente actividad en todas las ramas de la industria contemporánea.

Sobresalen en unas más que en otras, y en algunas compiten, sin género de duda, con los extranjeros.

Aunque la agricultura está muy adelantada en el país, la industria es la base de su riqueza no sólo en Barcelona, sino en las otras tres provincias catalanas, Gerona, Tarragona y Lérida.

Con la industria se han hecho en todo aquel país, y principalmente en Barcelona, enormes capitales; a la industria se debe la prosperidad, el bienestar y la cultura que admiramos allí.

De la industria provienen también las desavenencias entre Cataluña y el resto del país, por el intrincado pleito que se entabla entre las distintas escuelas económicas siempre que se pone en tela de juicio la cuestión arancelaria. Cincuenta años hace que se discute si conviene o no proteger a todo trance la producción catalana. Hasta el 68, los aranceles fueron altísimos; desde aquella fecha, la lucha por la rebaja de tarifas aduaneras ha sido tremenda, anunciando los catalanes su ruina en los tonos más lúgubres. Pero antes y después del 68, las fábricas catalanas han dado grandes rendimientos. A pesar del mal cariz de la crisis actual, no se ven en Bar-

celona síntomas de ruina ni aun de decadencia. Alguien sostiene que el arancel actual es todavía bastante alto para amparar holgadamente la producción del Principado. Otros ven en la energía inteligente de los catalanes una tan grande fuerza vital, que confían en el desarrollo aún mayor de la industria de aquel país, cualesquiera que sean las disposiciones arancelarias que en lo futuro hayan de adoptarse.

Así como un país agotado y caduco no se salva aunque traten de robustecer su anémica producción todas las restricciones aduaneras que es posible imaginar, del mismo modo un país lleno de savia y de iniciativas, un país que a los elementos acumulados une su genial aptitud para utilizar las fuerzas de la naturaleza y que se asimila con pasmosa precocidad todas las conquistas de las ciencias experimentales, no puede perecer, ni siquiera quedarse atrás, aunque se encuentre temporalmente en condiciones político-económicas poco favorables.

Sufriría pasajeros entorpecimientos y oscilaciones que los timoratos conceptuarían señales de muerte, levantándose luego y afianzándose saludable, robusto y dispuesto para una larga vida, dentro de la vida nacional.

El clamor de los catalanes ante la amenaza constante de la baja de aranceles es muy natural en un país cuya riqueza se ha ido formando amparada del sistema proteccionista. Y aún se explica que des-

pués que la industria catalana ha aprendido a andar sola, siga clamando por los andadores, por esa timidez propia de las sociedades ricas.

Puede asegurarse que hoy mismo, cuando los industriales del Principado se quejan del desamparo en que los tiene el poder central, las fuerzas productoras de aquel país están bastante bien defendidas contra la producción extranjera. Nuestro arancel dista mucho de ser librecambista; es más bien el antiguo sistema atenuado, y las atenuaciones determinadas por la modificación del 68 y por los tratados de comercio coinciden con los grandes progresos de la fabricación catalana.

A cualquiera se le alcanza, no obstante, que esas atenuaciones del antiguo sistema deben ser lentas y tener límites que no puedan ser rebasados.

El rigor de las doctrinas económicas ha pasado de moda y las naciones atemperan su legislación económica a las circunstancias en que se encuentran. España no ha sido la última en adoptar un criterio arancelario despejado de aquellos exclusivismos de escuela que tanto arrebataron los ánimos treinta años ha, cuando se generalizó, y aun se hizo popular, el Estudio de la Economía Política. Todos los partidos se declaran oportunistas, y aunque no es posible fijar en cada uno los términos de esta decantada oportunidad, ninguno se aventura a proponer soluciones extremas.

El problema no presentaría hoy grandes asperezas sin los efectos de la crisis general, que en Cata-

luña y en Castilla se dejan sentir con intensidad. La depresión del consumo afecta gravemente a estas regiones. Muchas fábricas de Barcelona están cerradas; en otras trabajan sólo la mitad de los obreros. Enormes cantidades de géneros manufacturados aguardan en los almacenes de demanda, mientras en Castilla los cosecheros de trigo no logran alcanzar en la venta un precio que les remunere de los cuantiosos gastos de producción. Alegan los castellanos que si en Cataluña y en toda la costa de Levante se consumieran sus trigos, mejoraría la situación; pero los catalanes, gente muy práctica, no quieren oír hablar de trigos castellanos, pues los del Mar Negro llegan a Barcelona a precio más bajo que los nacionales, soportando perfectamente el sobreprecio arancelario.

La voz de los catalanes pidiendo protección para sus manufacturas se confunde con la de los castellanos reclamando la subida del recargo arancelario de los trigos extranjeros. En honor de la verdad, debe decirse que los catalanes soportan o prometen soportar la elevación del precio de los trigos con tal que se eleven las tarifas de tejidos y otras manufacturas. Pero esta conformidad con la carestía general resulta del vicio propio de las informaciones económicas, de que en ellas se oye a los fabricantes, y los consumidores no pronuncian una sola palabra.

En materias económicas no es tan fácil oír la opinión general, como en las políticas, y la Prensa y

las informaciones públicas expresan el pensamiento de una minoría respetable, pero minoría al fin. El labrador pobre no concurre a los *meetings*, y, aunque a ellos concurriera, no sabría expresarse como el holgazán ilustrado que ha hecho un curso de Economía política, ni como el fabricante que puede argumentar con datos estadísticos hábilmente presentados. Es, pues, la opinión, en materias económicas, muy artificial y restringida, y hay que andar con mucho tiento antes que aceptarla resueltamente.

Los catalanes acusan a los castellanos de indolentes, poco afectos al trabajo, sin iniciativa ni sentido práctico de la vida. Los castellanos, en cambio, acusan a los catalanes de egoístas, que todo lo quieren para sí, muy pocos españoles cuando se trata de enaltecer a su región, y extremadamente afectos a la unidad cuando se trata de imponernos a todos, así peninsulares como ultramarinos, sus manufacturas, por medio del Arancel. Estas opiniones son igualmente injustas, expresadas así, en crudo, como se oyen en algunas conversaciones familiares; pero despojadas de todo sentido de animadversión llevan en sí algo de justicia. Se fundan en las condiciones de raza y de suelo, y es forzoso respetarlas, quitándoles la aspereza que en ellas ponen a veces los caracteres petulantes. Que el catalán tiene para el trabajo industrial, como hoy se practica en Europa, más aptitud de inteligencia y de manos que el castellano, es cosa que nadie puede poner en duda.

Pero esta ineptitud es más bien ocasionada por una deficiencia educativa, que porque falten en las razas las condiciones esenciales para el trabajo, de cualquier clase que sea. Dicha ineptitud industrial se expresaría con más propiedad llamándola *falta de hábito para el trabajo*, y su causa habría que buscarla en circunstancias históricas y geográficas. La raza que alcanzó la hegemonía de la península, realizando la unidad después de haber hecho prevalecer su lengua y sus costumbres, vino a encontrarse en condiciones desfavorables para la lucha por la existencia, por causa de la despoblación que ocasionaron las guerras y los descubrimientos; por hallarse asentada en las mesetas centrales de la península (desventaja que agravó Felipe II, poniendo su capital en lo más árido del reino), por el decaimiento de la agricultura en dicha región y las dificultades de comunicaciones entre el centro, el litoral y las fronteras.

Cuando España, después de un período de larga atonía y paralización científica, empezó a asimilar-se los progresos de Europa y la transformación del trabajo, el litoral y la frontera pirenaica fueron las primeras regiones que aprendieron la nueva manera de vivir y trabajar. Las Castillas se habían quedado estacionarias; el empobrecimiento del suelo, la despoblación y la incomunicación retardaron sus progresos.

El despertar ha sido y es de una lentitud desesperante. Pereció toda la gran industria que en un

tiempo fué gala y esplendor de los mercados del interior de la península. Las rutinas, lo mismo en agricultura que en la fabricación, se eternizan favorecidas por la naturaleza misma. De aquí proviene un desaliento en la raza, un cierto fatalismo que presenta todas las apariencias de la pereza y que se explican por la desproporción entre los esfuerzos y el resultado práctico de ellos.

Nadie puede negar que el litoral, comunicado fácilmente con las naciones en que ha nacido el nuevo arte de trabajar y producir con suelo más feraz, con clima más benigno, con medios de explotar la colonización y el comercio, se ha encontrado en mejores condiciones para la lucha por la vida. La actitud para los negocios, que nace, se ejercita y se robustece, allí donde existen corrientes comerciales, es cualidad que brilla poco en los pueblos del centro, los cuales por no comprenderla, incurren en la injusticia de llamar *egoísmo* a las combinaciones del cambio, el giro y el descuento. Del pueblo catalán se dice en España lo que en toda Europa del pueblo inglés, pero todo ello, bien mirado es puro amaneramiento de la opinión común sin consistencia racional.

Poco a poco se van rectificando juicios absurdos alimentados por la rutina de tantos siglos. Los castellanos, y especialmente los habitantes de Madrid, reconocen ya que gran parte del bienestar de la sociedad catalana se debe a la previsión, virtud poco extendida en las regiones centrales de la península.

Debemos declarar sin rebozo que en Economía Doméstica, que no se si es ciencia, arte o qué es, en ese cúmulo de reglas prosáicas cuyo cumplimiento disminuye las desazones de la existencia, nos llevan los catalanes mayor ventaja que en todos los demás órdenes del saber.

De aquí que en general se viva mejor en Barcelona que en Madrid; de aquí que el nivel medio de bienestar sea más alto allá que acá; de aquí que, habiendo bastante riqueza en una y otra población, haya en Barcelona más reservas que en Madrid, y se advierta en todas las clases mayor desahogo.

III

La composición social de los dos grandes centros de España, Madrid y Barcelona, ofrece caracteres totalmente distintos. Aquí hay tres aristocracias poderosas: la de la sangre, la del dinero y la política. La primera influye por las costumbres, y se va fundiendo poco a poco con la segunda. Es menos orgullosa de lo que parece, tolerante, acepta la riqueza venga de donde viniere, y conserva el sacro fuego de los buenos modales, hermanándolos graciosamente con la proverbial franqueza española.

La segunda es aquí, más que en parte alguna, verdadera aristocracia, porque la riqueza, que es grande, está en pocas manos, y, por tanto, toca a más.

La tercera aristocracia es organismo especialísimo, que sabe apoyarse en las otras dos y prestarles su apoyo.

En Barcelona no hay más que una aristocracia: la del dinero amasado laboriosamente en el comercio y la industria. Las grandes fortunas descuellan quizá menos que aquí, porque las empequeñece algo el nivel de las fortunas medias, bastante más alto que en Madrid. Los capitales saneados y de importancia, sin llegar a la opulencia, los capitales modestos que aseguran el bienestar de una familia numerosa abundan en Barcelona tanto como escasean en Madrid, donde las grandes riquezas, labradas en parte con las contratas del Estado, no han podido subdividirse, como se subdividen donde la esfera de actividad es más amplia.

Las clases ricas de Barcelona viven bien, con vida menos tormentosa y agitada que la de Madrid; saborean el lujo, viajan, prefieren por lo común las comodidades domésticas a la ostentación pública. En cuanto a la clase media son mayores las diferencias entre Madrid y Barcelona, pues aquí existe una parte importantísima del vecindario, clase bien vestida, bien educada, de agradable trato, que vive de un sueldo más o menos grande; pero sueldo, al fin, con el cual no se pueden hacer maravillas.

Los pensionistas del Estado, gentes que viven de una jubilación, o de los montepíos militares y civiles, constituyen una clase numerosísima, la rama

menos holgada de la mesocracia después de la de los cesantes.

Los rentistas, o gente que vive de su capital empleado de valores públicos, abundan bastante en ambas poblaciones; pero no sería difícil probar, a mi juicio, que en Madrid están aquellas riquezas en menor número de manos y que en Barcelona la distribución es más proporcionada. La clase comercial de Madrid, operando en una esfera de acción más reducida que en Barcelona, no es menos inteligente que aquella y ha sabido labrar fortunas bastante cuantiosas, parte de las cuales se halla invertida en la propiedad urbana de esta villa.

En cuanto al pueblo, no diré que el de Barcelona tenga más aptitud que el de Madrid para el trabajo fabril; pero posee una educación industrial y una práctica de que el obrero madrileño carece. Por lo común, el madrileño, dotado de viva imaginación y de inteligencia, no iguala al catalán en habilidad de manos, salvo en contados oficios, cuya tradición no se ha perdido en Madrid.

Para aquellos en que funciona la gran maquinaria de vapor, el obrero madrileño necesita instruirse; pero la verdad es, que si logra vencer ciertas dificultades, se pone en primera línea y no hay quien lo supere.

Como cultura y formas sociales, únicamente diré que las clases bajas de Madrid tienen mucho que aprender de las de Barcelona, ciudad que en esto puede enorgullecerse ante todas las de Europa,

pues ningún pueblo del mundo le iguala en la escasez de tabernas, son menos frecuentes en ella las pependencias, y en ninguna otra dan los obreros menos trabajo a las autoridades municipal y judicial.

Hay en Barcelona plaza de toros, como en Madrid; pero el sangriento espectáculo es allí un poco exótico y no apasiona a las muchedumbres como en Madrid. Se podrían suprimir radicalmente en Barcelona las corridas sin que nadie las echara de menos, mientras que aquí está tan encarnado el toreo en el sentimiento popular, que hasta cuesta trabajo concebir el uno sin el otro. No creo que nadie deje de relacionar la tosquedad, la violencia de lenguaje y de modales que es propia del pueblo de Madrid y que tanto da que hacer a la policía, con el espectáculo taurino, escuela constante y cátedra siempre abierta de barbarie, insolencia y crueldad.

*Observaciones
de ambiente*

El poder de los humildes

I

Hay en Madrid un jesuíta llamado el padre Mon, joven listo, nacido en noble cuna, de presencia agradable y cortesanos modos, predicador vehemente. Como en la célebre Compañía no hay individuo que no posean, según dicen, dotes singulares, la especialidad de éste es predicar a las señoras. Cuentan que en su mocedad frecuentó mucho los salones, y que su ardiente vocación eclesiástica no data en él desde la niñez, como en Luis Gonzaga. Cual otros insignes jesuítas que están en los altares, éste probó, antes de emprender el camino de la santidad, el fruto engañoso de los placeres mundanos, que al cabo es todo sinsabor y desabrimiento. A esto debe quizás su experiencia riquísima, su gran tacto para dirigir conciencias aristocráticas y su autoridad para sermonear a las damas, desviándolas del pecado para enseñarles la recta vía del cielo. Es, pues, Mon, hombre de mucho mundo, de escogida y ga-

lana palabra, pintiparado para el oficio que tiene y destinado, como es fácil suponer, a inmensos y ruidosos éxitos. El poder de uno de estos humildes, ora tras la reja de su confesonario, ora en la barandilla de un púlpito, es incalculable, aunque poco visible. Y por lo mismo que este poder es tan poco aparatoso, su fuerza resulta mayor. ¿Quién indaga sus oscuros resortes? ¿Qué expresión tienen al exterior sus armas formidables? El mismo poder público, apoyado en fuerzas materiales y en leyes escritas, ¿qué es en presencia de esta misteriosa fuerza, cuya esfera de gobierno se extiende con redes fortísimas por todas partes? Nada.

Vivimos quizás en perpetua ilusión. Creemos que nos gobierna Juan, sin percatarnos de que Pedro es dueño absoluto, aunque escondido, de todos nosotros. Pasa mansamente el tiempo sin que acertemos a volver de nuestro engaño; pero de vez en cuando algunos sacerdotes del cuerpo social nos dan aviso de la esclavitud en que estamos, esclavitud disimulada por el engreimiento de nuestra libertad, más fácil de reconocer en las palabras que en los hechos.

El padre Mon predicaba todas las tardes de cuaresma en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Bien conocido es este instituto femenino destinado a la educación de niñas de alta clase. En otros colegios se crían mujeres para la familia y la maternidad; allí se crían damas para la refinada vida de lo que llaman el gran mundo. La educación es allí

costosísima y las niñas aprenden pronto a hacer cortesías y adquieren fáciles y elegantes modales. La iglesia del Sagrado Corazón, construída recientemente, es gótica, de estilo francés a la manera de la basílica de Lourdes, mucho más aseada que las demás iglesias de Madrid, con cierto ambiente de pulcritud suntuaria y un no se qué de mundano. Ni la severidad grandiosa de nuestras catedrales, ni la miserable tosquedad de las parroquias matritenses se advierten allí; es un término medio, una cosa útil y bonita, como todo el género francés de exportación; un agradable acomodamiento entre la religión y el mundo, pues de todo hay un poco allí, rigor y alegría, excelentes formas y mucha comodidad, misticismo y, por fin, ese aire de negocio que el espíritu francés moderno imprime a todas las cosas, desde las más fútiles a las más santas.

Tal es el teatro del padre Mon; veamos ahora el público. Este es exclusivamente femenino. Allí no entra hombre ninguno, a excepción del predicador. Ocupa los bancos en las pláticas de las tardes lo más escogido de nuestra sociedad culta y rica, lo que los ingleses llaman *high life*, la *crème* de los franceses. Si los revisteros de salones lograran penetrar en este recinto sagrado, reconocerían a todas y cada una de las elegantes y hermosas señoras cuyas gracias y atavíos describieron el día antes, al hacer la crónica de tal o cual baile. Es de suponer que si las buenas madres del Sagrado Corazón permitieran la entrada de los hombres en su iglesia,

fácilmente ocurrirían en ésta profanaciones lamentables, aunque no fuera sino por esta maldita maña de la *flirtation*, que no se desarraiga de nuestras costumbres ni con sermones ni con penitencias. No puede ser más acertada la disposición de las madres, y merecen que se las felicite por ello.

Para tener una crónica exacta de la concurrencia al Sagrado Corazón, basta leer las que se hicieron del baile de trajes en el palacio de Fernan Núñez o pasar revista a los palcos de cualquier teatro en noche de estreno. Esta circunstancia, precisamente, es la que sacó de quicio al padre Mon, inspirándole su célebre homilia. El austero jesuita no podía ver con calma que las mismas que con tanto arrobamiento le oían por la tarde fueran de noche a bailoteos y saraos, y que después de la plática se retiraran apresuradamente a sus casas para comer de prisa y corriendo, cambiar de vestido y asistir, en el teatro de la Comedia, a la representación del *Demi-monde*, de Dumas hijo. Francamente esto es excesivo, y por holgados que sean los términos de la transacción mundano-religiosa que el jesuitismo autoriza en las clases altas, siempre conviene guardar ciertas fórmulas. Reconozcamos que el célebre predicador estaba cargado de razón y que le sobraban motivos para aquel desapacible répice que propinó a sus lindas parroquianas. Consideren las tales que estamos en cuaresma, época de abstinencia y mortificación, en la cual no están bien las promiscuidades, pues si tanto las vitupera la iglesia en las comidas,

cuanto no lo hará en las costumbres. Eso de ir por la tarde a ponerse en éxtasis delante de un sacerdote que habla de cosas santas y meterse por la noche en un teatro donde se representan escenas y pasos que si no son obra de Satanás lo son de sus discípulos; eso de encender velas en tan distintos y contrapuestos altares, más ocasionado es a perder el alma que a ganarla.

Pero reconozcamos que el hecho no habría tenido importancia si hubiera pasado en los términos descritos, pues todos los días condenan los predicadores en el púlpito las pompas y vanidades del mundo, todos los días se quejan de que sus exhortaciones no son tan eficaces como ellos desean y los anatemas suceden a los anatemas sin que las costumbres mejoren. Lo grave del caso estuvo en lo siguiente: Ya se había despachado a su gusto el padre Mon, cuando acertó a entrar en la iglesia la infanta doña Eulalia. Encarándose con ella, repitió en tono más enérgico sus apóstres sin omitir el *Sereníma señora*, para que constara de un modo terminante a donde iban dirigidos. La infanta había llegado tarde al sermón, por lo cual el enojado sacerdote hubo de añadir a lo antes dicho una punzante observación: *las que llegan tarde a la iglesia son puntuales en el teatro*.

Cuentan que la pobre hermana del Rey se afectó mucho al oírse increpar de aquella manera. Una señora de su comitiva le dijo en voz baja: «está faltando a vuestra alteza». Otra incitábala a retirarse;

mas la infanta, sobrecogida, no se atrevía a moverse del sitio de honor. Concluída la plática, sobrevino gran tumulto entre las fieles, y al instante se marcaron dos bandos enconadísimos, vehementes, dos bandos que subsisten aun después de aplacada esta tempestad mujeril-aristocrático-ecclesiástica. Unas pusiéronse resueltamente al lado de la infanta; otras abrazaron con calor el partido del padre Mon. Difícil es caracterizar estos dos bandos que, a fuer de femeninos, resultarían muy ardorosos y encarnizados. Hay quien supone que toda la hermosura se pasó con armas y bagajes al partido de Su Alteza, quedando en torno del clérigo las menos favorecidas por la Naturaleza. Hay quien supone que esta escisión responde a la que de antiguo existe en la aristocracia, dividida en alfonsina y legitimista, sin que los hechos consumados hayan traído una reconciliación completa. Ello es que a muchas, en cuyo corazón anida con raíces profundas la indulgencia y que saben contentar a Dios y al mundo con habilidad seductora, pareció excesiva la severidad del jesuíta; a otras, en cambio, que no transigen con Barrabás, les supo a poco y habrían deseado más rigor, más violencia, más dureza. En las conversaciones privadas, en el discreteo y bullicio de los salones se han manifestado mejor que en ninguna parte estas dos tendencias tan diferentes. Aquí enojo contra el jesuíta y tímidas protestas contra su conducta; allí defensa ardiente del padre Mon y excitaciones para que siga adelante y no repare en

las grandezas de la tierra. Debo advertir, antes de pasar adelante, que el insigne orador sagrado es carlista de los más furibundos y trabajó con alma y vida por dar ventajas a su causa en la última guerra.

II

Segundo acto de esta comedia: Cuentan que la infanta entró a Palacio hecha un mar de lágrimas. El sermón habíala herido en lo más vivo, en su conciencia de mujer católica y en su amor propio de princesa de la dinastía reinante. El Consejo de ministros ocúpase al instante del asunto, y éste es considerado como desacato a la familia real. El ministro de Fomento, don Alejandro Pidal, orador fogoso y brillante, que representa en el Gabinete el elemento ultramontano y las tendencias clericales, tomó sobre sí este delicado negocio.

Bien quisiera él que no se presentaran tales motivos de discordia entre una Congregación poderosísima y las autoridades eclesiásticas ordinarias; pero la vida ministerial tiene estos malos pasos y no hay más remedio que sortearlos como se pueda. Comienzan los cabildeos, y en esta sazón interviene en la contienda el cardenal Moreno, arzobispo de Toledo y primado de las Españas, importantísima figura contemporánea, de quien es forzoso decir algo antes de pasar adelante.

Este príncipe de la Iglesia no puede sostener comparación por sus prendas intelectuales con nin-

guno de los ilustres varones que en otro tiempo ocuparon la culminante silla toledana. No es un sabio eminente como Albornoz, el fundador del Colegio de Boloña; ni como Siliceo, el maestro de Felipe II; ni como Lorenzana, lumbrera de la Iglesia en tiempos más recientes; no es un consumado político, consejero y sostén de los reyes, como aquel don Pedro de Mendoza, a quien su siglo, deslumbrado con su poder y fastuosidad, llamó *el gran cardenal de España*. No es aquel espejo de todas las virtudes, aquel Cisneros, insigne gobernante, columna del Estado y de la Iglesia, casi santo, casi mártir, conquistador, apóstol, protector de las letras, fundador de Universidades, hombre, en fin, de estupenda grandeza. No es tampoco un príncipe benéfico que pueda inmortalizar su nombre con fundaciones como las de Tabera y el Siliceo antes citado. Es una apreciable persona, llevada a la augusta silla de San Ildefonso y San Eugenio más por combinaciones políticas (de esa menuda política de nuestros días), que por insignes méritos de otro orden. No reside nunca en la capital de su diócesis, sino en Madrid, donde le entretienen asuntos graves del catolicismo y de los partidos eclesiásticos. No son las rentas del arzobispado lo que eran antes, es decir, un pingüe patrimonio, casi tan grande como el de los reyes; pero aún dispone la primera mitra española de crecidas sumas. Con parte de ellas ha restaurado Moreno algunos templos, como el de San Jerónimo, de Madrid; pero, según dicen,

las cajas del Vaticano reciben la mejor porción de los saneados ingresos de las Parroquias de esta villa. Digo esto sin vituperarlo, pues no es de incumbencia seglar el empleo de fondos de la Iglesia, ni las razones de su distribución nos competen en manera alguna.

Es el cardenal Moreno persona de mucho gobierno; orado mediano; de sabidurías, más bien sociales que eclesiásticas; de pocas letras y muy versado en lides políticas y cortesanas; hombre, quizá, de aptitudes cabales para regir un Principado religioso en el estado presente del catolicismo y de las personas consagradas al culto, pues hoy la Iglesia, como la política, se gobierna menos con los principios que con las transacciones, y antes exige habilidad y trastienda que extremados rigores.

Como las de todo el episcopado español, las costumbres privadas de Moreno son intachables.

Si no existen hoy grandes hombres en santidad y saber, en cambio, no ve nuestra mísera edad ejemplos de perversión y escándalo como los que afean la brillante historia de otros siglos.

La medianía reina en todo, y los caracteres, cortados por el patrón corriente, parece que buscan la uniformidad. Huyeron los tiempos dramáticos, y las personas, como los hechos, parece que se informan en los moldes apacibles y rutinarios de la comedia de costumbres.

Una de las cosas que más hacen lucir las dotes cortesanas del cardenal primado es el generoso es-

fuerzo que pone en reconciliar los dos bandos en que está dividido el partido católico. Estos esfuerzos, no obstante, se han estrellado más de una vez en el prurito batallador de *puros* y *mestizos*, que así llaman a estos dos furiosos bandos. Deseoso de contentar a todos y de que no escandalicen a la cristiandad con sus agrias disputas, más destempladas y groseras que cuanto puede imaginarse, ha llevado su espíritu de concordia hasta autorizar a unos y a otros indistintamente, según las circunstancias lo exigían.

Rara vez se ha mostrado severo con los *puros* sin dar poco después un disgustillo a los *mestizos*. Unos y otros blasonan de tenerle en su pandilla, y él, usando del balancín con tanta destreza como los políticos más hábiles, ha concluído por no estar con unos ni con otros, estando con ambos a la vez. A fuerza de tacto, de contemplaciones y de distinguos ha sabido acallar por algún tiempo los enconados ánimos y poner una mordaza a las diatribas; pero los católicos no han tardado en ^a andar otra vez a la greña, diciéndose cosas tan ^a furibundas como divertidas, con ^a escándalo ^a de las buenas almas.

Para que se comprenda bien el sentido y significación de cada una de estas banderías, conviene decir que los *puros* son los carlistas immaculados, intransigentes, no tocados de mancha alguna liberalisca, ardientes partidarios, hasta la muerte, del pretendiente don Carlos, y tienen por cabeza visi-

ble al señor Nocedal, con plenos poderes del amo y señor, para gobernar a su antojo el rebaño.

Los *mestizos*, cuyo núcleo es la *Unión Católica*, son carlistas conversos, desengañados o desahuciados, gente del antiguo partido moderado, que fué siempre fiel a Isabel II, guerrilleros convenidos que cobran puntualmente sus pagas del Erario liberal. De tal modo transigieron con lo existente, que han llevado dos de sus hombres más notables a la situación dominante: Pidal, que, como orador, es realmente admirable y el conde de Tejada, persona de estudio y de buenas disposiciones administrativas. La saña con que estas dos fracciones pelean entre sí supera a cuanto la demagogia más desatinada ha podido acumular en papeles clandestinos. Son el agua y el fuego, el espíritu y la carne; son incompatibles, y antes se darán un abrazo la filosofía y el libre examen que estas dos familias católicas, que antes eran una sola durante la cruel guerra civil, y después del vencimiento han venido a ser enemigos irreconciliables.

Realmente da fatiga el considerar las amarguras que el buen cardenal ha de pasar para tenerlos a raya y poner diariamente su freno a la mordacidad y furor de los periódicos que las representan.

Es de notar que ambas hacen gala de obedecer las órdenes de su eminencia, y ambas le respetan, al menos en la forma, lo que supone en el arzobispo un trabajo de habilidad casi superior a las fuerzas humanas. Bien se comprende que no es un hom-

bre vulgar el que ha sabido mantener su autoridad en medio de este laberinto de odios y malas pasiones, y que si el insigne purpurado no despunta en las teologías que dieron fama a sus predecesores, es peritísimo maestro en otras, fruto natural de los tiempos y las circunstancias. Pues bien: a este hombre tan ducho en el manejo de personas dió el Gobierno el encargo de arreglar el desagradabilísimo asunto del padre Mon. Cuentan que aquel día (el siguiente del suceso) almorzó su eminencia en Palacio; que de allí salió para conferenciar con el presidente del Consejo, y más tarde visitó en su humilde morada al fogoso jesuíta, autor de lo que se llamó desacato a la familia real.

Entretanto algunas damas de las más afectas al Sagrado Corazón se personaban aparatosamente en la cámara de la infanta, para darle como satisfacciones de la ofensa recibida. No había motivo, según ellas, para un serio disgusto, y no debían tomarse tan al pie de la letra las reprimendas lanzadas desde el púlpito por un señor sacerdote en uso de su derecho, como pastor de almas y órgano de las verdades religiosas.

Mas ya no era ocasión de echar tierra sobre el asunto. Aquella tarde el padre Mon no subió a la religiosa cátedra con gran descontento y refunfuño de sus vehementes partidarios. El cardenal, no contento con prohibirle la predicación, ordenóle salir lo más pronto posible para Sevilla. Parece que el jesuíta no estaba dispuesto a obedecer si no se lo

mandaba su gerárquico superior, el provincial de la Orden. De las conferencias que celebraron éste y el primado nada se sabe; pero es lo cierto que Mon no volvió al pulpito, y tres días después salió para la capital de Andalucía, no sin dar ocasión a nuevos incidentes y comentarios que no quitan ni aumentan el interés del conflicto.

Humanas locuras

I

No puede quedar duda ya de que el Carnaval está en decadencia horrible. El Carnaval se va, desaparece, entra en la historia de las humanas locuras, dejando huella de su borrascosa existencia en la pintura y en los teatros. En las costumbres pocos rastros quedarán, porque las bromas se dan ya sin careta, y el pedazo de cartón o tela, que tan imperfectamente imita la fisonomía humana, no sirve ya para nada. Es tontería sofocar nuestra respiración para decir cosas que podemos decir a cara descubierta, sin que nadie se escandalice. Las bromas de mal gusto no se admiten ya ni con antifaz. Favorecen poco a quien las da, aunque no se le conozca, y la vocecilla atiplada resuena mal y antipáticamente en todos los oídos.

Bien mirado, el Carnaval es una cosa infantil, diversión propia de sociedades primitivas e inocentes, y ahora nos pasmamos de la buena fe con que

nuestros abuelos lo tomaban en serio y de lo mucho que se divertían con las máscaras. Cuando la chismografía no había encontrado en la Prensa un órgano eficaz, debía de ser sabrosísima practicada detrás de un cartón, desfigurando la voz; cuando los grandes centros de población no existían, debía de ser muy grato el hacerse el desconocido y hablar con una persona, gozando en la confusión de ella por ignorar quién le dirigía la palabra. Hoy pasamos constantemente junto a millares de personas, para las cuales somos tan desconocidos como si lleváramos el rostro tapado. Del Carnaval antiguo no quedan sino restos, tradiciones que se pierden de día en día en el tumulto de la renovación social. Sólo se visten ya de máscara los niños y algunos infelices individuos de la clase popular, aquéllos para lucir sus gracias, éstos para pedir en bulliciosas comparsas y divertirse a costa del prójimo. La careta es más rara cada año, pues los niños no se la ponen. Sus mamás les dan colorete, o les pintan bigotes con corcho quemado; y la gente de baja estofa, sea por comodidad o por economía, se disfraza la cara tiznándosela con almagre o betún. Lo que menos importa ya es que no le conozcan a uno. Basta para el fin carnavalesco con tomar el aspecto más mamarracho que se pueda lograr, y lo demás lo hacen las borracheras, los gritos, las groserías, la fatiga del baile y del canto. Nada más curioso y digno de estudio que las infinitas maneras de divertirse que hallamos en la especie humana.

II

Nuestro histórico Prado ha sido célebre en las Carnestolendas europeas. En tiempos remotos hanse visto en él máscaras originales, disfraces peregrinos y escenas muy divertidas. Recuerdo haber alcanzado algo de esto hace muchos años. Aún vi comparsas de damas elegantes, en coches, vestidas con capuchones de seda, máscaras solitarias y bromistas que despertaban algún interés. Todo esto se ha ido concluyendo poco a poco, y, últimamente, las mascaradas políticas, con figuras alusivas a los acontecimientos del día, animaron estas fiestas. Pero aun esto ha fenecido. La política cansa al público, aun cuando se la represente con figurones de papel y entre capisayos de percalina. Hemos visto desfilar en los últimos años las comparsas epigramático-políticas en medio del desdén general. Los que se habían tomado el trabajo de hacer aquella sátira grotesca se aburrían dentro del disfraz. Aparecen todavía alegorías estúpidas, carteles sin gracia y recuerdos de la fisonomía de las eminencias parlamentarias; pero pasarán sin hacer reír a nadie.

De las máscaras bromistas que se abalanzan a los coches y se suben al estribo para marear a las señoras, queda algo todavía; pero su descrédito es evidente. Creeríase que los que de tal modo se divierten repiten las gracias del año pasado. No se les ocurre nada nuevo. Dan importancia al trabajo;

se precian de no ser conocidos, y por más que disfracen la voz, pronto se les descubre que son tontos. Los estudiantes, principalmente los de medicina, celebran el Carnaval con fe, pero no se tapan la cara. Organizan comparsas para pedir, y su disfraz es el antiguo traje estudiantil u otros menos característicos y pintorescos. Lo único interesante en estas fiestas es la parte que corresponde a los niños. Se ven preciosidades, figuras monísimas, chulas, majos, *incroyables*, payasos, arlequines, caballeros a lo Felipe IV, damas a la Regencia, abates, Quevedos, toreros, chisperos, turcos, moros, valencianos, galleguitos, gitanos, magos, toda la historia y todas las razas representadas en figuritas vivas, que podrían ponerse sobre una consola. Se ha despertado verdadera emulación en esto; hay lujo, alardes de ingenio, originalidad, y cada año las comparsas de niños disfrazados son más numerosas, bellas e interesantes.

Los bailes infantiles que se celebran en los principales teatros, por las tardes, dan más atractivo a esta gran metamórfosis del antiguo Carnaval. Ved cómo esta costumbre, condenada por la Iglesia, después de haber sido causa de tantas locuras y pecados, concluye por servir de solaz a la inocencia, para que se le perdone su bulliciosa y nada limpia historia.

El mes de marzo

I

Cuaresma y primavera, ayunos y buen tiempo, crecimiento de días y disminución de espectáculos públicos, más paseos y menos veladas, funciones de iglesia, preparativos de las de toros; todo esto y aun algo más nos trae el mes de marzo.

Tiene este dichoso mes fama de inconstante, de ser muy dado a los vientos, que es como darse a los demonios; de ser frío y caliente, húmedo y seco, de reproducir, a veces, las cuatro estaciones en el breve término de un día. Las beatas le tienen mucha ley por ser el mes de San José, uno de los santos más populares y más festejados, y como caiga en él la Semana Santa bien se puede asegurar que es el mes favorito de la gente de iglesia. En cambio, los cazadores le miran de reojo, y, si en su mano estuviera, le borrarían del almanaque, porque en él empieza la veda, y tienen que dar de mano a su pasatiempo favorito.

Como todo tiene su compensación, júzguese el cariño que a ese venturoso mes tendrán los conejos, perdices, liebres, pájaros y demás familia de pluma y pelo cruelmente perseguida y acosada por perros y cazadores, desde noviembre a últimos de febrero. Los cómicos miran a marzo con recelo, porque en esta época empiezan a padecer escaseces, por causa de las benditas penitencias que se impone el público. En cambio, los toreros ya están sacando del arca los trapitos de la lidia, pues el primer domingo de Pascua empieza la empeñada y sangrienta serie de trabajos circenses, que les da tantos aplausos y tanto dinero. A las famosas y clásicas corridas de Madrid siguen las que celebran sucesivamente los pueblos y capitales ricas, en las fiestas de sus patronos, y cuando llega el verano los lidiadores no saben a qué plaza acudir, pues de todas les solicitan a la vez.

Si he de decir verdad, la penitencia que caracteriza a la presente época, es poco más que un nombre vano. Los ayunos escasean más cada día, y no son tan crueles y despiadados como antaño. Se me figura a mí que en esto del ayuno hay mucho de imaginación, y que algunos que pasan por motivadores de sí mismos, lo que hacen es variar la buena vida que se dan, conforme lo recomienda la higiene. La fe, en estas cosas de la mesa, ha sufrido relajaciones extremadas; personas de mucha devoción no acaban de convencerse de que sea santidad comer langosta en vez de perdices, y de año en año

se hace camino y lleva trazas de hacerse dogmático el dicho aquel de San Francisco de Sales, de que *lo que entra por la boca no daña al alma*. Este era hombre que lo entendía.

Por de pronto, a la Iglesia se debe el grandísimo incremento del comercio de pescado en estos cuarenta o más días desde la Quincuagésima a la Resurrección.

Madrid, distante del mar unos quinientos kilómetros por la línea más corta, es buena prueba de esto. Su mercado está todo el año tan bien surtido como los de las ciudades de la costa, y en esta época mucho mejor que todas ellas. La rapidez y multiplicidad de las comunicaciones permite al comercio de pescado fresco reunir aquí los productos de la industria marítima en toda nuestra extensa y rica costa. El Mediterráneo y el Océano nos son tributarios por igual y nos envían sus variadas especies. Madrid recibe diariamente las finas merluzas de Laredo y Santander, las angulas de Bilbao, los percebes, calamares y maganos de toda la costa cantábrica, las sabrosas llubrisas, los congrios, los besugos, el aristocrático salmón, la popular sardina, todo según su tiempo. Galicia, comunicada ya con el centro por ferrocarril, nos envía ricos peces y, además, magníficas ostras. Cádiz manda sus afamadas pescadillas; el Puerto, sus bocas, y Málaga, sus boquerones. Alicante, Cartagena y aun Barcelona no se quedan atrás en este tributo que el mar rinde a la que fué su señora, la histórica y antes poderosa

Castilla. Lisboa y Oporto también envían pescado a Madrid. Francia envía ostras y langostas, y en algunas épocas se ha traído salmón fresco nada menos que de Inglaterra.

Hemos de confesar con pena que la base de la alimentación de vigilia, lo que constituye el consumo popular nos viene del extranjero. Es este el tributo pesadísimo que desde tiempo inmemorial pagamos a Noruega, nuestra abastecedora de pescado barato. Ella nos da el bacalao, ese tasajo de los mares, y nos lo da en cantidades fabulosas, a precio ínfimo. 'Se ha arraigado de tal modo en nuestro país, en todas las regiones y en todas las clases la costumbre de comer esta sabrosa merluza seca, que si a los noruegos les diera de repente por no pescar, tengo para mí que habría entre nosotros una crisis alimenticia con síntomas revolucionarios. El bacalao es, para las clases rurales de España, tan necesario como el pan.

En muchas provincias es la única sustancia azoada que comen y a ella deben su nutrición vigorosa. Tráenlo a nuestros puertos fragatones enormes, a granel, como montones de tabla o fardos de cueros. Está gravado en nuestro arancel con derechos crecidos, y es uno de los artículos que en el lenguaje financiero se llaman *de renta*, por los pingües rendimientos que da a las Aduanas. Los puertos por donde principalmente se importan son los de Bilbao y Santander en el Norte, y los de Alicante y Barcelona en el Mediterráneo.

Se ha hablado muchas veces aquí de redimir a nuestro país del tributo enorme que, con este comercio, paga a las industrias de Noruega, Escocia y Banco de Terranova. Las pesquerías establecidas en las Islas Canarias para explotar los riquísimos criaderos de la costa occidental de Africa, han obedecido a este pensamiento. Hay allí gran riqueza y variedad de peces; no es difícil extraerlos del mar en grandes cantidades; pero la conservación ha ofrecido siempre dificultades. En aquellas latitudes no se puede tener la colaboración del aire frío y penetrante del Norte que seca el pescado y lo pone como una suela.

Se han ensayado diferentes procedimientos, todos sin resultado. No hay medio de secar y endurecer el pescado, disponiéndolo para el transporte fácil y barato. Se necesitan embalajes, salmueras, congelación artificial o bien extracción de aire, todo lo cual es enredoso, costoso y lento. En cambio, los noruegos extienden su pesca sobre los prados, y el aire se la prepara para la exportación, convirtiéndola en tablas, que llevan a donde quieren sin entorpecimiento alguno. Los distintos fracasos sufridos por las Compañías de pesca en Canarias no han acobardado a los que ven en ella un negocio de primer orden bajo el doble punto de vista industrial y comercial. Actualmente se hacen nuevos ensayos, y esperamos que al fin tanta constancia será coronada por el éxito.

También se ha hablado aquí de traer, para ali-

mento de nuestras clases populares, carne de buey en las mismas condiciones de comodidad y baratura con que viene la merluza seca del Norte. Dicho se está que este comercio no podría hacerse sino con las Repúblicas Argentina o del Uruguay, productoras en gran escala de ese *bacalao de toro*, que sería el más popular de los comestibles si se hallara medio de traérnosle a España y de hacerlo probar a los habitantes de las comarcas que hoy pagan a Suecia y Noruega sumas fabulosas por el suministro de *tasajo de los mares*.

II

Volviendo a las penitencias, diré que están en grandísima decadencia. Dudo mucho que exista hoy nadie que se alimente en estos días con puras yerbas; y si alguno lo hace es por necesidad antes que por virtud, y porque los tiempos calamitosos que corremos imponen a ciertos cuerpos privaciones que no tienen nada que ver con la doctrina cristiana. El arte culinario, obra sin duda del mismo Satanás, ha inventado para estos días refinamientos hipócritas, apropiados a la letra, mas no al espíritu de la Ley Sagrada. Y cuenta que, o mienten las crónicas gastronómicas o tales refinamientos han sido invención de frailes y monjas. En las cocinas de esas casas de penitencia han nacido las mil donosas invenciones que, en platos de pescado y platos de dulce, envanecen a la culinaria de nuestros tiempos empecatados. La comida de los pobres en Jueves Santo ha sido siempre de las más sibaríti-

cas. Los que se han podido ver palacios episcopales han dado la norma a los palacios de los Reyes, éstos la han dado a las clases aristocráticas, y, por último, las fondas y restaurants, tomando lo bueno de aquí y de allí, aprovechando lo frailuno y lo palatino, han concluído por echar a rodar el dogma. La humanidad es siempre la misma. La gula varía de forma, pero es siempre vicio capital y, por tanto, inherente a nuestra flaca naturaleza.

La fiesta nacional

I

Quiero hoy decir algo acerca de las corridas de toros y de la debatida cuestión de si deben suprimirse o no.

Ante todo, conviene hacer constar que, lejos de disminuir la afición de los españoles a esta fiesta, aumenta o parece aumentar de día en día. Y lo más particular es que el entusiasmo taurómico crece a medida que escasean los diestros y degenera la poderosa raza de toros bravos. Cada día es menor el número de matadores, y su habilidad en el llamado Arte parece más dudosa.

Las antiguas ganaderías no dan ya aquellas tremendas fieras de otros tiempos.

Hoy se lidian bueyes, más o menos valientes; pero el gran toro tradicional va desapareciendo rápidamente, según aseguran los que de estas cosas entienden.

La degeneración de los lidiadores es más eviden-

te aún; apenas hay dos o tres que merezcan el nombre de matadores y, sin embargo, ganan mucho más dinero del que ganaron en los tiempos clásicos los famosos maestros Pedro Romero, Montes, Pepe-Hillo y otros.

También los toros valen hoy mucho más que antes, y por un Veragua, un Miura, o un Aleas, se paga doble o triple de lo que se pagaba por sus antecesores en los tiempos de Carlos IV y Fernando VII.

De esta subida en el precio de los elementos principales del toreo se desprende, naturalmente, la subida del precio de las localidades de la Plaza.

Hoy cuestan los asientos cuatro o cinco veces más que costaban cuando las corridas eran admirable muestra de la destreza del hombre y del poder de una fiera.

Pues bien; siendo los toros malos, los toreros peores y el espectáculo infinitamente más caro, la afición del público aumenta de año en año.

Ya puede el empresario poner los precios que quiera: siempre tiene la seguridad de que los billetes serán disputados a empellones.

Se hablan mil pestes de los empresarios, de las ganaderías y de los diestros; pero el público acude siempre en grandes y afanadas masas.

Sucede con los toros como con la ópera.

Cuando parece que se extingue la raza de los grandes cantantes y no existe ningún compositor de genio que escriba óperas notables, la afición aumenta desafiando las escandalosas subidas de precio.

Hace veinticinco años costaba muy poco dinero oír a la Penco, a la Grissi, a la Trezzolini, a Mario, a Tamberlik y a Franchini.

Hoy se paga cinco veces más por oír artistas que valen mucho menos: Salvo una media docena de cantantes que se hacen pagar fabulosamente sus gorgoritos, todo el personal de ópera se compone de partiquinos más o menos tolerables. Y, no obstante, cuesta un ojo de la cara el oírlos.

La situación es la misma (si así puede decirse) en el Arte, bastante menos noble, del toreo. Partiquinos que cobran un sentido por hacerlo muy mal, y ganaderías, degeneradas, que debieran criar sus reses para carne.

II

Equivocáronse de medio a medio los que veinte o treinta años ha profetizaron que el toreo se extinguiría por sí mismo. Entonces era moda hablar muy mal de este espectáculo y suponerlo origen de infinitos males. Los enemigos de los toros hacían propaganda para que se prohibieran las corridas, y desconfiando de poderlo conseguir, esperaban que la afición disminuiría y que la fiesta popular española moriría por consunción.

¡Qué error tan grande!

En este período de tiempo hemos visto que la Plaza antigua era sustituida por otra mucho mayor; y si se diera permiso para ello, es evidente que no

faltarían en Madrid empresas particulares que construyeran una o dos plazas más.

Es que, aparte de las emociones de la lidia, existen las emociones del espectáculo y el pueblo español tiene profundamente arraigada en su alma la necesidad de estas emociones.

Dos cosas hay en las corridas: la lidia y el espectáculo. En la primera, los profanos, entre los cuales me cuento, se divierten poco; carecen de criterio para juzgar las suertes y se sienten desagradablemente impresionados por el sangriento cuadro de la muerte de los indefensos caballos.

Pero el espectáculo ofrece encantos a que nadie que tenga ojos puede permanecer insensible.

La inmensa y variada muchedumbre, la anchura del circo, los magníficos trajes de los lidiadores, la belleza imponente del toro y, por fin, el movimiento y animación de los distintos lances de la corrida, ofrecen un conjunto tan pintoresco y hermoso que difícilmente se hará cargo de él quien no lo haya visto.

En la lidia hay lances verdaderamente feroces, otros enteramente rastreros e innobles. Si la suerte de caballos fuera cambiada por otra menos repugnante; si no viéramos a los soeces gandules que llaman *monossábios* apaleando al infeliz animal reventado para que se levante y se ponga otra vez delante de la fiera, la lidia sería tan bella quizás como el espectáculo y tendría más partidarios aún de los que tiene. En tal caso, habría menos motivo para

pensar en la abolición de las corridas como determinación civilizadora.

En pro de los toros habla siempre el hecho indudable de que es la única originalidad profunda y castiza que conservamos.

En medio de este trabajo de nivelación general uando hemos asistido a la desaparición de nuestros trajes, de nuestras costumbres, cuando nuestra literatura misma no ofrece caracteres absolutos de españolismo, es imposible dejar de volver los ojos a una fiesta que por sus elementos y todas las circunstancias que en ella concurren, no tiene semejanza en parte alguna.

Ni aun siquiera se ha dado el caso de que los extranjeros nos la copien e imiten como nosotros hemos imitado y copiado el sport inglés, las kermeses alemanas, tomando a los italianos la ópera y a los franceses mil cosas de la vida común.

Los toros son inimitables, incopiables e intraducibles.

De los Pirineos para allá no existen ni pueden existir, salvo las contadas manifestaciones taurófilas del mediodía de Francia, que en rigor son caricaturas del verdadero toreo.

III

La fiesta nacional, como elemento pintoresco, es asimismo inagotable.

Inspira a nuestros artistas y también a los extran-

jeros, que cuando se dejan caer por acá, la interpretan a su manera, falseando los tipos casi siempre.

Esto prueba la grandísima originalidad del espectáculo y su españolismo rancio, profundo, intraducible.

Subsistirán, pues, las corridas de toros mientras exista en el alma española este anhelo de lo pintoresco, del espectáculo brillante y movido, esta apreciación del color y esta propensión a la alegría estrepitosa.

Y subsistirán aunque se extinga la raza de toreros valientes y entendidos y la casta de toros bravos.

Cuando la degeneración de ambas estirpes sea irremediable, se lidiarán bueyes o becerros; las suertes serán cualquier cosa, y el último de los chulos hará lo que hoy hacen Frascuelo y Lagartijo.

Pero como quiera que sea, siempre se agolpará el público en la plaza ávido de aquella libertad omnímoda, anhelando gritar, reír, vociferar y embriagarse con el regocijo que desprende de su inmenso ámbito la Plaza.

Muchísimos años, siglos tal vez, han de pasar antes de que esto se modifique, y yo dudo mucho que pueda llegar un tiempo, ni aun suponiéndolo muy lejano, en que los madrileños gusten de irse los domingos por la tarde a filosofar en los parques o a gustar en praderas y bosques los placeres puros de la rusticación. Parodiando una frase célebre, se puede decir que el día que no haya toros los españoles tendrán que inventarlos.

El día en que, por la degeneración de la raza bovina, no haya ningún individuo de ella que quiera embestir, se inventarán las corridas de carneros, machos cabríos o algún otro bicho más o menos cornúpeto.

Los que gastan tinta y saliva en abominar de la tauromaquia, están tocando el violón a toda orquesta, como se suele decir, porque declaman estérilmente contra un apetito, contra una pasión que está en el fondo mismo del carácter nacional.

Vida de sociedad

I

Con la aproximación del invierno, ha entrado en su plenitud la vida característica y peculiar de la sociedad madrileña.

Terminada la epidemia, todas las familias ricas han vuelto a sus hogares; los veinte teatros que hay en esta capital están llenos de gente, y los salones adquieren animación y alegría. La vida de sociedad es en Madrid tan agradable, que al decir de personas entendidas, supera en esto nuestra capital a todas las de Europa. Hay aquí, por punto general, menos etiqueta que en el célebre «faubourg Saint Germain»; pero, en cambio, hay más cordialidad.

Es que nuestra sociedad se ha hecho esencialmente democrática, conservando el culto de las buenas formas.

La nivelación social es un hecho, y a nadie se le pregunta quién es ni de donde viene, con tal que tenga, por lo menos, las apariencias de la buena educación.

En Francia y en Inglaterra es difícil penetrar en un salón de la alta nobleza no llevando un timbre nobiliario. Aquí no hay nada de eso.

Cualquier humilde periodista es recibido en los grandes saraos de la grandeza sin que se exija de él otra cosa que dar cuenta en su periódico de las magnificencias de la fiesta y ponderar la belleza y elegancia de las damas que a ella concurren.

Cualquier persona que, con su talento o su trastienda o su malicia se haya hecho un puesto en la literatura sin la política, es recibida poco menos que con un palio en las casas más alcurniadas, y aunque el tal sea hijo de un albeitar o pariente de un barbero, nadie se lo hecha en cara ni lo estima por eso en menos de lo que realmente valga.

Este espíritu democrático se manifiesta también en las alianzas. Hablando en puridad, hoy no hay más aristocracia que el dinero. Los mejores pergaminos son las acciones del Banco de España. Todos los días estamos viendo que tal o cual joven, cuyo apellido es de los que retumban en nuestra historia con ecos gloriosos, toma por esposa a tal o cual señorita rica, cuyos millones tienen por cuna una honrada carnicería o el comercio de vinos.

Como es hoy tan fácil decorarse con un título nobiliario, que siempre suena bien, vemos constantemente marqueses y condes cuya riqueza es producto de los adoquinados de Madrid, del monopolio del petróleo o de las acémilas del ejército del norte en la primera y segunda guerra civil. Esto

mismo ha contribuido a desmoralizar nuestra sociedad. Los individuos de la antigua nobleza se han convencido de que para nada les valen sus pergaminos sin dinero, y sólo piensan en procurarse éste, ya por medio de los negocios, ya por medio de sus alianzas.

De las grandes casas nobles, apenas hay dos o tres que no se hayan desmembrado ya, las unas por las dilapidaciones, las otras por el desgaste natural en las cosas humanas, todas ellas por la ley de los mayorazgos y la desvinculación.

Destruído el poder, es natural que se haya abatido el orgullo, y el principio igualitario se ha abierto camino. Los grandes y los ricos han convenido en ser amigos por mutuo interés, y unos y otros agasajan a las personas de talento, aun siendo pobres. De aquí la dulce cordialidad, la tolerancia y la armonía que en nuestra sociedad reina y que la hacen más agradable.

II

Como decía antes, ya ha principiado la animación en los salones, aunque recientes desgracias obligan a muchas familias ricas a vestir de luto. La muerte del marqués de la Torrecilla, emparentado con las casas de Medinaceli y Villagonzalo, con el duque del Infantado y otros personajes de elevada alcurnia, ha afectado mucho a la sociedad madrileña. Era el marqués persona muy estimada. Poseía una gran

fortuna, que había sabido aumentar rápidamente, y se distinguía por una cualidad no común en nuestra aristocracia, la economía y el arreglo y buena disposición para el manejo de sus intereses.

Murió en París a los cincuenta años de edad, a consecuencia de haberse tragado en la comida un huesecillo de chocha. Tenía, según dicen, ciento sesenta mil pesos de renta y poseía grandes fincas rústicas y urbanas. Era senador del reino. Su trato era afable y distinguidísimo. ¡Qué lances tan particulares nos ofrece el destino humano! Los que tanto envidian a los ricos, los que, pensando en las mesas opulentas maldicen su suerte, que sólo les permite regalarse con un plato de judías o lentejas, desconocen la inmensa ventaja de no estar jamás expuestos a tragarse la muerte en la invisible astilla del hueso de un ave. A pesar de esto y del ejemplo del infortunado marqués de la Torrecilla, la sobriedad tiene cada día menos partidarios, y todos los que consumen inmensas raciones de legumbres desean cambiarlas por chochas, capones y faisanes.

III

El teatro Real o de la Opera hállase estos días en todo su esplendor. Dicen que no hay dinero o que se esconde, que el año es calamitoso para todas las clases sociales. Podrá ser así; pero en la ópera no se conoce que haya tal escasez de metálico, porque la

conurrencia es grande, cada vez son más altos los precios de las localidades y el lujo que en la gran sala se manifiesta una y otra noche, representa desmedidas riquezas. La compañía es este año tan buena como en los tiempos mejores. Stagno y Antón ahora, después Gayarre y al fin de la temporada Massini. Pero la *great attraction* de este año será la Patti, que vendrá con Nicolini en enero próximo.

Este lujo de cantantes costosísimos, y los demás lujos dispendiosos que la afición a la ópera trae consigo, no asustan a los madrileños, que siempre están de humor de gastar dinero, y lo gastan, venga de donde viniere, aunque los años sean malos como este.

Y el invierno se presenta rudo para las clases proletarias. Se están estableciendo a toda prisa cocinas económicas para mejorar la situación de la clase obrera y, gracias a esto, no habrá hambre en Madrid.

IV

¡El lujo! ¡Cuánto se puede escribir sobre este fenómeno de la vida moderna! Y Madrid es una especialidad en la importancia que se da a lo superfino. En ninguna ciudad de Europa hay más teatros. Relativamente a su población, que hoy pasa de quinientas mil almas, Madrid tiene muchos más coches particulares que París, Londres y Viena. En Madrid es raro encontrar una mujer que no vaya bien ves-

tida. Las criadas de aquí suelen ser más elegantes que las señoras de ciudades famosas, muy distintas de las nuestra en el ramo de las costumbres. Los establecimientos de muebles riquísimos, de porcelanas y bronces, de objetos de gusto y de los mil primores que se usan para regalos, se han generalizado tanto aquí que es incomprensible cómo viven y cómo encuentran despacho para tantos y tan variados artículos. Pero lo que más duramente manifiesta que en las importaciones del lujo vamos llegando al extremo, es un fenómeno social del cual voy a hablar un poquito con la discrección conveniente.

Desde hace algún tiempo se ha ido introduciendo en nuestras costumbres un tipo que hace algunos años habría parecido inverosímil; pero que ya entra en el dominio de lo vulgar y de lo corriente. Este tipo es el de la señora (llamémosla así) del *demi-monde*: tipo esencialmente parisiense, que se ha extendido por toda Europa al amparo de los ricos disipados, y que al fin ha venido a pedir carta de naturaleza entre nosotros. Y lo peor es que se la hemos dado. Este refinamiento del vicio lo toman algunos como refinamiento de cultura; pero tales sofisterías no pasan.

Lo que esto significa es el rebajamiento de los caracteres y el envilecimiento de las clases privilegiadas, que en vez de ser guía y ejemplo de las inferiores, sancionan con su conducta cuantas violencias vengan de abajo.

Pero sea lo que quiera, y bien a la vista está que es cosa mala, ello es que de algún tiempo a esta parte andan por ahí unas cuantas *madamas* (verdadamente, no se cómo llamarlas) ostentando un lujo insensato; y habitan palacios y gastan lujosos trenes, y se comen en pocos meses la fortuna de algún inocente y están dispuestas a devorar cuanto se les ponga por delante.

Ya se cuenta que el duque Tal da a la *Fulana* (al nombrarlas siempre se las trata con la mayor confianza) veintemil pesos de renta; ya que la *Zutana* ha traído de París soberbios troncos de caballos normandos; ya, en fin, esta o la otra historia que no repito; porque, si bien es cierto que el tipo este de la *tia* elegante ha entrado en nuestras costumbres y ya no choca encontrarla en paseos y teatros, alternando con la gente honrada, todavía no hemos llegado a admitir a esas tales en la literatura periodística. La prensa no las menciona jamás sino valiéndose de hipócritas perifrasis. No se atreven aún nuestros diarios a hacer crónica de los escándalos del vicio elegante; mas es probable que algún día consagren buena parte de sus columnas a la chismografía mundana y a las anécdotas picantes, traduciendo a nuestra lengua, como se ha traducido a nuestras costumbres el tipo parisiense.

Solidaridad

I

Signo de nuestros tiempos es la asociación. Los esfuerzos individuales congregados producen esas inmensas fuerzas que, en distintos órdenes, realizan obras admirables. La acumulación de los ahorros hace capitales que impulsan la industria. La acumulación de la limosna produce los resultados de la beneficencia moderna. Hablaré brevemente de algo que con esto se relaciona.

El desarrollo de las grandes poblaciones, su crecimiento fabuloso y el aumento considerable de las obligaciones municipales ha encarecido las subsistencias en todas las capitales. Los Municipios de hoy tienen presupuestos casi tan grandes como los que antes tenían las naciones. El consumo resulta enormemente gravado, y de aquí la carestía de los alimentos.

Las clases pobres son las que, principalmente, sufren o las que manifiestan su sufrimiento, porque

la clase media, que también pasa sus apuros, lo disimula o, al menos, se queja en silencio. Para remediar, en parte, los efectos de la carestía, se ha recurrido a la cooperación, es decir, a proporcionarse artículos libres del sobreprecio que les da el comercio. Tienen Sociedad cooperativa los empleados de ferrocarriles y, últimamente, la tienen los militares, patrocinada y dirigido por el Gobierno. La administración militar ha establecido suministros para todos absolutamente los que visten el uniforme del Ejército.

Al principio se daba pan barato a las familias de militares; después se les dieron los artículos más necesarios con un 25 por 100 de rebaja sobre los precios del comercio. Al fin, la bonificación alcanza a todos los géneros de consumo, comprendiendo hasta los supérfluos; alcanza también a la perfumería y a las medicinas. La administración militar tiene tiendas de comestibles, droguería y botica.

El ejemplo ha cundido y los paisanos no quieren ser menos que los individuos de la milicia. Por todas partes salen Sociedades cooperativas. El comercio está amenazado de una gran crisis. Para acelerarla ha venido una cosa ingeniosísima, una invención llamada la tienda-asilo, de que hablaré brevemente. La tienda-asilo es la sociedad-cooperativa del pobre. Debe su origen a las llamadas cocinas económicas, creadas por la caridad. La tienda-asilo es la antigua sopa boba establecida en condiciones nacionales y con arreglo a principios eco-

nómicos. Diferénciase esta ingeniosa institución de las antiguas cocinas en que éstas eran gratuitas y las tiendas-asilos no lo son. No es la caridad la que da de comer ahora, es el gran principio económico de la cooperación, que no excluye la caridad, antes bien la estimula, como veremos más adelante.

II

La tienda-asilo es un gran local, ancho, cómodo, caliente en invierno y fresco en verano, bien ventilado, con aparatos de gas, mesas, bancos, un mostrador y una cocina. En este *restaurant* se sirven diferentes raciones bien condimentadas por el ínfimo precio de diez céntimos de peseta, que es lo que llamamos un perro grande. Por media peseta, pues, puede cualquier persona tomar una ración de sopa muy buena, otra de cocido con carne, otra de legumbres, otra de arroz con leche por vía de postre, y otra de café con panecillos. Ya veis como la cooperación puede llegar hasta el sibaritismo.

Pues bien; cuando se estableció la primera tienda-asilo fué preciso recurrir a la caridad para sostenerla en su período incipiente; pero desde el momento en que llegó a expender *tres mil* raciones diarias de cada una de las sustancias que componen el *menú*, la tienda-asilo dejó de ser un sistema de beneficencia y fué un negocio, pues semanalmente salda sus cuentas con sobrante.

Los obreros acuden a ella lo mismo que los

mendigos. ¿Quién no tiene 10 céntimos? Es más: la misma familia del jornalero no puede alimentarse en su propia casa por la ínfima cantidad que le proporciona en la tienda alimentos nutritivos y abundantes. Ved el efecto de la cooperación. La administración de la tienda adquiere los artículos directamente y al por mayor en los puntos productores por la mitad del precio que les da la reventa en los mercados al menudeo. He aquí el secreto.

Para comprender lo que la venta al detalle encarece los artículos, basta citar un ejemplo. Una pipa de aguardiente de caña, puesta en Madrid, después de pagar derechos de Aduanas, de puertos, transportes y comisiones, vale treinta pesos. Vendida dicha pipa de caña, por copas en la taberna, sin adulterar, se entiende, produce quinientos cincuenta pesos. Suponed la adulteración, que no es mucho suponer, tratándose de taberneros, y la ganancia es aún mayor. Pues lo que pasa con el aguardiente, pasa, aunque en menor escala, con las patatas, la harina, el arroz, las legumbres y el café. Otro ejemplo: Una libra de café vale en Madrid una peseta veinticinco céntimos. De esta libra sacan los cafeteros ochenta y cuatro tazas, que se venden a cuarenta céntimos. Aun agregando el importe del azúcar, servicio, local, contribución, etc., resultan siempre muchas tazas. He oído a un abastecedor de la tienda-asilo la especie de que se puede dar la taza de café, sin achicoria, por menos aún de diez céntimos, y se gana dinero.

Un artículo está proscrito de la tienda-asilo, y es el vino, ese enemigo de la paz doméstica, ese destructor de toda concordia. Si los fundadores de esta gran institución benéfico-económica, se decidieran a remojar los *menús* de sus parroquianos con un poco de Valdepeñas algo menos aguado que el de las tabernas, éstas sufrirían un golpe mortal. Las veríamos cerrarse todas en un día, como han desaparecido los cafeteros ambulantes en los barrios próximos a la tienda.

El circo y el toreo

I

Con la aproximación del verano toma Madrid el carácter que tanto le distingue en esta estación. Todos los teatros de importancia están cerrados, y las compañías españolas desfilan hacia los teatros de provincias, dejando el campo libre a las compañías extranjeras. Tenemos ópera italiana del género trashumante, opereta cómica, también italiana, *vaudeville* francés, y pronto vendrá una compañía dramática italiana con renombrados actores.

El circo ecuestre cuenta los llenos por funciones. Estas funciones en que el espectador no piensa y simplemente recibe las impresiones más primitivas tiene cada día más partidarios. Todas las notabilidades gimnásticas de Europa van desfilando por el afortunado redondel del teatro de Price, y con ellas vienen los equilibristas, los hombres de goma, los tiradores de carabina, los velocipedistas, los patinadores, los que han hecho de una trailla de pe-

rros una sociedad inteligente, los que han enseñado el baile a un cerdo, en fin, todas las extravagancias de la fuerza bruta, de la agilidad y de la paciencia. Pasma el considerar cómo se ganan la vida algunas personas. Hay quien mantiene a su familia tirándose todas las noches desde veinte metros de altura, o doblándose hasta ponerse las plantas de los pies sobre la coronilla, o haciendo girar toda la pesadumbre del cuerpo sobre la fragilidad de un solo dedo.

II

¡Qué humanidad esta! Pero hay que convenir en que los clowns o payasos divierten y entretienen y algunos son verdaderos artistas. Quizá sean los genuinos actores del porvenir. Lo particular es que para que un clown haga reír es indispensable que sea inglés, porque la mitad del efecto está en el acento. Si se presentara en la arena un español, con su cara enyesada, a hacer aquellas simplezas, el público se sublevaría, pidiendo a la autoridad que se le metiera en la cárcel. Es este un arte que no podemos disputar al país de la seriedad y del deportment.

Siempre que actúan las compañías de los circos se suscita la eterna contienda entre los partidarios de estos espectáculos y los que defienden los toros. ¿Qué cosa es más bárbara, la gimnasia de oficio o la tauromaquia? Quién es más bruto, ¿el torero

que se pone delante de una fiera y la mata, o el gandul que se sube a un trapecio y anda por la cuerda tirante como Pedro por su casa? Quién es más animal, ¿el torero, o el temerario domador que se mete en una jaula de leones y los hostiga?

Difícil es resolver en este pleito. Valor y arte se necesita para todo; pero yo me atrevo a dar un voto en pró de los mantenedores de la lidia nacional, aunque no sea sino porque el espectáculo que ofrecen es más airoso que las fiestas de circo, y porque el peligro que corren es más conmovedor y patético.

Esto no es decir que los espadas o picadores sean personalmente menos brutos que los que nos divierten con las flexiones de sus músculos; creo que allá se van unos con otros en valor intelectual, y que la sociedad no perdería nada con que todos ellos se dedicaran a cualquier oficio. Pero casi estoy por desdecirme de lo que acabo de estampar, porque los espectáculos en que se muestra la temeridad humana son necesarios, y su desaparición no sería compensada por el ligero aumento que tendrían los gremios de zapateros, albañiles o sastres. Quédense las cosas como están, que el mucho reformar suele ser causa de positiva ruína.

Panoramas madrileños

I

Hace tres días amaneció Madrid cubierto de nieve. Este fenómeno se presenta aquí todos los años con mayor o menor intensidad. La nevada del presente ha sido ligera y la temperatura no ha descendido sino de 5 a 6 grados bajo cero. En Burgos han tenido 18, cifra que parece increíble; pero que es auténtica. La capital de Castilla la Vieja es tan célebre por su incomparable catedral como por lo destemplado de su clima.

Allí, en agosto, hay que salir con capa. Yo he visto una fuerte nevada en dicha ciudad el día del Corpus, que cae siempre en mayo o junio. La península española ofrece la más variada de las climatologías, y mientras Burgos, Vitoria, Pamplona y Reinosa se muestran rivales de San Petersburgo, en Málaga ha hecho calor y en Almería se asaban las pajaritas. Pero la diferencia de temple se observa más en los meses de primavera y otoño, pues en-

tonces nos basta recorrer una distancia de pocos kilómetros para pasar de los fríos rusos a los ardores del Africa.

La nevada en Madrid es siempre un espectáculo divertido y hay muchas personas que se lanzan impávidas a la calle y se dirigen al Retiro a contemplar allí el hermoso espectáculo de la naturaleza envuelta en la incomparable blancura de la nieve. En las calles y en las plazas ofrécese también panoramas muy lindos. Todo lo que pasaba por blanco resulta amarillo al lado de la nieve. La estatua de mármol se vuelve gris y la cal de las paredes medianeras toma un cierto color de papel viejo.

A lo largo de todas las calles extiéndese aquella inmaculada espuma que empieza a mancharse cuando las pisadas de los caballos y las ruedas de los vehículos restablecen en la capital, en las primeras horas de la mañana, el barullo que se ha interrumpido durante la noche. Hay que madrugar, pues, para ver la nieve en toda su pureza y virginidad, porque el clima de la corte no permite que las nevadas se prolonguen mucho. A lo mejor, y cuando nuestras calles y paseos imitan en la intensidad de la blancura a las estepas de Polonia, se presenta inopinadamente el sol, saca la fulminante espada y empieza a repartir mandobles a diestro y siniestro.

Después que limpia el cielo dando tales bofetadas a las nubes que se desbaratan ellas corriendo, se vuelve contra la tierra y empieza a descargar tal

lluvia de saetazos sobre la nieve que esta se vuelve toda lágrimas, se derrite y bien pronto aquella frigidísima y cándida espuma no es más que fango e inmundicia. Las calles se ponen entonces como si hubiera caído sobre ellas en una hora la lluvia de tres meses. Corren ríos de lodo por las cunetas y el paso de hombres y brutos sería imposible si el Ayuntamiento no mandara abrir todas las bocas de riego del Lozoya. Trábase entonces una terrible batalla entre el agua y el barro, porque los chorros de las mangas de riego parecen verdaderas lanzas que en poco tiempo destruyen y liquidan la monstruosa amalgama de nieve y tierra.

Vuélvese todo agua fangosa y corriente, que se precipita a las alcantarillas, y las calles quedan limpias.

Pero este cambio determinado por el sol suele traer los vientos del Norte, que embellecen el cielo, haciéndole tan fino, profundo y transparente, y al propio tiempo que producen el frío sutil, el verdadero frío de Madrid, que coincide con la serenidad y hermosura de la bóveda celeste.

Sí; los grandes fríos de esta tierra vienen siempre acompañados de luz espléndida, y parecen descender de un firmamento absolutamente limpio de nubes. Entonces vienen las heladas, el frío intenso y desnudo, ese frío que penetra los huesos, afeita la cara y reseca los pulmones.

Por la noche, los estanques y puentes se cubren de una costra de vidrio y todo lo que es líquido se

endurece y el hielo adquiere una blancura espeluznante. La luna alumbra casi tanto como el sol de Rusia y tiñe los objetos de un viso azulado y metálico que parece aumentar la sensación de glacial desamparo. El cielo parece una gran bóveda de bruñido acero y las estrellas semejan brillantes que despiden reflejos verdes y amarillos de sus bien talladas facetas.

Tras las fuertes heladas, que todo lo dejan aterido y seco y hieren la planta y el hombre y matan al anciano achacoso y al tierno niño, suele venir el vendaval o viento del oeste, el más sano de los vientos en nuestro clima. Es, generalmente, huracanado y trae aguaceros y humedades, como que procede de la inmensidad líquida del Atlántico. Arrambla por tejas y chimeneas y produce grandes estragos en árboles y casas llevándose lo que puede. Pero es templado, sin dejar de ser fresco, y lubrifica el pulmón y suaviza la epidermis y atempera los nervios. Un día de este fortísimo viento las calles de Madrid ofrecen curiosos espectáculos a los que se deciden a andar por ellas. Vemos al honrado ciudadano cruzar entre borrascas por calles encrucijadas, pugnando por coger un par de rizos a su capa, mientras ésta, hinchada por el huracán como la vela de un barco, le arrastra, le envuelve y concluye por convertírsele en capuchón.

El sombrero, entonces, se eleva a más serenas regiones. El desgraciado náufrago extiende los brazos y busca un poste de farol a que asirse; pero el

rebelde trapo azota su rostro, la menuda lluvia le ciega, un perro se enreda entre sus piernas y el infeliz cae por fin entre un montón de adoquines dispuestos para empedrar la calle y se rompe una clavícula o se aplasta la nariz, quedándose, al fin, sin sombrero, la capa hecha jirones y el alma atribulada y llena de congojas.

Vemos también a la venerable matrona cruzar por la Puerta del Sol, y observamos que al llegar a media travesía es embestida por una fuerte racha y eleva al cielo sus manos pidiendo misericordia. Las enaguas, agitadas en terrible remolino, hacen el ruido de una tromba, su paraguas se vuelve al revés, su sombrero de moda rompe sus ligaduras que le atan al cuello, y se echa a volar libre por los aires con la velocidad de un gerifalte. La pobre señora, combatida por los elementos, se contrae, se estira, gesticula, apostrofa, baila, vacila, se tambalea; pero todo en vano; no bastan a sostener su cuerpo los anchos pies con que la dotó la naturaleza. Ya está a punto de irse a pique; le entra el agua por entrambos costados y el viento le ha puesto la proa en tal disposición que tiene que acudir a ella con ambas manos para impedir mayores estragos. En este trance posible aparece un coche de dos caballos. ¡Horror! La humana fragata va a ser embestida y pasada por ojo. El cochero, no obstante, teme salir mal parado en el choque y detiene el fogoso tronco; pero la lanza ha amenazado muy de cerca la hélice de la señora y esta viene al suelo con fragor.

roso estruendo. Acude el público gritando, se forma corro; un aguador que pasa trata de levantar a la señora; pero esta se siente ofendida en su pudor y vuelve a pedir socorro. Intenta componer el deshecho velamen y de tapar el casco descubierto; sus espejuelos yacen por el suelo; un pillete, observando que no son cosa de valor, los recoge y se los da con respeto. Busca la señora su paraguas; no está. Busca el manguito; ha metido el pie en él y se lo encuentra convertido en polaina; busca el sombrero; huyó como frágil barquilla arrastrada por las olas.

Por fin, la infeliz víctima consigue ponerse otra vez en dos pies, auxiliada por el benévolo público.

Con gran trabajo llega a la acera, respira, se ha salvado. Su único consuelo es ver a otras personas en igual trance. El viento continúa haciendo de las suyas tumbando gentes y divirtiéndose preferidamente con los sombreros, que son su juguete favorito. A lo mejor llueven chimeneas y las tejas andan por el aire como los pájaros.

Juega el viento con una persiana, la mueve, la sacude hasta que la arranca y la arroja en mitad de la calle; o bien se apodera de los palos de las banderas de los edificios públicos, como si fuese el expugnador victorioso de una plaza fuerte, y los clava donde menos falta hacen.

II

Al viento del oeste suelen acompañar en Madrid las pertinaces y tranquilas lluvias. Como quiera que el tiempo venga, aquí pasamos siempre de lo malo a lo peor y de lo peor a lo malo, siendo raros los días apacibles y templados. Con frecuencia vemos que a una temperatura de 18 grados a las tres de la tarde, sucede otra de 2 bajo cero a las ocho de la noche, y al día siguiente calor y, por lo tanto, aguas y después granizo. En un día tenemos, frecuentemente, muestra completa de las cuatro estaciones, por cuya causa es incalculable el número de maldiciones y censuras que en tres siglos y medio se han dirigido a Felipe II por haber puesto la capital de las Españas en lugar tan destemplado. Pero, ¿qué le vamos a hacer ya? Peor, mucho peor habría sido, para nosotros, si al tal se le antoja ponerla en Burgos...

La Epifanía

I

Hoy es la Epifanía, una de las más bellas festividades del cristianismo, día soñado por los niños, porque en él (así lo establece en España una costumbre antigua) los tres Reyes magos se dedican a repartir juguetes por esos mundos, trayéndole a cada cual lo que más apetece.

Pocas figuras hay en el Nuevo Testamento más simpáticas que estos tres soberanos que, guiados por la milagrosa estrella, van a adorar al niño Dios en el pesebre de Belén. La iconografía cristiana les representa desde la más remota antigüedad con caracteres diferentes; el uno es anciano de luenga barba; el otro, joven y esbelto; el tercero, negro como la pez. Cabalgan en poderosos camellos y traen vistoso séquito de pajes y escuderos. En algunos cuadros de la Epifanía se ven caballos; pero en todos los nacimientos infantiles prevalece el camello, sin duda por ser este animal extraño y casi

fantástico en Europa. Se les representa rodeados de asiática pompa, capas encarnadas, turbantes, plumachos, collares de oro y piedra, y si alguno de los tres obtiene de la pueril turba mayor simpatía que los demás es el negro el preferido, probablemente por su propia negrura y extrañeza.

Debe arrancar de tiempos muy remotos esta encantadora conseja de los juguetes traídos por los Reyes. Los pequeñuelos dejan el zapato en la chimenea, y por el tubo de ésta entran los Magos sin temor a ensuciarse de ceniza y hollín. Pero no en todas las localidades es la chimenea el sitio destinado a recibir el regalito.

En Madrid mismo, verificase el fenómeno dejando una media en el balcón, y así es es más fácil, ¡claro!, que los Reyes dejen algo, porque les basta arrojar el juguete cuando pasan, y no necesitan molestarse en penetrar por conducto tan angosto como es el cañón de una chimenea.

Sea lo que quiera, los tales Reyes hacen felices a muchos niños en este clásico día, pero es dudoso que los favorecidos se lo agradezcan, porque si vehemente es el niño en sus deseos, no es menos determinado en sus olvidos. El agravio y el beneficio bórranse de su mente con igual rapidez. Además, va cundiendo tanto el escepticismo, que ya los niños principian a poner en duda que sean efectivamente los Reyes los portadores del caballo de cartón o de la locomotora de hojalata.

«Sobre esto hay mucho que hablar», dicen los

más agudos, porque no cabe en cabeza humana que los Reyes pasen a un mismo tiempo por todas las calles y se paren en todos los balcones o penetren por todas las chimeneas. Y como nadie los ha visto, todo ello resulta un gracioso engaño de los papás, que son los verdaderos magos.

II

La costumbre de salir a esperar a los Reyes, que consistía en procesiones escandalosas de gente baja, alborotando por las calles, y concluyendo en innobles borracheras, ha concluído desde que el alcalde impuso una contribución a los que de tal modo se divertían.

Hasta hace dos o tres años, apenas entrada la noche del 5, veíanse por las calles de Madrid turbas de hombres más o menos socces, con hachas encendidas, tocando cencerros, cuernos y otros desapacibles instrumentos. Solía haber en esta ruidosa diversión algo de novatada, pues los infelices galegos recién llegados a Madrid creían a pie juntillas en la venida de los Reyes, y sus ladinos compañeros les metían en la cabeza que se ganaba tres mil reales el que más pronto los divisara y se acercase a ellos.

Por esto llevaban los tales una grande escalera de mano, y después que corrían y chillaban de lo lindo, decían que ya estaban cerca los Reyes, y ponían en pie la escalera para que subieran los incau-

tos a ver a Sus Majestades magas. La escalera se venía al suelo cuando ya estaba formado sobre ella un gran racimo de curiosos. Y en esto principalmente consistía la fiesta. Tan bárbara y ridícula manera de divertirse ha sido curada radicalmente por un alcalde, obligando a pagar cinco duros a toda persona que muestre vivos deseos de ofrecer sus respetos a los reales Melchor, Gaspar y Baltasar.

Nuestro "sport"

I

Abril nos trae rara vez las alegrías de la primavera, por lo cual todo lo que los poetas han dicho y dicen de este mes, lo tenemos los madrileños por letra muerta. Para los que viven en las risueñas márgenes del Darro y el Genil; para los que tienen sus casas a la sombra de la Giralda; para todos los habitantes de la costa mediterránea, abril será, quizá, el mes de los encantos primaverales, del renacer de la vida, de las flores y de la universal alegría. En esta zona nos trae, por lo común, granizadas horribles que azotan los tejados, arrancan la temprana flor del almendro y talan la hoja nueva, vientos formidables, que hacen imposible la vida rústica, y, en fin, las mayores inclemencias de la naturaleza. Salimos a tomar el sol, engañados por el traidor despejo de la atmósfera, y a lo mejor nos sale al encuentro una nevadita que parece broma. No hay momento seguro porquelos chaparrones me-

nudean y parece que están esperando a que salga uno sin paraguas para ponerle perdido. Si sentís un calor sofocante no dudéis que antes de una hora tiritaréis de frío.

¡Qué Madrid este! Y, sin embargo, siempre tan alegre, tan divertido. Es la ciudad de la perpetua Pascua y de la feria constante. Le dicen que se ha descubierto un depósito de horribles petardos de dinamita, con los cuales podrían unos cuantos malvados causar increíbles estragos, y Madrid, tan fresco, tomándolo a broma, y buscando siempre la mejor manera de entretener dulcemente las horas.

Llega el primer día de toros, y el madrileño neto lo olvida todo, la política y la revolución, el presupuesto y las contribuciones; lo único que puede preocuparle es el estado atmosférico, porque si llueve, adiós fiesta nacional. Todavía no se le ha ocurrido a nadie poner techo de cristales a las plazas de toros; pero día llegará en que esto se intente. Y la afición es de tal modo imperiosa, que hasta se dan corridas amenizadas con chaparrones, y los que aguantan los ardores del sol en los apiñados tendidos, llevan con paciencia la mojadura.

II

Esto de la afición a las corridas de toros va ya picando en historia. Cada día parecía que debiera disminuir dicha afición, y, sin embargo, aumenta.

Si este espectáculo es tan contrario a la cultura

intelectual y social, ¿cómo se arraiga más a medida que la cultura se difunde? Porque los pesimistas más empedernidos no podrán sostener que somos hoy menos civilizados que ayer. Si progresamos en suavidad de costumbres, ¿cómo es que tiene cada día mayores adeptos la fiesta genuinamente nacional, y cómo es que estos adeptos pertenecen a las distintas clases sociales? Y no hay que decir ahora, como se decía antes, que la castiza afición a los toros está en la clase baja y en la aristocracia. No; la clase media y la parte de ésta más ilustrada da quizá mayor contingente al *dilettantismo* taurómico. Conozco a muchas personas distinguidas en las profesiones liberales, en la política, en las letras, en el foro y en la milicia profesional, que son aficionadísimas a las corridas de toros. Los pintores, en general, son los más asíduos. Literatos hay también, de los más eminentes, que no dejan de asistir a ninguna corrida. Y en cuanto al sexo femenino, ya no se puede decir que sólo concurren a la fiesta nacional las majas, chulas, o como quiera llamarse a la mujer del pueblo, pues las señoras más encopetadas llenan los palcos de la plaza durante toda la temporada. A esto me dirán que son en gran número las personas distinguidas de ambos sexos y de todas las clases que abominan de los toros y quisieran ver arrasada la plaza. Es cierto; pero este argumento no destruye el otro. Hace veinte años creían de buena fe muchos que la fiesta nacional estaba herida de muerte, que se acaba-

ban los toros, los toreros y con ellos la afición. Pero el tiempo y la realidad han desmentido esta opinión. El inmenso progreso que la pintura ha tenido entre nosotros ha contribuido a idealizar y embellecer el arte de Pepe Hillo, y desde que la industria decorativa ha empezado a tener alguna vida, ha buscado sus elementos plásticos en la más característica de las fiestas españolas. Lo que se creía moribundo ha aparecido de pronto más popular, se ha revestido de formas más artísticas, y la influencia que el toreo ha tenido siempre en el vestir, en los modales y hasta en el lenguaje de los habitantes de esta península, se ha acentuado más.

Puedo juzgar fríamente este fenómeno de la creciente afición a los toros, porque no participo de ella en manera alguna. En veintitantos años quizá el que esto escribe no ha visto arriba de cuatro o cinco corridas. No entiendo una palabra de tauromaquia; no conozco las suertes, y, generalmente, me aburro tanto en la plaza, que al tercero o cuarto toro ya me es insoportable la función. No me trato con ningún torero, aunque sí con aficionados de los más entusiastas e impenitentes. No frecuento la *Taurina*, el *Cielo de Andalucía*, ni otros afamados establecimientos donde el olor de la manzanilla parece encender los ánimos y predisponer a las emociones de la brega. Creo que los toreros de profesión deben ser colocados en las clasificaciones antropológicas de nuestra especie, en la casilla más baja, allí donde el predominio del sistema

muscular y las deficiencias del aparato cerebro-espinal marca como la transición del hombre al bruto.

Al propio tiempo no soy de los que abominan diariamente de las corridas de toros, ni de los que creen que se pueden y se deben suprimir. El Gobierno que a tanto se atreviera sería arrollado, y si no lo fuera, produciría con la prohibición males mayores que los que intentaba evitar.

El toreo ha de existir aún durante mucho tiempo, y es más, conviene que exista. Un pueblo que desde tiempo inmemorial viene divirtiéndose de una manera, no puede divertirse de otra, porque lo mande o lo aconseje el filósofo desde su Gabinete. Un pueblo que tiene en sí de un modo tan intenso el sentimiento de esta fiesta, que la asocia a todas sus ideas, que en ella encuentra elementos psicológicos para sostener su carácter, elementos fisiológicos para expresarse con donaire y desembarazo, no puede renunciar a ella. Si le civilizáis dejará de sentir el toreo rudamente, pero se sentirá siempre, encariñándose, no ya con las brutalidades de la fiesta, sino con lo que ésta tiene de hermosamente dramático y de pintoresco. Pero está tan en la masa de la sangre la afición del pueblo español al espectáculo taurino, que no se perderá aquélla ni aun cuando el pueblo se civilice; lo que hará el pueblo es refinar su gusto, amoldándolo a las nuevas expresiones de la vida.

III

No puedo explicarme la tenacidad con que se sostiene el gusto de los toros más que por un vigoroso instinto de la sociedad española, instinto de conservación contra la invasión del gusto extranjero, instinto de defensa de su carácter castizo contra las tendencias ya muy marcadas de fusión de las nacionalidades en el tipo general europeo.

La raza española ha ido perdiendo poco a poco esta o la otra forma de su carácter tradicional. De paralela en paralela, combatiendo y retirándose después de vencida, ha ido entregando sus instituciones, sus trajes, quizá su literatura castiza, su arquitectura, su arte social. Ya se deja imponer el parlamentarismo inglés, ya las formas literarias preconizadas por Francia, ya abre sus puertas a la invasión filosófica y política. Pero a medida que pierde zonas y más zonas de su secular terreno, comprende que no puede airoosamente perderlo todo, que debe conservar algo, y cuando el terreno se acorta aumenta el empeño con que es defendido. Los Toros, la última línea de baluartes, la fiesta nacional, típica, propiamente española, es lo único que nos resta, y conviene conservarla, no porque sea esencialmente buena, sino por ser nuestra de abolengo. Se la defiende con más cariño que convicción, como se defiende la casa solariega, ruinoso y carcomido, no por su valor real, sino por los recuerdos que encierra. Las familias antiguas de-

fienden y conservan sus preocupaciones cuando éstas forman parte del acerbo patrimonial, y hacen bien en defenderlas, porque tales preocupaciones les ayudan a prolongar su existencia de una manera airosa. Las naciones, como los individuos, no pueden abdicar su personalidad de una manera completa, y retardan todo lo que pueden la extinción total de su carácter tradicional, aunque en dicha extinción vaya ganando por lo que toca a la cultura.

De esta manera me explico, pues, que no se acaben los toros, aunque todas las personas reflexivas sostengan que deben acabarse. Los impugnadores llaman al torero *escuela de barbarie*, y sus defensores, *escuela de fiereza y de desprecio del peligro*, llegando éstos a sostener que el día que no haya toros la raza española perderá la acometividad verdaderamente terrible que la ha distinguido siempre en las guerras antiguas y modernas. Cada país tiene su *sport*, que en la paz educa a los hombres para la guerra. Nuestro *sport* cría la raza para el desprecio de la sangre y para el uso del arma blanca; pero como este medio de combate va perdiendo importancia en la táctica moderna, no creo que la desaparición de un espectáculo sangriento destruya la indomable energía y vigor de la raza española para toda clase de combates. Los toros desaparecerán cuando la sociedad peninsular se canse de oponer resistencia a la invasión de las costumbres del Norte de Europa, y cuando se declare vencida

en esta ruda contienda, cuando la fusión de las nacionalidades latinas en el tipo europeo se realice por completo, y como estas nacionalidades son las rebeldes, la cosa va larga y hay todavía para rato. De modo que se podrá decir, glosando una frase popular: «Si tan largo me lo fías, echa otro medio siglo o un siglo entero de corridas».

Mayo y los "Isidros"

I

El mes de mayo ha traído a Madrid la animación característica de la temporada, que no se parece a ninguna otra de las del año en esta villa, siempre alegre. Mayo es San Isidro, romería con la cual se abre la serie de las que celebran los pueblos desde primavera a otoño. Mayo es también la inauguración, no diré del buen tiempo, porque no lo hay aquí en primavera, sino del calor, que algunos dicen es ya irresistible. Mayo tiene también el atractivo de las carreras de caballos, de los toros y de las exposiciones. Desde el 11 o el 12, los trenes de todas las líneas descargan número inmenso de forasteros. Se ha hecho costumbre en España venir a a Madrid por San Isidro y las compañías de ferrocarriles, que obtienen en este mes ingresos considerables, estimulan todo lo que pueden la corriente inmigratoria.

El comercio menudo hace también excelentes ne-

gocios en estos días y los alojamientos adquieren precios extraordinarios. En todas las calles se ven bandadas de provincianos de toda categoría, abundando principalmente la clase de labradores, A esta clase de visitantes los llaman aquí *Isidros*. Los beneméritos y a veces inocentes *Isidros* invaden los teatros, se aglomeran delante de los escaparates de las tiendas, recorren los paseos, ocupan en tropel los asientos de los tranvías, se procuran pa-peletas para ver interiormente ciertos edificios, mostrando singular predilección por el *Museo de Historia Natural*, el *Naval* y las *Caballerizas reales*.

Si pueden hacen también su visita a las tribunas del Congreso, para oír las discusiones, de las cuales tienen ideas tan estrafalarias por lo que se cuenta en los pueblos. Creen que los diputados se dicen muchas perrerías y concluyen por tirarse los tinteros a la cabeza. Otro placer de los buenos *Isidros* es esperar el paso de la reina o familia real cuando sale a la calle, y se forman en largas filas en las calles principales para saciar la curiosidad más viva del español no residente en Madrid.

Es de rúbrica para el *Isidro* la excursión a la pradera y a la romería del santo patrono de Madrid. Bien examinada la tal romería, no tiene absolutamente nada de particular; mejor dicho, es vulgar, tumultuosa, cara y con más molestias que atractivos. La llamada pradera no puede gozar el nombre de tal sino con un gran esfuerzo de imaginación de de los que a ella concurren. Como el tiempo se pre-

sente seco y un tanto airoso, nubes de espeso polvo envuelven pradera y cerro, y ermita, y ventorrillo, y romeros. La especialidad de esta feria consiste en la venta de botijos, o sea cacharros de barro poroso para refrescar el agua. Los hay de cerámica blanca, fabricados en la Rambla, y de cerámica roja. Las formas de esta *poterie* son bastante primitivas y no carecen de elegancia, pues en industrias de alfarería la civilización no ha sabido enmendar la plana a los pueblos primitivos.

Hay otra especialidad, el *pito del santo*, consistente en un silbato de cristal, adornado con flores de trapo. Más aún que el «Isidro» forastero, el madrileño de ciertas clases no se perdonaría si no volviese de la pradera con el pito en la boca, pregonando con sus chiflidos lo mucho que se ha divertido. Lo demás que hay en la feria, como puestos de rosquillas y avellanas, bodegones, tenduchos y espectáculos diferentes, no difiere en nada de lo que en otras ferias se ve. Si Madrid no tuviera más atractivos que los que la romería ofrece, no valía la pena de que se molestase nadie en venir acá. Casi todas las ferias populares de los pueblos ricos de España son más interesantes, concurridas y bonitas que las de esta capital, que además carece de todo interés agrícola, porque no hay, como en otras, transacciones de ganado ni concurrencia de labradores. Pero el interior de esta divertida villa ofrece al pueblo provinciano grandes ocasiones de esparcimiento y de ver cosas que en Tembleque, Calatayud

y Crístruénigo no se ven jamás. Los teatros, salvo la Ópera, que ya está cerrada, presentan funciones entretenidas y variadas, con mucho espectáculo y graciosas bailarinas y el Circo ecuestre prepara para estos días las mayores y más extraordinarias rarezas y los pasos más divertidos.

II

Pero la gran novedad de este año, no sólo para los forasteros, sino para nosotros, es la exposición de Filipinas. El consejo de organización de este interesante certamen, dispuso que viniesen del archipiélago filipino algunos ejemplares de las razas indígenas que prestan obediencia a España, y realizada esta idea feliz, hace algunos días llegaron a Madrid cuarenta individuos de ambos sexos, naturales de aquel archipiélago, y de los de Joló y las Carolinas. El público los verá en el local de la exposición, instalados en casas exactamente iguales a las de su país, y dicho se está que más propiamente debieran llamarse chozas. Allí se ocuparán en las faenas agrícolas o industriales de que viven, vistiendo, como es natural, el traje de aquellos países.

Desde que llegaron los *igorotes*, el público se agolpó en las empalizadas que rodean la no termi-

nada exposición, para verlos. Cuentan que están muy satisfechos de su viaje y que desde que pusieron el pie en Barcelona hasta que entraron en Madrid, las cosas que veían les causaban la más grande estupefacción. El ferrocarril, principalmente, ha sido para ellos la más estupenda de las revelaciones, pues traídos de las vírgenes selvás oceánicas a la tumultuosa y refinada vida europea, cuanto ven aquí ha de parecerles sueño o enagenación. Algunos son moros; pero la mayoría son cristianos. Todos ellos demuestran en su musculatura el vigor de aquellas nobles razas, más bien dominadas por la constancia que por la fuerza. Los filipinos y carolinos veneran el nombre de España, a quien llaman *Castila*, y su más ardiente deseo es ver a la Reina, a quien suponen quizás rodeada del aparato y magnificencia de los monarcas orientales. Son de trato suave, de mirada dulce, fáciles a la amistad, leales y amantes del trabajo. Las mujeres se atavían cen vistosos chales rameados y se llenan la cabeza de flores. Los joloanos visten más a lo moro. En cuanto al color no todos presentan el mismo tipo; pero en los demás rasgos etnográficos se manifiesta claramente la unidad de raza.

La comisión organizadora de la exposición ha dispuesto que no estén encerrados en el local de esta y que se distraigan y asistan a los teatros, también con objeto de que el público vaya saciando poco a poco su curiosidad. El espectáculo teatral les produce una admiración que raya en el éxtasis.

Las mujeres, principalmente, parecen experimentar una felicidad increíble; los actores les parecen seres sobrenaturales, la música y el canto les trastornan el juicio. Hembras y varones expresan su admiración con ingenua franqueza, no recatándose de lanzar gritos y de reir de la manera más selvática.

Peregrinos a Roma

Diciembre, 23 de 1887.

I

Hace cuatro días que salió de Madrid la peregrinación que va a Roma con motivo del jubileo sacerdotal de León XIII. De Madrid sólo, salieron cerca de dos mil peregrinos de todas las clases sociales, conducidos, o como si dijéramos, capitaneados por varios obispos. En las estaciones del tránsito hasta la frontera, se unieron los peregrinos de las diócesis de Lugo, Santander y Zamora, también con sus prelados a la cabeza. A estas horas deben de estar ya en Roma o cerca de ella. Antiguamente, estas caravanas piadosas iban a pie por llanos y vericuetos: hoy van en ferrocarril, cuyas incomodidades, por grandes que parezcan, son nada, en comparación con las antiguas maneras de viajar.

El tipo del peregrino legendario, con su balandrán, su bordón, el sombrero de alas anchas y la

calabacita, ha desaparecido por completo del mundo. Su interesante y melancólica estampa se conserva tan solo en los altares, pues al apóstol Santiago le representamos siempre de peregrino y de peregrino viste también San Roque, uno de los santos más populares. Mas, ¿quién habrá que con tales arreos atraviere hoy la Europa, pidiendo limosna para visitar a Roma o a Compostela? La transformación del mundo y de las costumbres alcanza también, seguramente, a las maneras de agradar a Dios, y siendo buena la intención poco importa que los místicos visitantes de lugares santos viajen en el confortable coche de primera de un ferrocarril. Porque este poderoso invento, como hijo de la ciencia, nos viene también de Dios, y la Iglesia bendice las locomotoras, como antes bendecía las naves.

II

Espectáculo imponente ofrecían el otro día los peregrinos, entonando, en exaltado coro, cantos religiosos a la partida del tren, dando vivas al Papa y al catolicismo bajo la nave férrea de la estación, no menos alta y gallarda que la de una catedral. Los pitidos de la máquina y el bullicio del tren, se mezclaban al *Santo Dios* y a otras endechas místicas que hasta ahora no se habían cantado nunca más que en las iglesias.

Los curas que forman parte de la caravana pasan de quinientos, habiendo entre ellos todas las variedades del tipo, que son innumerables. El cura llamado *de escopela y perro* es, quizás, la variedad más abundante; pero también va en la peregrinación el sacerdote estudioso y de modales finos, formado en los seminarios modernos o en la Compañía de Jesús. En el ramo de beatas van tipos muy característicos, notables algunos por su ingenuidad candorosa. No faltan mujeres humildes que han ganado con el sudor de su frente el dinero para el viaje y van gozosas a Roma con la ilusión de ver al Papa y ganar después el cielo. También van señoras encoquetadas que dejan su cómoda vida para empaquetarse en el estrecho compartimiento de un tren de recreo. Y por fin, el núcleo de la expedición lo forman personas del partido ultramontano, en sus dos grandes variedades o familias, a saber: los *íntegros* o sea los que no han transigido ni transigirán con los principios liberales y la restauración alfonsina, y los *mestizos*, o sea los que fueron carlistas y ahora no lo son. Entre estas dos ramas del partido clerical español existe un odio a muerte. Los *íntegros* desprecian con todo su corazón a los *mestizos*, tratándoles peor que a los liberales; les acusan de enemigos de la Iglesia, y no tienen con ellos ninguna clase de consideraciones ni siquiera caridad. De nada les vale a los *mestizos* que el episcopado, casi en masa, esté con ellos. El irreconciliable y feroz *íntegro* no se da a partido. Ni la investidura del pre-

lado, ni aún la del mismo Papa, significa nada para él; y cuando la autoridad propiamente eclesiástica deja caer sobre el campo de las disputas alguna amonestación severa, los señores del matiz *íntegro* se hacen los desentendidos y continúan excomulgando a quien no piensa como ellos.

Los *mestizos*, que forman en la extrema derecha de la legalidad existente y están representados en el partido conservador por la personalidad ardiente y batalladora del señor Pidal, abandonaron el campo carlista. La parte más ilustrada del clero español es *mestiza*, aunque también hay eminencias que pertenecen en cuerpo y alma al implacable *integrista*.

II

Las ofrendas que al Santo Padre han hecho los calicos españoles con motivo del jubileo sacerdotal son cuantiosísimas. Los regalos estuvieron expuestos en el palacio episcopal, y asombraba tanta riqueza y tan gran variedad de obras de arte. Ropas eclesiásticas primorosamente bordadas, obras delicadísimas de manos monjiles, cálices y copones guarnecidos de pedrerías, cuadros y estatuas, objetos mil contruídos con metales preciosos, antigüedades rarísimas, libros curiosos y otros mil productos de la industria, del arte y de la paciencia, formaban el obsequio magnífico de los madrileños a Su Santidad. No es menos valioso el óbolo de

Madrid en dinero contante, pues el prelado de esta diócesis lleva cincuenta y un mil duros, limpios de polvo y paja, recaudados por señoras piadosas de esta corte. Las demás diócesis habrán recaudado cantidades considerables en proporción, y ya verá León XIII cómo los insignes prelados que acaudillan la peregrinación no llegan a Roma con las manos vacías.

Al propio tiempo, muchos católicos que son acaudalados propietarios, han enviado a Su Santidad exquisitos vinos de Jerez, de cincuenta, ochenta y cien años, vinos seculares y venerables, dignos de figurar, como símbolo eucarístico, en el cáliz del sucesor de San Pedro.

Tribuna de señoras

I

Durante las últimas e interesantes polémicas parlamentarias, la tribuna de señoras ha estado invadida por las elegantes aficionadas a las luchas de la palabra. He dicho *tribuna de señoras* y esto es un término impropio, porque las damas, no cabiendo ya en su tribuna, se han apropiado las que no les pertenecen. ¿Y quién es el guapo que las echa?

Les senadores y ex diputados, los periodistas mismos que van allí a ganarse [trabajosamente el pan, ven que les merma el terreno la invasión mujeril, y sería conveniente que esas señoras tan politiconas y tan parlamentarias les pagaran la hospitalidad, ayudándoles a hacer el extracto de la sesión.

Y está averiguado que la presencia del bello sexo en las sesiones influye bastante en el desarrollo de éstas, pues a los oradores tibios se les encienden los espíritus al verse contemplados por mujeres

hermosas. Otros perfeccionan sus medios oratorios para no hacer mal papel ante ellas, y algunos que jamás tuvieron propósito de hablar en aquel recinto, apoyan a primera hora su proposicioncita de carretera, aprovechando los días en que, acudiendo al cebo de una orden del día dramática, las señoras se enraciman en las tribunas, y pasan desde allí revista a las variadas calvas de los padres de la patria.

Algunas veces no les sale la cuenta a las señoras parlamentarias, porque se van allí desde muy temprano, creyendo asistir a una sesión interesante, y se altera la orden del día, poniéndose a discusión cualquier asunto soporífero, como lo *contencioso administrativo*.

II

Los oradores que tercián en estos debates no agradan al público femenino, como no sea éste de la familia. Lo que a las damas enloquece es la sesión tumultuosa de recriminaciones y personalidades, las sesiones en que hay heridas graves en el amor propio, en que corre con abundancia la sangre y muere algún orador, aunque sea para resucitar al día siguiente; las sesiones en que hay tiroteo de interrupciones, atmósfera caldeada, historias retrospectivas para averiguar quién lo ha hecho peor, y reticencias embozadas que produzcan escándalos, y el bonito juego de soltar y retirar las injurias,

quedándose todos tan contentos como si no se hubieran dicho nada, o si se convirtieran en violetas y narcisos los cardos borriqueros que se han arrojado recíprocamente al rostro.

Esta clase de debates, no obstante, van siendo cada día menos interesantes porque el Parlamento tiende a la oratoria sustanciosa y cortés. No se puede negar que el criterio estético en estas materias ha variado mucho de algún tiempo a esta parte. La elocuencia florida está muy desacreditada, y también lo está la que funda sus éxitos en la violencia de la dicción. El antiguo tipo parlamentario del tribuno va pasando también a la arqueología política.

El mismo Castelar, artista de la palabra tan extraordinario que no ha existido en ningún tiempo quien le supere, ha modificado su oratoria, haciéndola más familiar, más intencionada, sin perder aquellas líneas grandiosas y aquel decir incomparable. Lo que hoy priva es la perfecta moderación de la frase. Dentro de esta condición pueden formularse los ataques más duros y las insinuaciones más severas, siempre que no se falte a lo que ordena la buena educación. Cuando alguno se desmanda tropieza en seguida con el Reglamento, viéndose obligado a sustituir el lenguaje ofensivo por otro más conforme con la urbanidad. De modo que en la idea puede haber la malevolencia que se quiera, con tal que se administre bien envuelta en frases ingeniosas. En el arte de hablar así tenemos maes-

tros de tal valía, que no serán seguramente igualados en parlamento alguno.

Cánovas del Castillo, Silvela, Gamazo, Martos, Maura y algunos más nos asombran por la habilidad con que dicen todo lo quieren con una forma intachable. La escuela se va haciendo poco a poco, y todos los jóvenes que salen se inspiran en aquellos modelos. El carácter de la elocuencia española se va transformando, pues, rápidamente, sin perder sus condiciones tradicionales de brillantez y elegancia.

Para ganar el cielo

I

La Prensa y el Telégrafo nos traen diariamente noticias de los mil contratiempos sufridos por la peregrinación que ha ido a Roma a celebrar el jubileo sacerdotal de Su Santidad. Está visto que en estos tiempos no se puede ser peregrino. Las Empresas de ferrocarriles, que tan complacientes son con los bañistas y veraneantes, han tratado a los expedicionarios místicos como si fueran ganado trashumante, que hay que transportar de una parte a otra para que cambie de pastos. Algunos echan toda la culpa a los obispos, organizadores de la expedición, los cuales no han sabido obtener de las Empresas garantías de regularidad y comodidad en tan largo y molesto viaje.

La ilustre escritora Emilia Pardo Bazán, que va en la peregrinación, ha relatado en sus cartas a *El Imparcial* las peripecias de ese viaje, en el cual los expedicionarios han hecho méritos para ganar el

cielo. En primer lugar las combinaciones de trenes han sido tan mal dispuestas, que en algunas estaciones ha tenido la peregrinación paradas desesperantes y en otras, donde los viajeros creían contar con medios para reparar sus fuerzas, no se les ha permitido sino una detención de minutos. A muchos, que deseaban ir juntos, se les ha separado, organizando grupos sin criterio ni método alguno. Además de esto, las impertinentes formalidades para renovar el billete en las distintas líneas de España, Francia e Italia, han sido causa de que algunos infelices, los menos acostumbrados a viajar, se hayan quedado en el camino, desesperados, sin saber cómo han de seguir ni cómo han de volver.

Pero lo peor es que las fondas del camino han dejado en horrible desamparo a los excursionistas, y éstos, sin habérselo propuesto tal vez, entran en Italia con la preparación mística de un perfecto ayuno. En las estaciones del tránsito, la escasez de provisiones da origen a multitud de escenas lamentables, porque, como es natural, no todos se resignan a soportar un traqueteo de seis días con el estómago vacío. Y no paran aquí las quejas de los incautos y míseros peregrinos, pues también dan cuenta las cartas de multitud de vejaciones y groserías, sufridas con paciencia. Se dice que habiéndose perdido en cierta estación una taza de café, el mozo de la fonda recorría los coches diciendo: ¿Algún obispo se ha guardado una taza que no le pertenece? En la frontera italiana, un prelado

que llevaba cierta cantidad de rapé es obligado a pagar fuertes derechos de Aduana y, además, la multa que corresponde al contrabandista.

Tras esto vienen las mil dificultades para el alojamiento en Roma, pues no puede haber allí en fondas y hospederías viviendas para tanta gente. Se calcula en cien mil el número de peregrinos de todos los países. Muchos de los que fueron de aquí debieron llevar poco dinero, pues no es la previsión cualidad sobresaliente de los españoles: de modo que si el precio de los alojamientos ha subido en proporción de la demanda, ocurrirá seguramente más de un conflicto, y peregrino habrá que reniegue del jubileo, con todo el respeto debido a la persona del Papa. Seguramente, la embajada española tendrá que socorrer a algunos, porque la crudeza del tiempo, que allí como aquí y en toda Europa es cruelísimo en estos días, ha de aumentar el desamparo de los que fueron a Roma con más fervor religioso que moneda contante.

En cuanto al recibimiento que el pueblo italiano, en su parte más exaltada, haga a los católicos que han ido allá, no creo que puedan realizarse los pronósticos de algunos pesimistas.

Los italianos son muy cultos, no desconocen los deberes de la hospitalidad, y hállanse, además, tan seguros de la continuación feliz de su nacionalidad, que no pueden ver con ira los homenajes tributados a Su Santidad. Las relaciones entre el Vaticano y el Quirinal, aunque exteriormente sean de

absoluto apartamiento, no son en el fondo tan tirantes como en tiempo de Pío IX. El Gobierno de Italia desea la reconciliación, y bien puede aventurarse la idea de que el Papa la desea también. Que esta reconciliación llegará en plazo más o menos largo es indudable, aunque no es fácil prever las bases sobre que ha de asentarse. En un documento público ha llamado Humberto I al jubileo *fausto suceso*, y el alcalde de Roma ha traspasado ahora, por primera vez, la puerta del Vaticano para cumplimentar en nombre del Municipio a Su Santidad.

El pueblo italiano verá con calma, pues, la peregrinación católica; porque al ratificarse en el derecho de reconstruir la nacionalidad peninsular, no puede desconocer el derecho de los católicos a dar pública y solemne expresión de su afecto al jefe de la Iglesia.

Y aun poniendo la cuestión en el terreno de la conveniencia material, los italianos, en vez de espantar a los peregrinos, deben acogerlos benévola-mente y aun agasajarlos, por la cuenta que les tiene. ¿Cuándo recibiría Roma en su seno cien mil forasteros si no los recibiera por la atracción del poder pontificio?

II

La recepción en el Vaticano del embajador extraordinario de España y los discursos de este y del Papa, demuestran que las relaciones de nuestro

país con la Santa Sede son inmejorables. Ningún gobierno liberal español ha estado nunca en relaciones tan cordiales con Roma como lo está el presente. El Papa, en su discurso de recepción, así como en la conversación privada que sostuvo con el embajador, demostró profundo interés por la excelsa princesa que hoy rige los destinos de este país y por el tierno huérfano del malogrado rey don Alfonso XII. Las expresiones calurosas del venerable anciano prueban que esto no es una fórmula de etiqueta sino un afecto sincero y un deseo firme de que la Regencia viva sin tropiezo y de que la legalidad dinástica se consolide al amparo de las leyes; en una palabra, que León XIII no verá nunca con buenos ojos las pretensiones carlistas, disfrazadas de reivindicación religiosa. La opinión ha variado mucho, aun en la misma Roma, desde los tiempos de Pío IX. Y en España la variación es tan radical que hoy no sería posible una nueva campaña carlista ni aun existiendo los motivos poderosos que hace años la determinaron. El clero español es, en su gran mayoría, poco afecto a lo que hoy se llama *integrista* y las provincias del Norte, donde tuvo aliento y raíces la guerra civil, no quieren más que paz, como se probó claramente este último verano al visitar la Reina Regente con sus hijos las capitales de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra.

III

Volviendo a Roma, diré que todas las noticias indican que las festividades del jubileo sacerdotal revestirán gran solemnidad. La misa en San Pedro ofrece la novedad de que en tal día, el 1.º de enero, se presentará por primera vez el Papa en la gran basílica después de la ocupación de Roma por los italianos. Algunos ven en esto un signo de posible transacción con Italia. Otro de los grandes atractivos del jubileo es la exposición de los objetos regalados a Su Santidad por los católicos de todos los países y por los reyes y príncipes. Los regalos forman un conjunto de monstruosa y asiática riqueza, algo que supera a los increíbles tesoros de los conquistadores y soberanos del mundo antiguo. Según una estadística probable, ostentará la exposición treinta mil casullas, cuarenta mil albas, miles de cálices y copones, pectorales y joyas en número inverosímil y no se cuantas tiaras. Los ornamentos y ropas sagradas serán distribuidos entre las iglesias pobres del mundo católico. Las sumas ofrecidas en dinero contante ascienden a algunos millones de liras.

Jamás se ha visto una manifestación más entusiasta del espíritu religioso, siendo de notar que la generalidad de los peregrinos han ido a Roma sin que les impulsara a esta determinación una idea política. No tiene duda que el papado ha adquirido mayor prestigio y hasta más autoridad después de

perdido el poder temporal. Contra lo que creen los exaltados del ultramontanismo, la persona del Sumo Pontífice era mucho más pequeña con la soberanía de aquel reino, detestablemente administrado.

Las realidades, a veces muy tristes, del Gobierno de los pueblos, quitaban fuerza a la soberanía espiritual. Ni era posible mirar con respeto los menguados Estados del jefe de la Iglesia, con un ejército irrisorio que no servía para nada, una marina de juguete, una hacienda que se alimentaba de las Bulas y Dispensas y de la Lotería, con un príncipe de la Iglesia al frente de las oficinas administrativas, otro haciendo de polizone, persiguiendo logias, encarcelando revolucionarios y llevando a la firma del Vicario del Cristo sentencias de muerte.

La índole de la autoridad pontificia es tal, que por mucho que transigiera con las ideas y costumbres del siglo no podía, en manera alguna, satisfacer las necesidades de los pueblos. Por esto los estados del Papa vivían en lamentable atraso, y aun la administración municipal de Roma no correspondía, ni con mucho, a lo que debiera ser la capital del orbe católico.

Hoy, despojado de aquella soberanía, insoportable para el pueblo y denigrante para el soberano, ¡con cuánta mayor autoridad resplandece la persona del Pontífice, sin más representación que la puramente espiritual! El cargo de rey es demasiado profano y no hay posibilidad de impedir que la corona quite majestad a la tiara. León XIII es el primer

Papa que sube a la silla de San Pedro privado de autoridad temporal y, sin embargo, ninguno ha inspirado más respeto al mundo católico, ninguno ha podido, en su Ministerio religioso, obrar con mayor independencia, y hasta se da el caso de que dos potencias europeas, la una católica y la otra luterana, le nombren árbitro para dirimir una discordia. Hay que tener en cuenta, además, las altas dotes del actual Pontífice, su bondad, su dulzura, la veneración que sabe inspirar a cuantos le tratan y su capacidad como jefe del catolicismo, pues a su tolerancia, a su espíritu de concordia, se debe que la nave de San Pedro haya evitado ciertos escollos y peligros. Es León XIII un hábil diplomático, conoce bien su época, tiene tacto y juicio para medir bien las circunstancias y para elegir las personas que han de secundar su gestión eclesiástica, que en relación con los diferentes Estados tiene algo de gestión política. Por esto, ha sabido mantenerse en excelentes relaciones no sólo con los países católicos, sino con los protestantes. Inglaterra y Alemania le consideran, enviándole embajadores; y nunca, como en su Pontificado, ha sido más segura la paz de las conciencias, así en los países católicos como en los protestantes.

Crisis políticas

I

Los días de crisis políticas son ¡interesantísimos y ofrecen ancho campo al humano estudio. Quien no haya pasado algunas horas de la tarde en el salón de conferencias de nuestro Congreso, no conoce el teatro más animado y divertido que puede existir. En los días que con toda propiedad pueden llamarse *críticos*, cuando se pone en tela de juicio quién o quiénes han de gobernarnos, tienen mucho que ver y mucho más que oír los grupos que se forman en este recinto, al cual no me atrevo a dar el nombre de *augusto*, como era uso y costumbre en la literatura política ya pasada de moda. Generalmente, en días así, los hombres políticos de gran importancia real o atribuida, no vienen al Congreso.

Los de segunda, tercera y cuarta fila son los que dan vida y bullicio y tonos pintorescos a los grupos. En cada uno de estos suele haber uno o dos salvadores del país que peroran; los demás oyen y callan.

Sus opiniones son tan varias y contradictorias que el que las oyera todas y tratara de armonizarlas, podría dar lecciones de claridad a los que construyeron o trataron de construir la torre de Babel. Aquí oímos que sin la entrada en el Gobierno de determinada persona, está muy próximo el fin del mundo; allá nos cuentan lo contrario y más lejos hay un grupo escéptico que no cree en nada, que todo lo ve negro, que anuncia catástrofes sin cuento, venga quien viniere y mande quien mandare.

Resulta graciosa la formalidad con que algunos, dándoselas de bien informados, aseguran lo que ha de pasar indefectiblemente dentro de una hora. Los de inclinaciones conservadoras, que están esperando como agua de mayo la entrada de Cánovas, porque les hace falta para las premiosas materialidades de la vida, aseguran que *antes de dos horas*, Su Majestad encargará la formación de ministerio al respetable jefe de la minoría conservadora. Lo aseguran como si la reina acabase de consultarles y confiarles su pensamiento.

No falta quien, tratando de las relaciones entre los hombres políticos, y queriendo penetrar el secreto de las conferencias, estos días celebradas, hable de lo que trataron tales y cuales personas, como si hubiera estado oculto detrás de una cortina, oyéndoles. En otros grupos, la discusión se acalora, se encrespa, álzanse las manos a mayor altura que la cabeza, suben al más alto diapasón las voces; pero la raya imperceptible que separa la disputa de

la riña no llega a salvarse, las roncas expresiones se convierten en risotadas y todo queda reducido a bulla y unos cuantos chistes para concluir.

Hay que observar que, en el terreno privado, reina una dichosa fraternidad entre los que se pasan la vida politiqueando. Y lo que no hace la fraternidad que a veces también falta, hácelo la buena educación. En otro tiempo, los moderados y progresistas no se hablaban privadamente. En el salón de conferencias marcábase la división de campos lo mismo que en los escaños rojos. Hoy no existe nada de eso. Los que en las columnas del *Diario de Sesiones* aparecen como enemigos irreconciliables, en los pasillos y en la calle y en todas partes se expresan con la franqueza expansiva de los verdaderos amigos. Ciertó que esto tiene excepciones; pero una riña desagradable y violenta, rarísima vez se advierte en esta casa, donde tanto y con tanto calor se cuestiona y se charla.

II

También es digno de estudio en estos días de emociones políticas, el esfuerzo supremo de los periodistas y de los reporters por averiguar los verdaderos giros y trámites de la crisis. Ya se sabe que en los tiempos presentes, es elemento principal de la prensa periódica de información. Antes, los periódicos descollaban por la idea; hoy descuellan por la noticia, la noticia es el alma, el verbo. De

informar bien y con prontitud depende el éxito de un periódico. Cada vez se hastía más el público de los artículos expositivos, de las largas lucubraciones sobre temas políticos o administrativos.

Parece que todo lo teórico está dicho ya y apurado y que lo que hace falta es conocer los hechos, el suceso del día, la noticia. Ciertamente que el mejor periodista será siempre el que saque de los hechos ciertos la consecuencia lógica más oportuna y conforme con la opinión; pero lo que da vida a la Prensa es ese cuadro activo y entusiasta de muchachos que mañana y noche se desparraman por Madrid en busca de la información que ha de constituir la savia del periódico.

Con esto ha llegado a tal extremo el furor de competencia que los reporters no se detienen ante puerta alguna, y penetran en todo recinto donde hay algo que inquirir. Cada cual se desvive por adelantarse a sus compañeros, sin que esta emulación destruya la fraternidad que entre todos ellos existe. Si se trata de algún acto palatino, les veréis introducirse por las galerías y escaleras del Palacio, llegando hasta donde lo permite la etiqueta, para ver quién entra y sale, y preguntar a todo el que quiere responder. Si no pueden averiguar nada importante, describen los uniformes de los personajes y dignatarios de la corte, los trajes de las damas y el brillo y gala de las multitudes palaciegas, que multitudes son también éstas.

En las ceremonias religiosas penetran hasta la

sacristía, y en los casos interesantes de información judicial, acosan a los jueces y escribanos, interrogan a los testigos antes que lo haga el juez, celebran *interviews* con los criminales, si pueden, y si nada de esto se les permite, describen el aspecto del lugar en que ocurrió el crimen o relatan largas conversaciones con personas que conocieron y trataron a la familia del interfecto o al interfecto mismo.

Pero cuando despliegan toda su actividad, toda su astucia y manejan con más perfección el gancho de la noticia es cuando hay agitación política, y probabilidades de cambio en el alto personal político. Los reporters invaden la morada del presidente del Consejo, y acometen a éste al entrar y al salir, si no pueden perseguirle hasta su propio despacho. Naturalmente, en esto como en todo, hay privilegiados, periodistas de mucha experiencia y autoridad en el oficio, a los cuales se permite penetrar donde no penetran los aspirantes. Estos hacen su campaña principalmente en las casas de los personajes con quienes el presidente o los ministros celebran conferencias para tratar de componendas políticas. Los periodistas conocen al dedillo, por la estampa de los caballos y la fisonomía de los cocheros, los carruajes de los consejeros de la Corona. Con tal conocimiento fácil les es saber a dónde van. Interrogan a los porteros y criados, y algunos, que tienen amistad con este o el otro prohombre, oyen de sus propios labios lo que se cree digno de

pasar a la Prensa. Por lo general, el personal periodístico es inteligente, discreto y de una actividad a prueba de distancias.

III

Concluiré con una breve noticia acerca de la Prensa española. Los periódicos de más circulación, entre los que se publican en Madrid, son *El Imparcial*, *El Liberal* y *La Correspondencia*. A éstos siguen *El Resumen*, *El Globo* y *El Correo*, todos de ideas avanzadas, a excepción de *La Correspondencia*, que no tiene matiz político, y cultiva la noticia escueta. *El Imparcial* y *El Liberal*, que son los diarios más leídos en España, tiran unos setenta mil números próximamente cada uno, y entre ambos se sostiene una circulación bastante activa.

Aunque este año han aumentado su tamaño, siguen vendiéndose al precio ínfimo de cinco céntimos de peseta. Aquí no han podido aclimatarse los periódicos de mucha lectura. Para agradar al público es preciso que el periódico se componga de artículos cortos y escritos con amenidad, que lo serio se mezcle con lo humorístico, que la noticia ocupe espacio preferente, y que se trate con prolijidad de detalles y variedad de matices todo asunto que repentinamente ocupe la atención pública. Las disertaciones extensas, en estilo declamatorio, no tienen aceptación. El público ama la brevedad, la gracia, lo epigramático y la apreciación real de

las cosas, sin fantasmagorías. Nuestros periódico llaman la atención fuera de España por su corto tamaño y por su baratura. A esto se debe la enorme difusión de la lectura de periódicos del 68 acá. No discutiré si es mejor o peor el periódico largo: tengo por indudable que no es posible aclimatarlo en España.

Los conservadores han descuidado en los últimos años su Prensa, y hoy se encuentran sin elementos polémicos con que contrarrestar el empuje de los órganos liberales. Subsiste *La Epoca*, periódico chapado a la antigua, bien escrito, nutrido de lectura, de precio relativamente alto. Pero a esto quizá debe su escasa circulación. No se vende por las calles, y aunque se sostiene holgadamente con su antigua y abundante suscripción, esto no basta hoy para influir de un modo decisivo en el sentimiento público. Los demás órganos conservadores no tienen la autoridad de *La Epoca* ni la circulación de la Prensa liberal, de lo que resulta cierta desproporción de fuerzas para el partido que aspira a sustituir a los liberales.

Alegrías de la primavera

I

El buen tiempo devuelve a Madrid su alegría tras un invierno crudísimo, desdichado y mortífero. Aunque la palabra *buen tiempo* tiene en el caso presente su significativo convencional, llamemos así a la conclusión de los destemplados fríos de los meses anteriores. El tiempo no es bueno en realidad de verdad, porque hace demasiado calor; pero lo aceptamos como tal, y *nos echamos a la calle*, ávidos de respirar el aire libre y de ejercitar nuestros músculos entumecidos por un largo y forzado reposo.

Mayo es propiamente la *season* de Madrid, pues en dicho mes llega esta villa a su máximun de animación y bullicio. Tiene fama octubre de ser delicioso en esta romería; pero las ventajas de dicho mes, bajo el punto de vista atmosférico, no bastan a darle la primacía de la animación; opónense a ello razones de un orden económico, y véase cómo

la economía política o más bien personal se enlaza con la meteorología. Me explicaré: octubre es la época del regreso de baños y excursiones al extranjero y litoral; *la rentrée*, como dicen en Francia. Siendo los viajes y las temporadas balnearias sumamente dispendiosas, las familias madrileñas regresan a sus hogares con poco dinero, y de aquí resulta que las fiestas y diversiones acusen las deficiencias de la hacienda particular.

Los dos meses que transcurren desde el 15 de abril al 15 de junio se distinguen por un aumento considerable del gasto personal. No sé si hay más dinero en esos meses; pero es indudable que corre más. El comercio menudo ve aumentadas sus ventas, sin duda por la renovación de vestidos que exige el cambio de estación, y la excitación primaveral determina mayor consumo en el orden alimenticio y de bebidas. Comienzan las ferias de los pueblos, y las ferias determinan los viajes. Las Compañías de ferrocarriles empiezan en estos meses a resarcirse del marasmo de la temporada invernal. El Mediodía es la gran atracción de abril. Sevilla convoca a media España con su feria de universal renombre. Luego siguen las de Córdoba y Utrera, el Corpus de Granada, hasta que llega el verano, y la emigración se dirige al Norte.

La feria de San Isidro en Madrid es, sin género de duda, la base de la animación de la capital de España, en esta temporada. No hay en dicha feria transacciones de ganado: no se compran en ella

más que botijos, rosquillas y pitos del Santo; y, sin embargo, es una de las que atraen más gente de todos los confines de la península. El encanto de Madrid durante todo mayo, no consiste precisamente en los ventorrillos de la célebre pradera: consiste en que mayo ofrece a los forasteros innumerables diversiones y entretenimientos. Y este año será excepcional porque tendremos Exposición de Bellas Artes, y festejos extraordinarios, dispuestos por el Ayuntamiento a fin de resarcir al comercio y a la industria de la enorme paralización del invierno que acaba de transcurrir.

II

Hay que reconocer que lo que más apasiona a la multitud es la fiesta nacional, los toros, el terrible y dramático *sport*, contra el cual se ha declamado tanto, y que continúa resistiendo a todas las propagandas. Los toros ejercen y ejercerán durante mucho tiempo sobre la multitud fascinación poderosa. La temporada de Madrid, que principia el primer día de Pascua y no concluye hasta muy adelantado el verano, atrae a los aficionados de toda España, y es un elemento de animación del cual no se puede tener idea en los países que desconocen semejante espectáculo. Si la alegría es conveniente a los pueblos, si ese estado de excitación expansiva es útil a las colectividades, como lo es a los individuos, no deben ser combatidas las fiestas de

toros, porque ellos son la alegría que estimula la circulación de la sangre y favorece la energía vital.

Un domingo de toros en Madrid, si el tiempo es bueno y luce con todo su esplendor el sol, en este cielo de incomparable pureza y diafanidad, es el día más bello que puede imaginarse para todo el que no esté atacado de melancolía crónica. No es preciso ir a la plaza para participar del general contento; basta recorrer la Puerta del Sol y la calle de Alcalá para encontrarse dentro de la poderosa corriente magnética. Dentro de la plaza, las emociones son ya delirantes, y por mi parte no encuentro gran placer en ellas.

Divagando

I

Divagando por sitios excéntricos hallo a Madrid encantador, alegre como nunca, todo luz, frescura, animación. Es la época de la fresa.

Imposible dejar de clasificar las épocas del año por la fruta que en ellas abunda. Los días de la fresa son risueños, todo mayo, parte de junio, días de toros y forasteros, de trajes ligeritos y de mucho barullo por las calles. Bien distinta es la época de los melones, allá por octubre, cuando se abre la Universidad y empiezan a venir a Madrid los caciques que olfatean la apertura de las Cortes. Pasada la deliciosa etapa de la fresa, viene la de las cerezas y los albaricoques, también bonita en sus comienzos, porque después aprieta el calor y no hay quien pare en este pueblo, que es un freidero. El verano hace un paréntesis en la vida de todo madrileño que disfruta de un mediano bienestar. La emigración se impone, y ya no hay que volver

Madrid hasta la época de las uvas de albillo, la mejor uva del mundo, según he dicho en otra ocasión. Dejando para otra coyuntura la descripción acabada de la capital de España, *según los tipos de fruta* que se venden en los mercados, sigo el vistazo que doy a las animadas calles, costanillas y plazuelas de esta extraña villa, tan imperfecta, con imperfección irremediable, bajo algunos puntos de vista, tan alegre y hospitalaria siempre. El Madrid social lleva no poca ventaja al Madrid urbano, a pesar de los evidentes progresos que en éste se advierten. Pero cuantas reformas puedan idear el arte y la ciencia no variarán el suelo en que el testarudo Felipe asentó su Corte, suelo por demás ingrato, irregular, compuesto de lomas arenosas, sin vegetación, con escasos aunque muy buenos manantiales de agua potable.

Hoy por hoy, Madrid ha tomado un desarrollo grande; pero éste, si continúa, no podrá pasar de ciertos límites, impuestos por la naturaleza. Aun suponiendo que la industria y el comercio, lo que no es probable, tomaran incremento, no se concibe cómo podrían vivir aquí un millón de madrileños. Dos millones sería ya cifra absolutamente imposible. Un incremento rápido de la población plantearía un arduo problema, pues la eliminación de las aguas impuras no podría hacerse en el Manzanares (del cual se dice que en verano hay que regarlo para que no levante polvo) y habría que canalizarlo en busca del Jarama o del Tajo. Madrid crece y

crece. Los edificios públicos aumentan de día en día, y las casas nuevas de vecindad son tantas, que aterra ver cómo se improvisan barrios de colmena, en los cuales se apiñarán las generaciones futuras, empujadas por la presente. La población nueva resulta en su caserío tan densa como la antigua, y el hormiguero toma proporciones alarmantes. Luego vendrán los higienistas a medir a cada vecino los metros cúbicos de aire que le corresponden; pero entonces el mal no tendrá ya remedio, porque no se pueden derribar arrabales enteros todos los días. Entre los edificios públicos encuentro, además de la Biblioteca, en que se halla instalada la Exposición Histórica, la nueva Estación de Atocha, que sirve los ferrocarriles del Mediodía, Valencia y Barcelona, la nueva Bolsa, inaugurada estos días; el hospital de San Juan de Dios, el Hospital Militar, en término de Carabanchel, el cuartel de María Cristina y otros de menor importancia.

II

A propósito de la Exposición Histórica, que tan poderosamente llama la atención del mundo entero, es muy general la opinión de que debe declararse permanente, es decir, que los riquísimos objetos allí presentados, procedentes los más del tesoro de las catedrales, no deben volver a su destino. Se teme, y con razón, que la pobreza de nuestro clero, tentada por la codiciosa opulencia de los

anticuarios extranjeros, nos prive de aquellos tesoros inapreciables. Se quiere que el Gobierno adopte medidas semejantes a las que rigen en Italia, donde el Estado tiene derecho de tanteo sobre toda obra de arte que sale a la venta, ya sea propiedad del clero, de las corporaciones y aun de particulares.

Realmente, es lastimoso que las preciosidades de extraordinario valor y de insólita belleza que se exhiben en el palacio de la Biblioteca no continúen allí para estudio de los artistas, para recreo de todo el mundo. La cuestión es difícil de resolver, porque los cabildos de las catedrales reclaman y reclamarán siempre lo que sólo a título de devolución entregaron. La Exposición tiene que deshacerse; pero al propio tiempo está fuera de duda que los cabildos no pueden deshacerse de ningún objeto destinado al culto sin permiso del Estado. Fácilmente podría éste intervenir los actos del clero catedral; pero, ¿qué intervención eficaz cabe en el clero parroquial, mayormente en esa multitud de iglesias, capillas y santuarios que existen en todas las comarcas de esta religiosa nación? Infinitos objetos de orfebrería, pinturas, esculturas, cornucopias, arcones, telas admirables, que hoy enriquecen el *Kensington Uuseum*, y el Museo del Louvre, proceden de los empobrecidos templos españoles. Los infelices conventos de monjas, entre los cuales hay muchos que viven de milagro, se han despojado de sus tesoros artísticos para que las comunidades pu-

dieran vivir. En nuestros tiempos, la liquidación religiosa es un hecho incontrovertible y contra el cual nada pueden las declamaciones sentimentales de los creyentes más o menos sinceros. La vida claustral, sobre todo, se acaba sin remedio. Los particulares, como antaño sucedía, no la sostienen con los donativos y mandas piadosas; es rarísima ya la persona de alta posición que hoy aporta a la comunidad un valioso dote; y, por fin, el Estado, con la balumba de compromisos que sobre él pesan, no puede atender a las pobrecitas esposas del Señor, que perecen de hambre en los antiguos monasterios, algunos de inapreciable valor artístico e histórico. Realmente, es un milagro cómo viven aquellas miserables damas, y cómo, al par que sus existencias, van sosteniendo con más apuros y privaciones las casas en que viven, para que no caigan y se desmoronen ante la acción implacable del tiempo. En la última temporada que pasé en Toledo, tuve empeño especial en conocer todos los conventos de monjas que en aquella monumental ciudad subsisten habitados. Si no recuerdo mal, son quince, y en la mayor parte de ellos no hay más que dos docenas de religiosas. Los vi todos; reflérome a las iglesias, que en el interior claustral no es posible penetrar. Pero aun en esta forma, y examinarlos detenidamente es cosa muy difícil, porque sólo se abren a las cinco de la mañana en verano, y están abiertos el tiempo necesario para la misa rezada, único acto del culto que su pobreza

permite a las actuales reclusas. Hay convento en que sólo se celebra los domingos. Para visitar las iglesias a otra hora es preciso buscar una recomendación para el capellán o entenderse con el sacristán, que para casos tales obtiene de la madre superiora permiso para abrir a horas extraordinarias. Por lo común, las buenas señoras no ponen obstáculos a los visitantes; al contrario, gustan de que gente forastera examine y admire las hermosuras que aquellas humildes iglesias atesoran, y no pierden ocasión de sacar partido de la visita, si por si acaso va entre los expedicionarios alguna persona que puede favorecer sus menguados intereses. Vagando como sombras por el coro bajo, envuelto en penumbra misteriosa, atisban al forastero, se enteran, no sé cómo ni por qué medios, de su calidad y nombres de las personas, y como entre éstas haya alguna persona que desempeñe cargo oficial o parlamentario, no pierden ripio y entablan conversación con él, y con frase melosa y suplicante le ruegan interponga sus buenos oficios con el ministro de Gracia y Justicia para que conceda a la comunidad alguna mísera suma que necesitan para componer el tejado del convento. Da dolor oír los relatos que hacen del deplorable estado de los edificios. En este se han podrido las vigas del techo, y las infelices están amenazadas de morir aplastadas el mejor día; en aquel se desploma un muro, dejando al descubierto la mitad de la celda. Naturalmente, el ministro no puede hacerse eco de estas re-

clamaciones, porque la cantidad presupuestada para reparación de templos es muy reducida, y como todos los conventos de monjas se desmoronan a la vez, porque todos son viejos y están mal cuidados, resulta que las desgraciadas reclusas no pueden ver atendidas sus peticiones.

Honda tristeza deja en el ánimo el espectáculo de aquellas venerables casas... Es un mundo que se acaba, que desaparecerá totalmente bien pronto. Toda grandeza terminada infunde piedad y respeto. ¡Pobres monjas! Ayer opulencia, arte, culto espléndido, fe; hoy abandono, miseria, ruínas, polvo, excepticismo.

TIPPOS



El coleccionista

I

De todas las pasiones inofensivas de nuestra época, la mejor sin duda es el coleccionismo, que en ocasiones resulta de grande utilidad. No se si en los siglos medios y en el Renacimiento existió la monomanía de las colecciones. Es creíble que sí. Por de pronto, las bibliotecas fruto son de aquella pasión, y fruto preciadísimo; pero no se sabe que existiese quien se pasara la vida juntando objetos de un orden caprichoso. La creación de los museos, enteramente moderna, ha traído, sin duda, el gusto por los museitos particulares, ya sean de sellos, ya de cajas de cerillas, ya de botones. Antaño, los ricos llenaban sus casas de cuadros, acaso de armaduras. Hoy, hasta los pobres se ven tocados de la manía de reunir y clasificar cachivaches de cualquier orden. El entretenimiento que de ello resulta absorbe por completo el espíritu y aleja las malas ideas. Verdad que en algunos casos la monomanía puede ser per-

niciosa, porque todo el tiempo es poco para ella, y personas hay que marean a Cristo Padre con la investigación de las baratijas que son objeto de sus ansias.

Los coleccionadores de antigüedades concluyen a veces por perder uno o más tornillos de la cabeza, pues la arqueología es, quizás, la ciencia que más fácilmente perturba el cerebro. Se empieza por poco, por reunir algunos ejemplares de armas o de cacerolas o de lámparas, y luego viene el estudio comparativo, el desentrañar las fuentes históricas para dar a cada época lo suyo y no confundir a Roma con Cartago, ni el siglo XIII con el XVII. El coleccionador que llega a tomar muy a pecho estas cuestiones, concluye por saber mucho; pero también por volverse loco y volver locos a cuantos le rodean. A medida que aumenta su ciencia, crecen sus dudas; sabe elegir, sabe clasificar, no confundirá una época con otra; verá una sartén y al momento conocerá si en ella frieron romanos o godos; pero no se verá nunca libre del ansia de poseer rarezas ni del tormento que le produce el verlas en otras manos. Coleccionadores han existido, tan ciegameamente dominados por la pasión, que de hombres pacíficos y bonachones se han convertido en criminales. Por un libro raro, ejemplar único, han perdido el sentido de la propiedad hombres virtuosísimos, incapaces de sustraer el valor de un alfiler. No quiero hablar de los que han gastado toda su fortuna y algo más en almacenar objetos de antaño.

Verdad que la ciencia y el arte van siempre ganando, y que al fin la colección va a parar a los museos nacionales, donde su utilidad es manifiesta.

II

Los bibliómanos y los coleccionistas de monedas, han abundado siempre en España. Unos y otros se han pasado la vida reuniendo materiales para la historia. Los que allegan estampas, cuadros, miniaturas, armas, joyas, cacharros, también prestan un gran servicio a las artes decorativas y ayudan al conocimiento de las edades por los accesorios de la vista.

No resulta tan clara la utilidad de los que pasan la vida revolviendo los puestos del Rastro para coleccionar tapas de libros, botones, herraduras, suelas de zapatos y otras chucherías. Para que esta manía sea fecunda, es preciso que la informe un criterio arqueológico. Hay en Segovia un sastre, llamado Duque, hombre sin antecedentes literarios, pero de tal constancia y con tal instinto de la ciencia arqueológica, que ha sabido reunir la colección de clavos más notable que creo existe en el mundo. Duque ha recorrido todos los pueblos de la provincia, escudriñando sin desmayar, adquiriendo como ha podido sus riquezas, consistentes en esos hermosos clavos de forja que adornan y refuerzan los largueros de las puertas antiguas. La colección es tan numerosa y variada, y con tanta inteligencia

está clasificada y exhibida, que vale hoy un dineral y, si no me engaño, su poseedor ha recibido proposiciones del Museo británico para adquirirla.

Otros ejemplos hay aquí de esta paciencia coleccionista. Las estampas de Calderera, las armas del general Nogués, los herrajes de otro célebre anticuario cuyo nombre no recuerdo, son o serán gala de nuestros museos.

Pero ningún aspecto de la manía coleccionista es tan notable como el que sirvió de fundamento al Museo Romero Ortiz, de valor histórico extraordinario, por ser, no una exhibición de objetos pertenecientes a un mismo orden, sino de cosas diversas, de valor nulo en sí; pero que lo tienen grande por haber pertenecido a personajes misteriosos o tener alguna conexión con acontecimientos de importancia. Véase la muestra: el tambor sobre el cual se firmó el convenio de Vergara; el cuello, ensangrentado, que llevaba puesto don Enrique de Borbón cuando le mató en duelo, de un balazo, el duque de Montpensier; la cuna de la Reina Isabel; el puñal con que Merino hirió a esta señora en 1852; la bandera negra que izaron los cantonales en Cartagena y, qué se yo; mil y mil objetos que no es fácil enumerar de memoria. Y que el señor Romero Ortiz, hombre tan probo como ilustrado, no se descuidaba de asegurarse de la autenticidad de las joyas, que joyas son, de su museo, y nadie que examine aquel histórico Rastro, podrá dudar que en él impera al verdad.

III

Los verdaderos dioses del coleccionismo son esos ricachos que consagran su fortuna en satisfacer la pasión que les domina: por ejemplo, el famoso inglés Soltnig, sujeto muy original, y si se quiere extravagante, que posee uno de los más notables museos particulares del mundo. Es hombre de costumbres sencillísimas, que vive modestamente, y se pasa la vida viajando en busca de ventas y subastas para adquirir objetos de valor. Porcelanas, broncees, tapices, cuadros, todo superior, componen esta colección, que Mr. Solting ha instalado en una sala alquilada para el caso al Museo de Kensington. Otra extravagancia que no comprendemos acá: poseer tales maravillas y no tenerlas en su propia casa. Pero el inglés en cuestión vive con modestia suma y no le caben en su vivienda las preciosidades que atesora.

Como he dicho asiste a todas las subastas de importancia que en el mundo se verifican, y como lleva por delante grandes remesas de libras esterlinas, puja sin miedo y lo mejor es siempre suyo. Las naciones mismas le han cogido miedo y cuando desean adquirir algo para los museos públicos lo primero que tienen que hacer es entenderse con Solting para que no puje.

Posee, según dicen, verdaderas maravillas. Hace pocos días compró un plato por valor de *sesenta mil* francos; ¡qué tal platito será! En una subasta que

se verificó en París hizo compras por valor de doscientos mil francos. Y el hombre que tal hace vive en el cuarto de un hotel y come en un barato, como cualquier *restaurant* empleado de corto sueldo.

Los grandes banqueros y agiotistas suelen distraerse del tráfico de los negocios con el coleccionismo, que además satisface su orgullo y les da aires de Mecenas. Salamanca tuvo una soberbia colección de cuadros y otra de cerámica pompeyana. Las mil preciosidades que ostentaba en sus salones el palacio de Vista Alegre, se han esparcido ya por todo el mundo.

El coleccionismo tiene siempre por término la subasta, pues rara vez pueden los herederos y partícipes de esas grandes fortunas conservar decorosamente riquezas que no producen rentas. La desamortización se impone; viene la subasta y los tesoros acumulados por el *amateur* se reparten entre otras galerías particulares o pasan a enriquecer las públicas. El Estado lo absorbe todo, al fin y al cabo, y los coleccionistas particulares son, inconscientemente, las hormigas de los museos oficiales.

Recientemente se ha verificado en París la subasta de las antigüedades reunidas por el famoso Spitzer, y en diez y seis días se hicieron ventas por valor de más de *cinco millones* de francos. Por una botella árabe del siglo XV, ha habido hombre capaz de dar la friolera de *doce mil* francos. ¡Qué será esa botella y qué extraordinarios méritos tendrá! Los

que no somos arqueólogos nos asombramos de esto.

Si una botella de vidrio vale doce mil francos, ¿cuánto valdrá un cuadro de Velázquez o de Rafael? Digan lo que quieran, en esto de la arqueología hay mucho de demencia. Por una lámpara morisca ha dado el Louvre *siete mil* francos; y una copa de vidrio, que al coleccionista le había costado *cincuenta y cinco* francos, encontró comprador por *cinco mil duros*. ¡Y luego dicen que no hay dinero! De estas extravagancias lo que resulta es que el dinero está tirado sin que nadie lo quiera o que los poseedores de él gustan más de verlo en ajenas manos que en las propias.

Todas estas compras y ventas son hoy muy peligrosas porque se ha desarrollado de un modo alarmante el arte de las falsificaciones. En Nápoles hacen las estatuas pompeyanas con tal perfección, que parecen recién salidas de las excavaciones, con los deterioros causados por la humedad y el tiempo. No hablo de la falsificación de códices, que este es arte magistralmente ejercido aquí y allí por hábiles rebuscadores de papeles viejos. Las ánforas griegas, *del tiempo de la batalla de Salamina*, se hacen en Atenas con tal maestría, que le dan el chasco al más pintado nada digamos de armaduras milanesas, nide espadas, ni de mayólicas puesto que eso está ya al alcance de los industriales de menor cuantía. Como ejemplo del género, en el ramo de manuscritos, se citará eternamente el caso de

Shapira, el judío de Jerusalén, que falsificó un *Pentatéuco* en lengua siriaca, y pidió por él, al Museo Británico, la bicoca de un millón de francos. Lo peor fué que estuvo en un tris que se los dieran; tan bien preparado estaba el negocio. No cuento detalladamente el caso, porque es muy sabido de todo el mundo; como que la Prensa inglesa, durante un año, no habló de otra cosa.

IV

El coleccionismo en pequeña escala nos ofrece ejemplos sin número de pasiones inocentes en el seno de las familias más modestas. Las colecciones de sellos son de ritual en las costumbres infantiles, y hay que convenir en que dan cierto barniz de ilustración a los pequeñuelos, que de este modo se enteran de una de las partes más enfadosas de la ciencia geográfica. Signo es de nuestra edad crítica este afán de conocimiento que invade también a la infancia, apartándola de las travesuras que eran antaño la desesperación de los padres. Pero debemos reconocer que no por estos síntomas externos de formalidad son los chicos de hoy mejores que los de la generación pasada.

También las personas mayores suelen darse a esta pasión de los sellos, y hay colecciones hermosas que, aparte del valor material, pueden parangonarse con las de numismática. En el extranjero, la monomanía es más extensa e intensa que aquí, y los

albums de filatelia son verdaderos museos. La fiebre coleccionista tiene, además, ramificaciones extravagantes como, verbigracia, el coleccionar papeletas de defunción, prospectos y lo que en lenguaje *técnico* se llama *varios*, que es toda clase de impresos pequeños. En esquelas de funerales y entierros tengo entendido que hay en Madrid una colección que da quince y raya a todas las de su género; y si no estoy equivocado, el ingeniosísimo doctor Thebussen, maestro en el estilo familiar epistolar, insigne tratadista de arte culinario y de filatelia, posee la más rica y entretenida colección que en el mundo existe de... *menús* de comidas. Este graciosísimo y laborioso doctor es un erudito de cosas que hasta ahora no habían sido objeto de erudición. Asuntos de correos, de fórmulas de urbanidad, de comidas antiguas y modernas, dan a su pluma, como a su conversación, un donaire extraordinario y un interés inmenso. Y no es hombre que se hace de rogar para dejar correr la inagotable vena de su gracejo y de su sabiduría, pues responde galantemente a cuantas consultas se le hacen. Es rico; vive en Medina Sidonia (pueblo de la provincia de Cádiz) en casa solariega, donde tiene gran biblioteca, taller de encuadernaciones y archivo riquísimo de curiosidades en los diversos ramos que cultiva. Don Mariano Pardo Figueroa, conocido en el mundo literario por *El Doctor Thebussen*, es una personalidad sin segundo en nuestros tiempos.

V

Los coleccionistas de verdad han tenido no hace muchos días un plato de gusto con la venta de las últimas riquezas de la casa de Osuna. ¡La casa de Osuna y del Infantado! Su solo nombre despierta ideas de grandezas y de un pasado glorioso. Ninguna casa, como esta, nos da la impresión de lo transitorio y vano de las humanas riquezas. De aquella poderosa casa, cuyas rentas no eran inferiores a la lista civil de muchos soberanos, ¿qué queda ya? Nada. Todo acabó, todo se deshizo, todo se desvaneció en unos cuantos años. Nunca se pudieron aplicar con más propiedad los versos

Las torres, que desprecio al aire fueron,
a su gran pesadumbre se rindieron;

porque los ducados reunidos de Osuna y el Infantado constituían una propiedad territorial inmensa. Y mucha gente de vivir modesto se pregunta: ¿Cómo es posible dilapidar fortuna tan colosal?

No se comprende que se pueda gastar tanto dinero sino arrojándolo a puñados a la calle. Y, sin embargo, desde hace cincuenta años, los Estados de Osuna venían gravándose con hipotecas y enredándose en empeños que al fin dieron al traste con tan valiosa propiedad. Sus administradores, que eran siempre los ex ministros de Hacienda más afama-

dos, no pudieron evitar el hundimiento de la casa y, por fin, la depreciación de las *obligaciones de Osuna* acaba de liquidar tanta riqueza.

El último duque de Osuna, don Mariano Téllez Girón, perfecto caballero, era de una esplendidez tal, que a su lado resultaban modelo de economía los más fastuosos próceres ingleses y rusos.

Se contaban de él mil historias de munificencia, alguna de las cuales son verdad, otras leyendas. La mente popular veía en el duque algo como un califa de Bagdad o soberano maravilloso de las Mil y una noches. Decían que en sus palacios de Madrid, Guadalajara, Osuna, Gandía, Alameda, Cogolludo, etcétera, había todos los días del año mesa puesta para veinte convidados. Desempeñó durante muchos años la embajada de Rusia, sin cobrar sueldo, se entiende, y eclipsando con su fastuosidad a los de la aristocracia de San Petersburgo.

Era grande amigo del Emperador Nicolás, a quien acompañaba en sus cacerías. Se contaban mil consejos extravagantes; por ejemplo, que en cierta ocasión, por complacer al Czar, había pagado un tren especial de Madrid a San Petersburgo con el exclusivo objeto de conducir uno o dos perros. En su castillo de Beauraing, en Bélgica, que fué propiedad del conde Egmont, daba fiestas espléndidas, y en su palacio de Madrid, cuando acá venía, también. Casó, ya viejo, con una princesa de Salm-Salm, parienta suya; murió hace algunos años, cuando ya los estados de Osuna y el Infantado eran lastimosas ruinas.

Toda la propiedad territorial que poseía en España y Bélgica ha pasado a manos de los acreedores; y el palacio del Infantado ha sido adquirido por el Ayuntamiento, después de sacado el precioso archivo, hoy perteneciente al Gobierno. Los cuadros y tapices, así como las armaduras han pasado a museos extranjeros, todo se ha ido liquidando y últimamente alieron a pública subasta algunas vajillas con las armas de la casa, los coches, las casullas y cálices de la iglesia de Gandía, y hasta los trapos de cocina, queno debían de ser trapos de cocina como los de todo el mundo, porque alcanzaron precios relativamente altos. Entre las vajillas las había encerradas en magníficos estuches y se usaban cuando el duque iba de viaje.

Todo acabó; todo disperso y llevado de mano en mano, ¡hasta los trapos de la cocina! ¡Qué lección! Así ha concluído la casa que, en vida de don Pedro Téllez Girón, el penúltimo duque, representaba una riqueza saneada, cuyas rentas casi equivalían a las de la corona. La riqueza subsiste. ¿Dónde está? Con sus restos dispersos se formarán, quizás, nuevos estados burgueses, que el tiempo deshará otra vez. Y la oleada seguirá por los siglos de los siglos.

El parlamentarista

I

Mayo de 1893.

La sesión de tres días y tres noches en la Cámara popular, el obstruccionismo que la ha motivado, y la plaga de discursos que es consiguiente, reverdecen la cuestión del parlamentarismo, y de si es o no conveniente la conservación de un sistema en que la acción gubernativa se ahoga en un diluvio de palabras. Personas hay de espíritu muy liberal y de rectas intenciones que no ven ya con simpatía el famoso sistema y desean su radical reforma. No se ha demostrado, ni mucho menos, que el parlamentarismo, tal como lo practicamos ahora, sea un manantial de felicidades para los pueblos, ni que el principio de la soberanía nacional haya encontrado su forma definitiva. En la conciencia de todo el mundo está que el actual Reglamento de las Cámaras es un puro desatino; pero nadie se atreve a po-

ner la mano en él. Es más, no se ha llegado a encontrar la fórmula de la reforma del tal Reglamento. Que hay que poner diques a la palabra es indudable; que urge vigorizar la iniciativa de los Gobiernos también parece demostrado; que la representación nacional debe manifestarse de un modo más práctico y eficaz no tiene duda; pero no hemos visto aparecer todavía el Colón que nos descubra ese hermoso mundo del nuevo organismo parlamentario. Sabemos que existe: nos lo demuestra el mismo malestar presente. Lo que desconocemos es el camino para ir a él.

No incurriré en la vulgaridad de comparar las instituciones, o más bien costumbres parlamentarias de Inglaterra con las de por acá. Todo el mundo sabe que allí las cosas son muy distintas, y que lo mismo que es aquí deplorable, resulta allá útil y práctico. Hasta los niños de la escuela saben que en las Cámaras británicas el aluvión de la palabra tiene su mejor dique en la prudencia de los oradores; que allí el *Specker* es un cargo puramente reglamentario, no político; que los vicepresidentes no son candidatos indispensables a ministros; que los secretarios son pura y simplemente empleados de la casa; que las secciones no existen con el barullo de intrigas y combinaciones que por acá tenemos; en fin, que aun aquello en que la semejanza entre uno y otro país es completa, allí resulta bien, como aquí resulta mal, de donde se deduce que las personas, y no las leyes, son las que en primer térmi-

no deben reformarse. Pero dejemos esto. No quiero insistir en cosas sabidas de todo el mundo.

El interior de nuestra Cámara popular, los hábitos y rutinas de aquella casa, todo lo material y fácilmente apreciable a la vista, serán objeto de esta crónica. La tarea no es difícil para quien ha concurrido asiduamente, día por día, durante cinco años, a los pasillos, salones y rojos escaños del Congreso. No dudo que gran parte de lo que allí se ve no difiere de lo que existe en las Cámaras de otros países; pero algo habrá también de peculiar y característico. Esto precisamente es lo que procuraré no se me escape en la descripción que sigue.

II

El edificio en que está instalado el Congreso es nuevo y malo. Apenas cuenta treinta años: fué construído expresamente para su actual destino, y ya andan locos todos los presidentes, buscando medios hábiles para hacer otro nuevo. No tiene luces, ni ventilación, ni holgura; no tiene más que lujo, un lujo reñido con la comodidad y aun con la elegancia.

La dotación del Congreso no es un grano de anís. Las Cámaras poseen recursos para ostentar dignamente su representación. Esa parte importante de la soberanía vive con decoro y no deja de lucir cierto aparato de majestad reinante cuando hay ocasión para ello. Gobierna la casa una Comisión

de diputados, con el presidente. Dicha Comisión no se limita a distribuir la dotación de la casa, ni a vigilar los gastos. Ejerce también las funciones de Mecenas, protegiendo en cierta medida las artes y las letras. El Congreso y Senado compran, pues, cuadros de los primeros artistas, y aun de los segundos y terceros, y las bibliotecas de una y otra Cámara destinan parte de sus fondos a adquirir obras de este y el otro autor que lo solicita, dándose el caso de que más de una, y más de cuatro veces, se compran libros de muy dudoso mérito, y hasta ediciones enteras cuyo destino es podrirse en los desvanes de la casa.

El presidente tiene tres habitaciones muy hermosas para su despacho, y otras tres los ministros; esta serie de estancias, decoradas con lujo y *confort*, son lo mejorcito de la casa. Lo demás lo ocupan la secretaría, la biblioteca y el archivo, la redacción del diario; las secciones y, por fin, el llamado «Salón de Conferencias» y el de sesiones, que es donde está el principal interés del edificio, y de... la institución.

El Salón de Conferencias equivale a cualquiera de las salas de conversación que hay en cualquier casino. Es una espaciosa cuadra con luz zenital. Su decorado no carece de pretensiones arquitectónicas, del estilo académico del reinado de Isabell II, con los retratos de los presidentes en el friso, y anchas puertas laterales que comunican con los escritorios, cantina y pasillos. Allí, en días de sesión

animada, no se puede dar un paso sin tropezar con diversos grupos, compuestos de diputados que son, diputados que fueron, periodistas y multitud de personas, entre las cuales hay algunas que se pasan todo el santo día en aquellos divanes platicando dulcemente sobre todo lo que salta, sea política, sea cualquier comidilla social y anecdótica. Son exgobernadores de provincia, candidatos derrotados en las últimas elecciones, pretendientes fosilizados por la ineficacia de sus gestiones, o personas de indefinida filiación política, que van allí por pura afiliación, por diletantismo, sin meterse en honduras, cosa en verdad extraña y que prueba la enorme variedad de los gustos humanos.

En días de agitación parlamentaria, se condensa en el Salón de Conferencias todo el interés psicológico, digámoslo así, de la vida de las Cámaras. Es aquella la vida interna, y la sesión queda reducida a la expresión oficial e hipócrita de las ideas y de las pasiones. En tales días, si la cuestión que agita a toda aquella gente es una disidencia en la mayoría, los grupos y la marejada que en torno a ellos se forma, llegan a su mayor intensidad. Por lo común, la discusión de una ley, aunque entrañe la mayor gravedad, no levanta gran tumulto, si al propio tiempo no produce algún trastorno de carácter personal, y divisiones en la mayoría, piques entre los ministros, disgusto o mal humor del presidente de la Cámara. Cuando esto ocurre, los jefes de grupo, los guerrilleros parlamentarios, que

trabajan con los ejércitos si les conviene, o se bandean solos, molestando con emboscadas y asaltos imprevistos a las fuerzas regulares, son los que dan al Salón de Conferencias el carácter de plaza pública. Pero hay que hacer constar que aun siendo personales las cuestiones que tal agitación producen, rara vez se agría la palabra en los labios de aquellos señores. Es muy raro que se suscite en tales coloquios una de esas querellas que acaban a trastazos en una u otra forma.

Amistosa y casi familiarmente se elabora la intriga, ya sea de las que tienen amplio teatro en la sesión *coram populo*, ya de las que se desarrollan en el tapadizo de las secciones. Pasaron aquellos tiempos en que progresistas y moderados, los dos bandos irreconciliables, tenían partido el campo en el salón, y los unos conferenciaban a la izquierda, los otros a la derecha, sin cambiar una palabra; ni siquiera el saludo. Hoy todos son amigos; a la antigua *división de plaza*, ha sustituido una fraternidad y compañerismo que sancionan en cierto modo la intriga y le quita todo carácter tenebroso. Verdad que este progreso ha desvirtuado un poco los caracteres, relajando la moral política. Pero en cambio, hay la ventaja de que toda trama, por intrincada que sea, se deshace más fácilmente.

Los periodistas completan la misión de estos grupos, y son en rigor los que le dan toda su gracia. Ellos van en busca de información. De allí sale lo que por la noche o al día siguiente se escribe

bajo el rótulo de *círculos políticos*, o cosa tal. Los círculos políticos son los grupos del Salón de Conferencias o del *restaurant*, amén de las reuniones que a última hora suelen tener los *chicos de la Prensa* en algún café o chocolatería.

Entre los periodistas la fraternidad es mayor aún que entre los diputados. Desde los carlistas a los republicanos, todos son amigos y compinches. Hay entre ellos muchachos muy aventajados. El periodismo suele ser aquí, y creo que en todas partes, el noviciado de la política. Muchos redactores de los principales diarios salen a diputados y ocupan después puestos de importancia. Raro es el hombre político que no haya hecho sus primeras armas en la Prensa. Muchos proceden del foro. También hay médicos, ingenieros, arquitectos.

Las informaciones que los periodistas obtienen con esfuerzos de lengua y pies y manos en el Salón de Conferencias, no siempre se ajustan a la verdad. Hay en esto, como en todo, conciencias escrupulosas y conciencias anchas. No puede negarse que la Prensa madrileña resulta bien informada en todo lo que es de carácter personal. De fijo no se le escapa si un personaje político está más o menos acatarrado, si habló o no habló con el presidente, si está de mal talante porque no le han complacido en tal o cual cosa. Gracias a un periodismo diligente y a la febril actividad de los *reporters* sabemos todas las mañanas multitud de noticias referentes a menudencias de la vida política, que en

rigor no interesa a nadie. Pero ellos no tienen la culpa de que en el país no surjan cuestiones de verdadera gravedad; que no tengamos guerra con ninguna nación, ni siquiera con Marruecos; que no haya tampoco ninguna cuestión interior concreta de notoria importancia nacional. Por esto, la información periodística no es, en buena cuenta, más que chismografía, manjar propio de paladares extragados.

Los ministros rara vez son vistos en el Salón, como no sea de paso, y apenas se detienen, porque se formaría en torno de ellos un grupo tan apelmazado, que no podrían dar un paso. El presidente del Consejo (Sagasta) pasa por allí como un relámpago, saludando a todos con su habitual *bonhomie*. Es hombre tan campechano, que se atreven a interrogarle con la mayor franqueza los periodistas más humildes. Y no es persona que rehuye la familiaridad, pero ésta no quebranta en él la estricta discreción, virtud que posee en alto grado. Dice lo que le conviene, y se calla lo que debe callar. El otro presidente (Cánovas) no es tan accesible a la curiosidad de los periodistas. Son muy pocos los que se atreven a interrogarle, conociendo el mal genio que gasta, y la altanería que suele usar. Hay *reporters* tan audaces, que intentan asaltar la impenetrable fortaleza del carácter de don Antonio, mal acostumbrados por la llaneza progresista de don Práxedes.

III

El salón de sesiones es aburridísimo, cuando el de Conferencias rebosa de animación y bullanga. Abrese la sesión a las dos, casi siempre sin número bastante de diputados, y si hay alguno que reclame la aplicación del Reglamento, el presidente se ve obligado a aplazar la sesión. Pero esto sólo pasa en días de marejada obstruccionista, y comunmente empieza el debate ante media docena de padres de la patria. La primera parte de la sesión se destina a preguntas, una de las más calamitosas corruptelas del Reglamento, pues se reduce a que los diputados pidan desde su escaño tales o cuales documentos, que el ministro promete traer, y luego no los trae, y el otro los vuelve a pedir. Son las preguntas un medio de satisfacer vanidades de campañario, sin más objeto que hacer en el *Diario de las Sesiones* la preguntita o la reclamación para que la lean *los del pueblo* y vean qué interés tan grande inspiran al diputado los asuntos de su distrito. Menudea también en esta hora la presentación de exposiciones. Los ministros hacen un papel bastante desairado, contestando a tanta impertinencia y prometiendo lo que ya se sabe que no han de cumplir.

Siguen las interpelaciones, entre las cuales las hay de carácter puramente comunal. Las de carácter político ofrecen gran interés. Y por fin se entra en la orden del día, la discusión de un proyecto de

ley de... Del grado de vehemencia y saña que tenga el debate depende el interés de la sesión. Si no se atraviesa ninguna cuestión personal o algo que ponga en peligro la vida del Gabinete, la tarde resulta fastidiosa, los escaños están medio vacíos y en las tribunas hay poca gente.

Pero si se trata de algo que huela siquiera de lejos a crisis, aunque la cuestión sea en el fondo de las más baladís, ya tenemos los bancos *au gran complet*, hasta el punto de que hay diputados que no hallan donde sentarse, porque los senadores se apoderan de los huecos sobrantes, y hasta se dificulta el paso para entrar y salir. Hasta los porteros demuestran por lo que se discute un interés que no se aviene bien con sus uniformes de servidumbre palatina, y los maceros mismos, rígidos dentro de sus dalmáticas, parecen estatuas de la atención.

No quiero dejar de decir algo de las tribunas. La pública está casi siempre llena de pueblo. Por San Isidro es difícil penetrar en ella, porque los forasteros que vienen a la feria en los trenes baratos, y son designados con el nombre de *Isidros*, ni a tiros se vuelven a su lugar sin ver las Cortes, y allí se están haciendo cola en la calle del Sordo hasta que les toca el turno y entran, y ocupan su sitio con gran compostura; y allá se están hasta el fin de la función, abriendo medio palmo de boca, oyendo con deleitación lo que se dice, aunque no entiendan una palabra.

En la tribuna diplomática se ven algunos señores

que van allí a pasar un ratito, si hablan buenos oradores, y son los únicos instalados con holgura. En las tribunas de orden y en la de señoras no cabe la punta de un alfiler. Hay señoras de alta extirpe, a quien bien podemos llamar abonadas, porque no faltan nunca a las sesiones de interés; otras van cuando habla el esposo, el hermano, el primo, el amigo. Van las mamás, cuando el niño recién salido a la vida política hace sus primeras armas con un discursito bien preparado. Van muchas otras sin más objeto que ver y admirar la sesión y el tumulto que se forma, y todas salen disgustadas cuando no se arma un grave alboroto.

IV

Debo indicar, ante todo, que si no hay Cámara en el mundo donde el reglamento tenga menos recursos para atajar los desbordamientos de la palabra, tampoco la hay donde la palabra sepa contenerse mejor dentro de los límites que impone la cortesía. Aquí no se recuerda ningún caso de cruzarse entre los diputados frases soeces y malsonantes. Bofetadas, tengo por cierto que jamás se han dado ni tampoco recibido en nuestro Parlamento. Los altercados de carácter ultrajante que diariamente ocurren en las Cámaras francesas, aquí no son ni siquiera posibles. Suelen cruzarse, sí, frases agresivas, más duras por la intención que por la forma; pero el presidente les pone correctivo al instante. En gene-

ral, la autoridad presidencial es unánimemente respetada, así por los ministeriales como por los de la oposición. Los debates rarísima vez son destemplados e inconvenientes, y cuando lo son, fácilmente retiran los oradores toda palabra ofensiva.

En cambio de esto, tenemos la desgracia de que en ningún país del mundo se habla tanto. Los Presidentes no aciertan a limitar el uso inmoderado de la palabra; no se atreven a ello, porque el divagar y el amplificar sin medida ha adquirido fuerza de costumbre, y contra las costumbres nada puede la razón. Si, alguna vez, un presidente ha intentado cortar los vuelos a la oratoria de muchos que saben cuando empiezan, pero no cuando acaban, bien pronto se ha declarado vencido, viendo en el remedio mayores males que en la enfermedad. En fin, que en esto de los discursos largos no nos gana nadie, y si la felicidad de un pueblo se midiera por los kilómetros de texto impreso que publica el *Diario de las Sesiones*, no habría en el mundo país más venturoso que el nuestro. Justo es añadir, no obstante, que hay en nuestro Congreso brillantes oradores en todos los géneros de la retórica política; pero también es cierto que los tenemos insustanciales, hueros, y por añadidura de una facilidad lastimosa para enjaretar cláusulas sin decir nada de provecho.

El llamado *banco azul*, que ocupan los Ministros, y en el cual quisieran sentarse todos los españoles, está a la derecha de la Presidencia, en el hemiciclo. En el primer asiento veréis al Presidente del Con-

sejo. Cánovas no asiste sino a las sesiones de interés político. Sagasta es más asíduo, y presencia la discusión con flemática serenidad, risueño casi siempre, y sin asombrarse de nada, como hombre que ha visto tantas y tan extrañas cosas en su larga vida política. A cuantos pasan por allí, sean ministeriales o de oposición, les obsequia con caramelos, de los cuales siene gran repuesto siempre. Acoge los saludos de todos con exquisita amabilidad, que es uno de sus principales resortes de Gobierno. Cuando la sesión es larga y fastidiosa, toma posturas de colegial desaplicado que se aburre en el salón de estudio. A veces, descansando la barba en las manos, parece un gato en acecho; pero su rostro no tiene expresión de ferocidad; antes bien, de sagaz y burlesca malicia.

Detrás de los Ministros se sienta la comisión que ha informado sobre el asunto que se debate, si es proposición de ley; y siguen en los bancos escalonados, los diputados de la mayoría, lo que en el *argot* político se llama *el montón anónimo*. Los hombres más caracterizados, los que no pueden vivir sin capitanear un grupito más menos grande y revoltoso, tienen asiento fijo; los demás se colocan desperdigados aquí y allí, en torno a los caciques o sueltos. Los que no figuran en el *Diario de las Sesiones* mas que con las lacónicas fórmulas de *sí* y *nó*, como algunos que yo conozco, suelen sentarse en la primera fila del hemicírculo, frente a los Ministros, para tener la salida franca cuando se aburran, cosa frecuente.

Ocupa la mayoría dos tercios próximamente de los escaños semicirculares, porque el sufragio de los ciudadanos parece que cuida escrupulosamente, por ley incomprensible, de repartir las fuerzas en la proporción indicada. En el centro del semicírculo, bajo el gran reloj que marca las horas de sesión, suele sentarse el grupo disidente, que nunca falta en nuestras Cortes, los diez, o quince, o veinte que amenazan suspenderse de la mayoría, y suelen suscitar dificultades, hasta que les dan una cartera, si se las dan, o hasta que se cansan, si ha cansarse llegan. Sigue luego el montón de conservadores (cuando mandan los liberales), o de liberales (cuando gobierna Cánovas), montón nutrido, dispuesto siempre a la contienda, compuesto de lo más granadito del partido. Y a continuación, en la extrema izquierda, se sientan los republicanos, frente por frente al banco ministerial. Ellos constituyen la oposición fundamental, como los conservadores son la oposición accidental o transitoria. De los asientos de los conservadores, a pesar del común interés monárquico, salen los grandes tumultos, las querellas apasionadas. De la extrema izquierda salen ataques que levantan quizás más polvareda, pero que causan menos víctimas.

En tiempos liberales, Cánovas es el Júpiter de la oposición. Su elocuencia de primer orden, ceñida y revestida de formas sobrias y elegantes, conmueve siempre a la Cámara, y atrae gran concurrencia al salón. El fogoso Pidal, Romero Robledo, maestro

en artes de guerrilla, Silvela, lidiador de cuidado, producen a veces grandes efectos, pero no llegan a determinar la emoción profunda, que depende, más que de las cualidades retóricas, de la autoridad del orador.

Los republicanos tienen oradores de gran empuje, descollando entre ellos Azcárate, dialéctico de primer orden, hombre de probada rectitud. En las actuales Cortes, Salmerón con su grandilocuencia puritana, hace más efecto en las tribunas que en la Cámara. Pí y Margall es demasiado austero en sus principios y harto clásico en su oratoria para conmover hondamente. Castelar habla ya muy contadas veces; y después de haber licenciado a su grupo para que se una francamente con los liberales monárquicos, es casi seguro que su incomparable palabra se ha de oír muy poco.

V

Las interrupciones son la salsa picante de una sesión borrascosa. Hay quien tiene la especialidad de las interrupciodes oportunas, así como de las réplicas atrevidas. Lo que el debate se anima cuando la controversia reglamentaria se convierte en diálogo vivo, no hay para qué decirlo. El Presidente repica que es un gusto, y se han dado casos de romper varias campanillas sin resultado alguno. El público de las tribunas se entusiasma de tal modo con

las interrupciones y réplicas, que si no las hubiera asistiría mucha menos gente de la que asiste.

En nuestra historia parlamentaria hay interrupciones que se han hecho célebres, quedando en la memoria de todos, como monumentos del arte oratorio. Tales son algunas de Ríos Rosas y González Bravo. Comunmente esta parte picante y humana de la discusión, consta en el *Diario de las Sesiones*; pero algunas veces, cuando los dimes o diretes han sido impertinentes o de mal gusto, no van a la imprenta. Porque ha de saberse que los diputados que tienen interés en ello, corrigen sus discursos en la redacción del *Diario*, en términos que a veces de lo que se publica o se habló, va tanta diferencia, como de lo vivo a lo pintado. Oradores incorrectísimos aparecen en el *Diario de las Sesiones* expresándose como Jovellanos o Martínez de la Rosa.

Otros atenúan la crudeza de sus frases, y algunos modifican los pensamientos hasta el punto de decir en letras de molde lo contrario de lo que salió de sus labios.

En toda discusión de principios, así sean estos de los que entrañan los más sagrados derechos de los pueblos, el salón de sesiones suele estar medio vacío. Los grandes llenos son cuando salta una interpelación, que no es más que el pretexto para desunir a la mayoría, o para poner en aprieto grave al Gobierno.

Si surge cualquiera cuestión de orden público; si un Ministro, ya por verdadera divergencia de ideas,

ya por mal humor o displicencia de carácter, no se lleva bien con sus compañeros, la sesión es un lleno completo, y las fuertes emociones son seguras.

Antiguamente, es decir, hace algunos años, cuando se discutía el presupuesto, era ya cosa sabida que no asistía ni un alma a la sesión. Las tribunas vacías; los escaños rojos, poco menos. El orador dirigía sus peroratas, por lo común soberanamente fastidiosas, a los bancos, y a dos docenas de diputados, que iban allí a dormir la siesta. Hasta los maceros se aburrían, y el vicepresidente se habría dormido también si no le hicieran la tertulia los secretarios. En el banco azul no se veía mas que al Ministro de Hacienda, obligado a la asistencia por razones de su cargo.

En la tribuna de la prensa, algún redactor de los que tienen a su cuidado las cuestiones financieras, y pare usted de contar.

Sobre esta soledad tristísima de la discusión de los presupuestos, han hablado mucho los que practican la política sentimental. «Ah, es una vergüenza que el Parlamento esté vacío cuando se tratan en él cuestiones que tan de cerca afectan a los sagrados intereses, etc...» De esto procede en realidad el descrédito del sistema parlamentario. Pero hay que ser justos. Las cuestiones de hacienda no interesaban... Y no interesaban, porque los encargados de presentarlas al país, no sabían revestirlas de amenidad. En aquellos tiempos, el periodista encargado de tratar los temas de hacienda era, en todos los

diarios, el más tonto de la redacción, el que no servía para otra cosa: más claro, el que no servía para nada.

En el Parlamento, combatían o defendían los presupuestos diputados *especialistas*, bastante peritos en manejar los números; pero sin habilidad bastante para dar a las cifras un carácter comprensible. El atraso era grande, pero el más atrasado era el público, el país, que no paraba mientes en tales cuestiones, que no les daba importancia, por creer tal vez que todo era una fórmula nueva, y que la hacienda, con este y el otro Gobierno, con estas y las otras ideas, siempre estaba lo mismo, es decir, mal.

Hoy ha cambiado todo. Desde los principios de la Regencia, las cuestiones financieras interesan y casi casi apasionan. La discusión de presupuestos suele ser muy concurrida, y no faltan en ella incidentes y emociones. El fenómeno debe atribuirse a un progreso natural y lento, a que el país ha comenzado a fijarse en lo que antes le era indiferente, a que hombres de grandísima capacidad desentrañan hoy el problema financiero. La prensa viene dando la norma de esto, que bien podría llamarse evolución, tratando con inteligencia, y por consiguiente con amenidad, cuestiones que antes languidecían en manos de un redactor de indigesto estilo.

VI

Para completar este bosquejo descriptivo de nuestro Parlamento, conviene añadir, que en él hay además de la pléyade de retóricos brillantes, oradores melodramáticos, oradores lúgubres y oradores graciosos. De estos, los más chistosos son aquellos que no sospechan su propia vis cómica, que creyendo hablar seriamente, hacen desternillar de risa a todo el mundo. Los más admirados son los oradores a quienes se tiene por hombres *de mala intención*, los que usan frase acerada y hoja sutil damasquina. Pasaron los tiempos de estilo florido, que tanto entusiasmo causaba a la generación precedente.

Cuando algún trasnochado se sale con estas anti-guallas, es casi seguro que oirá murmullos y siseos. Pero el tipo de orador que más abunda, es el que se puede considerar como fruto natural de nuestras corruptelas parlamentarias, el que habla de todo con cierta corrección y gran facilidad, hilvanando oraciones, hinchando la frase, todo acompañado de maneras y gestos que forman, digámoslo, su escuela. Estos, después de llenar cada día muchísimas páginas del *Diario de las Sesiones*, concluyen sin haber dicho nada de provecho. Rara vez encuentran público estos habladores. Y, por fin, hay otros que tienen la inapreciable elocuencia del silencio, representantes del país que nunca dicen esta boca es mía, como no sea para pronunciar los sacramenta-

les *sí* y *no* de las votaciones. Conozco y he conocido muchos de estos tipos, apreciables bajo todos puntos de vista, muy queridos de los Ministros, y de reconocida utilidad para el prestigio del sistema, porque con ellos las cuestiones se votarían sin discusión, que a la postre sería quizás lo mejor. Mas por una de esas aberraciones tan propias de nuestra edad retórica y discursista, el diputado mudo, sostén discreto de las situaciones, es el que menos atienden los Ministros. ¡Ley trágica de la humanidad! Los dispensadores del favor ministerial desdennan al que los sostiene sin molestarles, y atienden al que continuamente los tiene en jaque y no perdona ocasión de ofenderles con una oposición tenaz.

El diputado discreto es, pues, una figura decorativa en nuestro Parlamento; hace política platónica; es la infantería disciplinada, el héroe oscuro de las batallas; pero suele concluir la legislatura quedando mal con sus electores. Triste signo de los tiempos.

Demás está añadir que por el íntimo enlace de la vida parlamentaria con la vida centralizada administrativa, el diputado viene a ser un agente político del distrito que le ha elegido; tiene que gestionar multitud de asuntos de interés local, dar colocación en alguno que otro destinillo a los parientes del cacique, y para todas estas cosas no tiene más remedio que mendigar el favor y la benevolencia del consejero de la corona; que éste no hace caso mas

que de los diputados habladores, de los que mantienen siempre vivo el sagrado fuego de la controversia parlamentaria, ya lo dije y no necesito repetirlo. Por esto, yo aconsejaría a cuantos quieran lanzarse a la vida política, que se guarden muy mucho de hacerlo, si antes no han aprendido el arte de hablar de todo con desparpajo, de interpelar a los Ministros con arrogancia, de hilvanar frases y más frases, amplificando el estilo y diluyendo las ideas en un mar de vocablos comunes. Si hacen esto, aunque sea sin pretensiones de adquirir el laurel oratorio, bien van por el camino del Parlamento. No resultaría desairado su papel de representantes de la patria, ni los influyentes del distrito les tacharían de indolentes o poco menos. Pero si se hallaren con el gusto bastante estragado para abusar desahogadamente de la palabra humana, gastando prodigiosas cantidades de saliva, más vale que no se metan en estas danzas, y se queden en sus casas cuidando de la familia, si la tienen, u ocupados en cualquier arte ú oficio.

De este bosquejo, que a falta de otros méritos tiene el de la sinceridad, sacarán quizás la consecuencia de que el parlamentarismo es un mal, y que debe ser arrancado de raíz. No; mil veces malo y todo plagado de imperfecciones, debe subsistir. Los males de su supresión serían infinitamente mayores que los de su existencia. Espanta el considerar lo que resultaría sin la fiscalización constante, a veces abusiva, es cierto, que ejercen las Cortes sobre los

actos del Gobierno. Gracias a esta fiscalización, que por las intemperancias de palabra es a veces intolerable, todo se sabe; no hay, no puede haber misterios en el Gobierno. No existe error por pequeño que seá que no salga á relucir. La publicidad extraordinaria que el Parlamento da a la vida política, la luz que arroja sobre todo, le absuelve de sus grandísimos defectos y de las innumerables fallas de su complejo mecanismo. Por eso hay que decir de las Cortes, como de las gallinas: «que vivan, aunque vivan con su pepita.»

El elegante

I

¡Modas de hombre! Siempre que veo en algún periódico, al frente de un artículo de actualidad esta frase tiemblo de gozo. *¡Modas de hombre!* Cuando la Prensa se ocupa de esta interesantísima cuestión, me digo, es que hay proyecto de reforma. Creo que de cuantos problemas agitan la conciencia humana, ninguno es tan grave como el de nuestro vestido, el más incómodo, el más antiestético y dispendioso que la humanidad haya podido inventar; y siempre que corren vientos de reforma, una dulce esperanza alienta mi espíritu.

Causa verdadero asombro que un siglo tan práctico, que ha realizado los inauditos prodigios de la locomoción rápida, de la higiene, de las aplicaciones del fluido eléctrico, que tiende a suavizar las asperezas de la vida y a limpiar de abrojos todos los senderos de este valle de lágrimas, no haya puesto mano en la reforma de nuestro vestir, y que en

vez de simplificarlo lo complique de día en día de tal modo que no vemos ni siquiera un rayo de esperanza. Todo cae bajo la acción crítica de la innumerable falange de filósofos y sabios que tenemos para que nos ilustren sobre las diferentes cuestiones concernientes a nuestra vida física y espiritual. Sobre todo, hay disputas sin término; la cuestión social, el matrimonio, la propiedad, las subsistencias, etc...; de todo se habla menos del vestido, como si este fuera una obra perfecta, en la que no se debe poner mano. La humanidad gime sufriendo suplicio con los diferentes instrumentos de tortura que se llaman levitas, corbatas, pantalones, sin que salga por ahí un redentor que predique una *cruzada de ropa*. Ni aún ese odioso aparato inquisitorial a que damos el nombre de *sombrero de copa* tiene los destructores que merece. La humanidad civilizada lo soporta, reconociendo su inutilidad, sin que aparezca por parte alguna el Cristo de esta redención. ¡Cuántas revoluciones se han hecho con menos motivo! La de la ropa tendría la ventaja de no ser sangrienta y en ella no se esgrimirían más armas que las tijeras ni habría más clase perjudicada que la hasta cierto punto respetable de los sastres y modistas.

No puede uno menos de reír al considerar cuán grotescos y desgarbados hemos de ser a los ojos de las generaciones venideras, cuando estas se enteren por las estampas de nuestras honrosas fachas. Todos los trajes de la antigüedad nos parecen bonitos.

El nuestro nos parecerá seguramente horrible visto a distancia de un par de siglos. Somos, por el traje, los mayores mamarrachos que han visto las edades desde la famosa hoja de higuera o de parra, rudimento de vestido, que aún es última moda en algunas regiones del planeta.

No hay que hablar del color de nuestras ropas, porque en esto la tontería y la insulsez son el único criterio del hombre del siglo XIX.

Hemos proscrito el color, adoptando el negro o los antipáticos tonos de cenizas y los grises y asfaltos más feos que es posible imaginar. Gracias que las mujeres, más artistas que el hombre, han conservado el color; nosotros, preocupados tan sólo de afectar una seriedad estúpida, nos forramos de trapos que imitan la tierra de los caminos, el polvo y las telarañas de un desván o el siniestro pelaje del lobo y del gato montés. Hemos desterrado las tonalidades vivas, tan apropiadas a la juventud, las joyas, las plumas; nuestros mozalbetes se forran del mismo paño negro y fúnebre que reviste la personalidad del clérigo o del magistrado. Nos parece de mal tono la alegría y vemos en lo pintoresco un crimen contra esa gravedad asnal que queremos imponer a nuestras personas. No nos fijamos para nada en la naturaleza y despreciamos las lecciones de esta gran maestra, que nos enseña la luz, la vida, la animación; y nosotros, apegados siempre a las tinieblas, a la muerte o a la tristeza.

II

Dejando a un lado nuestros errores en lo que al color se refiere, examinemos sólo la forma de nuestros trajes. ¿Pero, qué examen ni qué niño muerto, si cuantos esto lean han de estar viendo en sí mismos el adefesio que habríamos de describir? No hacen falta descripciones. Cada cual siente en su cuerpo el estado de la molestia de la ropa que nos vemos obligados a usar, y en cuanto a lo detestable de la forma, bien a la vista está. ¿Quién no ha renegado alguna vez del pantalón, esa pierna sin gracia que imposibilita los movimientos de la rodilla, nos molesta para andar y para sentarnos y carece de toda elegancia? Debe haber sido inventada esta horrible vestimenta por quien tenía interés en disimular imperfecciones de la pierna. Los que deban a la naturaleza una pierna de airoas líneas no pueden lucirla. De aquí proviene la decadencia de la escultura en el arte moderno y el total abandono del desnudo. Ya no hay formas humanas, y si existen, las disimulamos con un poder verdaderamente sacrilego, encubriéndolas con desairados trapos. Ya no hay belleza corporal y tendemos a una igualdad estúpida, sometiéndonos a las exigencias de los deformes o encanijados.

Otras partes de la humana vestimenta son aún más absurdas. Convengamos en que nada hay más extravagante que las camisas almidonadas. Sin duda, el que las inventó debe estar en los infiernos ex-

piando con torturas semejantes a su diabólico invento el daño que ha causado a la humanidad, porque el almidón, atiesando la tela y convirtiéndola en caparazón, nos hace crustáceos y somete nuestra pobre carne a indecibles tormentos.

Caprichos hay de la moda que tienen alguna defensa, ya por su relativa comodidad, ya por razones estéticas. Lo que no puede defenderse es el cuello almidonado, con el aditamento de la inútil corbata y la insufrible pejuguera de los botoncitos y gemelos. Las maldiciones que de bocas masculinas han salido por causa de aquellas engorrosas prendas de vestir, bastarían a encanallar a las clases distinguidas de la sociedad. Puede asegurarse que de muchas blasfemias que degradan la lengua, poniendo en peligro de condenación a más de un fiel cristiano, tienen la culpa los malditos cuellos y los nunca bastante execrados botoncitos.

Llegamos, por fin, al coronamiento de esta obra absurda, al sombrero de copa, que no es más que un tubo de chimenea que encajamos en nuestro cráneo para aumentar la estatura. En general, cuantos mamotretos ha inventado el europeo para cubrir la cabeza, son horribles. Si es ridículo el sombrero de copa, los de los generales no le van en zaga, y espantosos son los bonetes de los magistrados y las mitras de los obispos.

El hongo, que no es más que una atenuación del sombrero alto o redondo, también debe ponerse en la categoría de los adefesios. Uno y otro ofenden

con su dureza, no dan sombra a los ojos, caldean la cabeza con su negrura y son de una forma antipática. La invención del *gibus* o *claque* no es más que una perfección de lo malo, pues armado es más feo aún que el cilindro de fieltro y cerrado parece que es un plato tan molesto de llevar como la misma *canoa* o chistera. Digámoslo de una vez: de cuantos adminículos usan los europeos para llevar en la cabeza, lo único razonable es la boina, ligera, flexible, elástica, airosa y fácil de llevar en la mano cuando no la llevamos en la cabeza. Pero vaya usted a convencer a nuestros elegantes de que deben salir por ahí de boina, que verdaderamente no arma bien con las levitas ni armoniza con los gabanes.

Dirigiendo una rápida ojeada a todos los pueblos que no se envanecen de poseer la civilización en el mismo grado que los pueblos europeos, se ve que visten mucho mejor que nosotros. Los árabes, los indios, los chinos y japoneses visten cómodamente y con más estética que nosotros. El europeo, hay que declararlo, es el primer mamarracho del siglo y su traje no cunde ni se propaga por los pueblos semi-bárbaros de occidente, porque estos reconocen su superioridad en materia de vestir. El europeo se asa en verano con sus chalecos inverosímiles y sus cuellos de cartón y en invierno se muere de frío dentro de los gabanes más o menos rusos y bajo el ala dura del sombrerete que, batido del viento, es una causa continua de jaqueca. Los pueblos inferiores son, en esta materia del vestir, de una supe-

rrioridad incontestable, y además no tienen modas, visten siempre lo mismo, no conocen este vértigo insano del cambio de forma en cada estación, porque así cuadra a los intereses de unos cuantos mercaderes de trapos.

III.

La gravedad del problema indumentario de nuestra época no se comprende en toda su grandeza sino cuando se trata de determinar la revolución que Europa entera reclama. Todos estamos plenamente convencidos de que nuestro vestido no puede ser peor ni más feo. Bien; hasta aquí muy bien: estamos en perfecto acuerdo cuantos sufrimos las increíbles pecheras y los insoportables sombreros de copa.

Pero si el voto unánime condena el vestir actual, no hay ni asomos de acuerdo cuando se trata del nuevo traje. La dificultad del cambio es tal, que a ella sola se debe el *statu quo* que prolonga indefinidamente nuestro martirio. ¡Cuántas veces, hallándome en un círculo de artistas, les he planteado la temida cuestión! Todos convienen en que debemos vestir de otra manera. Pero, ¿cómo? ¿Adoptaremos alguno de los trajes antiguos, inventaremos un traje nuevo?

Hay quien no acepta la reforma sino sustituyendo las actuales prendas de vestir con el traje romano. ¡Oh, aquello si que era cómodo y, al propio tiempo, elegante! ¡Quién nos vería embozados en

las airosas togas, con media pierna al aire! Es cosa de morirse de risa sólo de pensarlo... Otros preconizan la trusa y el chambergó como lo más bonito y al propio tiempo fácilmente adaptable a la estructura de nuestro cuerpo. Los anchos gregüescos hasta la rodilla, con las calzas y borceguíes, que serían botas en tiempo de lluvias, sustituirían con gran ventaja el moderno pantalón, que sólo sirve para recoger el fango de las calles en invierno y el polvo en verano. Las ropillas y ferreruclos sustituirían, también con indudable ventaja, a los chalecos y levitas y en cuanto al sombrero, no hay que decir que nos caería mejor y nos ampararía del sol y de la lluvia con más eficacia que estos tubos o tapaderas de cartón que hoy usamos. Lo único que no podría admitirse sería la engomada golilla de cangilones, no menos dura y engorrosa que los cuellos modernos, y sólo podría admitirse la valona de encaje, caída y sin pliegues, de fines del siglo XVII, como se ve en los cuadros holandeses y en los de la época de Van Dick. Ciertamente que este traje pide el uso de las armas, y como el vivir moderno no consiente que los caballeros vayan por esas calles arrastrando un metro de hierro, el vestido a la chamberga resultaría incompleto y por consiguiente desairado.

Hay quien preconiza el traje árabe de los marroquíes y argelinos no civilizados, modificando las telas en armonía con la elasticidad del clima europeo. Hay quien adoptaría de buen grado la usanza

india en el país de los rajahs, y por último, quien ve la solución del problema en el caftan y botas de los rusos.

En lo que todos están de acuerdo es en ver la perfección del traje en las órdenes religiosas.

Los frailes nos dan una lección permanente de la perfección del vestir. Los hábitos reúnen a una comodidad probada ya por el uso de tantos siglos, la ventaja inmensa de la permanencia inalterable de la forma. En esto sí que no hay modas: un dominico de nuestros tiempos viste lo mismo que vestía el propio fundador Santo Domingo de Guzmán o en épocas más recientes San Pedro Martín o San Pedro Arbués. ¡Y qué vestimenta más cómoda! Es cosa que da envidia la facilidad con que un fraile se viste y se desnuda. Sus movimientos, al andar, no son entorpecidos por la ropa. Su cuello está libre; va bastante abrigado y bastante fresco sólo con aumentar o disminuir el calibre de la ropa interior, y sobre todo, y aquí viene lo más envidiable, no tiene que preocuparse de si este año se llevarán los pantalones más o menos angostos o de si las levitas llevan una o dos filas de botones. Bajo este especialísimo punto de vista, convengamos en que es un gusto ser fraile. ¡No pensar en lo que *se lleva* y en lo que *no se lleva*; no tener que afligirse porque su gabán sea un poquito atrasado de moda; no enterarse de cómo es el último figurín, y no lidiar con sastres...! ¡Y luego habrá quien dude de la profunda sabiduría con que están instituídas las órdenes monásticas! Se me

figura que al fin hemos de venir a parar a esto, a adoptar unánimemente el traje fraileesco, única manera de protestar contra este vértigo de la moda y de mandar a paseo los figurines y a los industriales que los inventan para explotar nuestra candidez.

He notado que siempre que se discute en un círculo de personas más o menos ingeniosas la inevitable revolución indumentaria, se viene a parar en que para sacudir el ominoso yugo de los sastres inventores de modas no habrá más remedio que juramentarnos para vestir de frailes, despreciando las bromitas que han de acompañar a la reforma. Dentro de la uniformidad podrán los elegantes encontrar la manera de lucir sus bellas formas, si las tienen, o de distinguirse por la perfección del corte y la finura de las telas.

Dejemos a la mujer el reino gracioso de la moda. Varíen ellas sus trajes en cada estación para añadir nuevas seducciones a su belleza; pero concretémonos nosotros, sexo fuerte y grave, a cubrir la mísera humanidad con todo el decoro y toda la comodidad compatibles con una estética severa. Vistámonos de frailes, adoptando cada cual el hábito que más se avenga con su figura, edad y humor. Seamos todos dominicos, franciscanos, capuchinos barbudos o carmelitas lampiños; variemos los colores de los hábitos, usándolos pintorescos y chillones en la edad florida, grises o de tonos suaves en la madurez de nuestra vida y pardos o negros en la vejez.

Establezcamos la inmutabilidad de la forma, para dar en los hocicos a la caterva de sastres codiciosos y de modistas especuladoras; y para conciliar la unidad con la variedad, busquemos esta en el uso de diversas telas, según las estaciones, y en la facultad de adoptar el color más del agrado de cada uno.

Resumiendo: absoluta *unidad* en la forma, *libertad* en el color y en la calidad de las telas.

Las personas que viven para vestirse, que concentran toda su actividad y todo su pensamiento en el traje que han de ponerse por la mañana y en el de la tarde y noche, tienen en el hábito materia de lucimiento y de iniciativa, pues pueden usar, si quieren, un color para cada hora del día y de la noche. Abajo los cuellos almidonados, abajo las pecheras, abajo los botones, abajo, en fin, los sombreros de copa, que deben apilarse para pegarles fuego en señal de redención de la humanidad y de total termino de uno de los mayores suplicios que al han afligido en el curso de los siglos.

Y, para concluir, proponemos que, adóptese o no el hábito como signo de emancipación humana, el sombrero de copa debe prohibirse en absoluto y su uso considerarse como una transgresión de los principios de decoro social, condenando a unos cuantos días de cárcel al que cayese en la tentación de poner sobre su cabeza aquel antipático y odioso aditamento. Sólo se permitiría su uso en Carnaval, por el regocijo que ha de causar ver las caricaturas

humanas que con tan grotesca prenda salgan por esas calles. Entonces se podrá admirar la variedad de tapaderas que hemos usado y lo ridículos que hemos sido pretendiendo representar con ellas la civilización europea.

El veraneante

I

Agosto de 1893.

En este mes de los fuertes calores en que la vida física es imposible en la capital de España y en todas las de Provincias del centro y mediodía, ocurre como una suspensión de la vida social. Las Cortes están cerradas y la política en vacaciones, circunscrita a las noticias teleografiadas aquí y allá por los periodistas. En San Sebastián, hay algo semejante a una corte, pues está allí la reina, aunque vive sin ostentación, tomando baños; allí residen muchos personajes políticos, entreteniéndose sus ocios con la murmuración; allí familias sinúmero, de la sociedad matritense, continuando la vida de Madrid; pero pasada por agua.

Durante esta época de viajes y excursiones prescritas por la medicina o por la moda. o por el cansancio de la vida sedentaria, ocurre que no sabemos

el paradero de las personas con quienes nos une un lazo de amistad. «¿Dónde está Fulano? A dónde ha ido a parar Zutano?» A tales preguntas no es fácil contestar a veces, porque la dispersión es grande y repentina. Los expresos salen todos los días llenos de gente. En tanto, la prensa, no teniendo materia de importancia con que llenar sus columnas, da minuciosas estadísticas de las personas que llegan a los balnearios y a las playas. Por este recuento prolijo sabemos en qué aguas se refrescan nuestros amigos. Tal que creíamos en Panticosa, se ha ido ha ido a Santa Agueda, y el que suponíamos camino de Francia, se ha dirigido a las placenteras campiñas de Oporto. Tenemos en España tantos establecimientos de baños, que no hay público bastante para sostenerlos a todos, y así, cuando está muy lleno Ontaneda, *verbigracia*, aflojan Paracuellos o Arechavaleta. Hay que reconocer que, con raras excepciones, nuestros establecimientos balnearios no son modelo de confort; las aguas serán muy buenas, eso sí, y no habrá enfermedad que en ellas no se cure; pero las instalaciones cómodas, el vivir grato y sin molestias, es en casi todos ellos un problema que aún está por resolver. El sistema del edificio único para alojamiento de los bañistas e instalación de los aparatos hidroterápicos, puede ser considerado como un progreso si con las maneras y estilos antiguos de bañarse se le compara; pero no satisface las necesidades modernas. Los establecimientos son verdaderos falansterios, donde los huéspedes se hallan

sometidos a un régimen de colegio, y a distribuciones metódicas del tiempo, que excluyen toda libertad.

Horas fijas para bañarse, por turno obligado si hay mucha gente; hora fija para comer y cenar; hora de esparcimientos lícitos en el salón. Forman los bañistas como una familia, harto numerosa en muchos casos; la convivencia es continua, y si en determinados casos resulta grata, en otros no. El aislamiento, para ciertos caracteres indispensable, es allí imposible. No hay más remedio que identificarse con la vida colectiva, divertirse cuando los demás se divierten, recogerse a toque de campana, y soportar el ruido inherente a estas inmensas casas donde se alojan doscientas o trescientas personas, entre las cuales suele haber graciosos *profesionales*, que traen revuelta a toda aquella sociedad con sus humoradas, no siempre del mejor gusto.

Luego, la mesa redonda, que en algunos balnearios es de primer orden, en otros muy mediana, resulta hoy por hoy una de las instituciones más antipáticas de la culinaria moderna. No puedo menos de declarar que detesto la tal mesa redonda, con la interminable lentitud de su servicio, con la charla mareante de tantas y tantas bocas, no menos expeditas para comer que para hablar. En todo hotel de primer orden se ha suprimido ya esa comida *de pesebre*, puestos los comensales en dos filas que se contemplan una a otra, esperando el paso del mozo, *garçon* o *stewart* que nos sirve manjares, ya pico-

teados por el tenedor del que nos ha precedido. Ciertó que hay momentos agradables, según las personas que nos toquen en suerte en aquel *vis a vis* de dos o tres horas; pero también hay momentos de un inmenso hastío y de una languidez insopórtable.

La vida metódica es lo más cargante de nuestros establecimientos de baños. Por las noches no falta quien aporree el piano; se oyen las piezas más vulgares, cantos de señoritas entusiastas de la *musiquilla* de Tosti; hay baile, juegos de prendas, a veces un poco de prestidigitación, y cháchara ruidosa hasta muy tarde. Igual monotonía y régimen disciplinario privan en las excursiones vespertinas. Raro es el sitio de baños que no tiene en sus cercanías una gruta, una cascada o alguna otra maravilla de la naturaleza, que es forzoso ver y admirar en caravana. Suele ser cicerone algún bañista viejo, abonado desde luengos años al país, admirador tan fervoroso de sus bellezas, que para ponderarlas y enaltecerlas es capaz de marear a Cristo Padre.

Si se trata de una gruta, no hay que decir que tiene estalactitas, y que en su cavidad misteriosa se conservan signos, que permiten suponer fué habitada por unos caballeros trogloditas, hace miles de años. De todo esto nos enteramos, agregándonos a la reata de excursionistas. Tampoco falta un áspero monte que escalar, río en que la pesca de truchas constituye un aburrimiento con honores de insolação, o iglesia vieja en cuyos muros se ven inscrip-

ciones sepulcrales que descifra pedantesamente uno de los bañistas más tediosos. Ello es que la temporadita concluye dejando en nuestro espíritu un dejo confuso de impresiones desagradables; el bañero y la pila de baños, la mesa redonda, la gruta, las estalactitas y el barullo de tanta gente que no sabe vivir sino pensando al unísono y divirtiéndose a compás.

II

Los esparcimientos del verano llevan a muchos a las ciudades arqueológicas. Personas hay tan excépticas, que no creen en la hidroterapia mineral, y atribuyen la virtud salutífera del verano al cambio de clima, al reposo, al sosiego del ánimo.

Suelen estos dirigirse a alguna población de esas en que *hay algo que ver*. A esta clase de turistas me atrevo a recomendarlos con toda eficacia que cuiden mucho de evitar el caer en manos de un descifrador de inscripciones, o de un anticuario de esos para quienes la arqueología no tiene secretos. Si al partir les ofrecen una carta de recomendación para el sabio de la localidad, guárdense muy bien de admitirla, porque en esa carta llevan la clave del horroroso martirio a que ha de someterles quien se propone hacerles admirar a todo trance mil y mil cosas muy buenas, bellezas que se repiten hasta lo infinito y que son todas iguales. ¿Se contentaría el viajero con ver un bonito retablo? Pues el sabio de

la localidad le enseñará cuarenta o cincuenta, y se empeñará en que admire otras tantas piedras tumulares, y la víctima acabará por maldecir las edades pasadas en las cuales recae indudablemente la responsabilidad de toda la arqueología que ahora tenemos.

III

Para mí, creo que los veraneantes más felices son los que van a los puertos del Cantábrico, pues el Mediterráneo no es un mar, digan lo que quieran, bastante fresco en verano. Anda en muchos tratos con el sol y con los ardientes vientos de Africa para satisfacer nuestro anhelo de frialdad tonificante. En cambio, el Cantábrico parece algunos días acabadito de llegar del polo Norte.

Dejemos esto y sigamos la pista a los bañistas de agua salada. Diversos peligros amenazan a estos durante su residencia en las playas y villas costeras, y quiero precaverles contra ellos, como muy práctico en vida de bañista. Tropezarán indudablemente con personas aficionadas a la pesca, y serán fascinados por las artificiosas pinturas que les harán de aquel *sport*. No se dejen engañar, ni hagan caso de las tentadoras proposiciones de los fanáticos de la pesca, la cual viene a ser en pequeña escala, uno de los ejercicios más aburridos que existen, ya se vaya a ella con caña, ya con aparejo. ¡Ir a pescar! Esto fascina de un modo extraordinario al ba-

ñista de tierra adentro, que nunca ha visto las sardinas y besugos más que en el plato. Lo menos se figura él que las merluzas de a veinte libras y los corpulentos atrives están en los mares esperando que vaya un madrileño con sus manos lavadas á sacarles del elemento en que viven. Hombre hay que en cuanto le hablan de pesca, se entusiasma, y por la noche sueña que le muerde el anzuelo una ballena monstruosa, y que tirando, tirando de ella consigue cobrarla, y llevársela para su casa.

Los inocentes que caen en esta tentación piscatoria, pagan bien cara su flaqueza, porque empiezan por marearse, y después, arrojado el anzuelo con insistente codicia, o los peces no pican, o pican para arrancar del traidor aparato el cebo y comérselo impúnemente. El pescador ocasional es casi siempre víctima de una ilusión engendrada en la prosáica vida de tierra adentro; convencido de que el mar hierve de peces grandes y chicos, tiene de la inteligencia de estos una idea completamente falsa. No cae en la cuenta, hasta que la práctica se lo enseña, de que entre mil peces hay uno solo que sea tonto y se deje coger; que, en algunas especies, bien puede asegurarse que apenas habrá algún inocente por cada millón. La pesca de altura si que despierta interés; pero ¿quién es el guapo que se lanza mares adentro, hasta veinte millas de distancia, en compañía de unos cuantos marineros, dentro de una embarcación que apesta, por estarse un día entero entre las inclemencias del cielo y la mar?

Este es hermoso y rudo; pero no para estómagos delicados y temperamentos endebles.

La pesca de entretenimiento me ha parecido siempre una de las mayores tonterías imaginables, y no sé si el odio que sinceramente le profeso dependerá de que, en cuantas ocasiones arrojé un anzuelo al mar, no hubo un triste pececillo que me hiciera el favor de dejarse coger por mí. Confieso, además, la flaqueza de que cuando veo salir del agua al pobre animalito, enganchado horribilmente por la boca con el corvo hierro, el cual a las veces, le sale por un ojo, o por mitad del cráneo; cuando le veo colear ansioso y revolverse en los horrores de la asfixia, me pongo, sin poderlo remediar, de parte de la pobre víctima y en contra del cruel verdugo. De buena gana me constituiría en vengador de la inocencia, e impondría al pescador la pena de anzuelo, metiéndole un gancho por la boca y sacándoselo por mitad de la frente... ¡Qué horror!...

No sigo, porque este sentimentalismo en favor de los peces podría parecer de mal gusto, y un alegato en contra de la valiosa industria pesquera, que debemos respetar por los intereses que representa, y por la manifiesta protección que le dispensa la Iglesia católica. Si no hubiera pescado, no habría vigilia.

La residencia en las playas del Norte es deliciosa durante los meses de Julio y Agosto. Desde el Bidasoa al Miño hay un número considerable de pue-

blecitos encantadores, siempre frescos y alegres, cómodos hasta cierto punto, y rodeados de atractivos marítimos y terrestres. La vegetación es espléndida, el cielo gris, el ambiente dulce, la gente sencilla y bondadosa.

Las Vascongadas tienen, sin contar a San Sebastián, diversos puntos en que el *baño de ola* constituye una industria lucrativa. Deva, Motrico, Zarauz, Saturrarán, Zumaya, Lequeitio, Plencia, Las Arenas, Algorta, Bermeo. Sigue Santander con Castro Urdiales, Laredo y Santoña, el Sardinero, Cobreces Suanes, Comillas y San Vicente de la Barquera. Asturias tiene a Rivadesella, Llanes, Gijón, Caudás, Luanco, Salinas, Tapia, Pravia, Cudillero; y Galicia, los encantadores pueblecitos de las rías bajas, en que la temperatura es un poco más alta, el mar menos proceloso y la vegetación casi meridional.

IV

Pero en nada ha sido la naturaleza tan pródiga con nosotros como en el ramo de aguas minerales. Nos las ha dado de todas las clases imaginables, a gusto de la terapéutica que ve en ellas un fuerza medicatriz de mucha importancia. Verdaderamente, si las fuentes hidroterápicas tuvieran eficacia curativa, en España lo tendríamos todo menos enfermos, porque no hay provincia que no posea dos o tres manantiales salutíferos, y algunas cuentan más de veinte. De algunos años acá se ha generalizado

tanto el uso de las aguas minerales, que no hay nadie que no las haya probado para esta o la otra dolencia. Han sido el recurso fácil de la medicina moderna, por lo grata que su aplicación resultaba para los enfermos.

Los médicos parece que alivian al enfermo solo con decirle que vaya a baños. Y hay que reconocer que las señoras anémicas y nerviosas se sienten mejor desde que sus maridos resuelven emprender el viajecito estival. El acto de hacer el equipaje determina ya por sí solo una evidente mejoría. A pesar de todo se me figura que la fe en los baños minerales ha decaído un poco de algunos años a esta parte. Va cundiendo el escepticismo, reacción indispensable contra toda fe demasiado ferviente. Me acuerdo del entusiasmo que despertaban veinte años ha los baños de Alhama. Ningún enfermo que se estimase dejaba de pasarse allá una temporada y al volver era de buen tono suponer en aquellas aguas virtudes maravillosas.

Casi todos los reumáticos de España declaraban gozosos haberse dejado en Alhama la mitad por lo menos de sus dolores. La verdad era que la fonda, montada a la moderna, reunía bastantes comodidades. La gente se divertía; el viaje desde Madrid era corto, y de todo ello resultaba que las aguas atacaban al reuma y en los más de los casos lo destruían. Pasó el tiempo y la moda, que en todo se mete y todo lo dispone, llevó las mullitudes a otros balnearios. Hoy nos encontramos con tanto reuma como

antes, quizás por haber olvidado los reumáticos el camino de Alhama.

Antes hablé de la moda, y ahora repito que esta inconstante diosa representa un papel importantísimo en la terapéutica. Hace algunos años, la medicación sulfurosa estaba siempre a la orden del día. Todas las dolencias provenían del condenado herpetismo. De aquí la boga de las aguas más o menos cargadas de azufre. Hoy prevalecen corrientes muy diversas. Ya no es el herpetismo nuestro principal enemigo: ahora el demonio que atormenta a la humanidad es el misterioso reuma, unas veces manifestándose con agudos dolores articulares, otras en formas de dispepsias, jaquecas, debilidad y hasta de erupciones cutáneas. De aquí la preferencia que hoy se da a las aguas alcalinas, para corregir las irregularidades de la digestión. La anemia por un lado, el reuma por otro, ambos males quizás enlazados en su misterioso origen, afligen a la humanidad hoy, según opinión de los doctores modernistas. No más aguas sulfurosas. Vengan las alcalinas combinadas con los salicilatos y los reconstituyentes. ¿Es esto moda, o es, en realidad, un paso dado por la ciencia? No puedo responder a mi propia pregunta por carecer de autoridad para ello. No sé nada. Cuando uno goza de buena salud, a Dios gracias, puede permitirse el no tener opinión sobre estas graves materias.

Hay balnearios, a los que no llegan los caprichosas mudanzas de la moda. Panticosa, por ejemplo,

mantiene su reputación antigua y su clientela numerosa, desafiando las alternativas y cambios de la opinión médica.

Aquel rincón del Pirineo, verdadero nido de aguilas, es todos los años lugar de peregrinación para los enfermos del pecho, los tísicos incipientes y los dañados por pulmonías o pleuresias que dejan poco menos que inservible el aparato respiratorio. La fé en Panticosa subsiste al través de los años y prueba de ello es la constancia de los enfermos que acuden a aquellas aguas, desafiando las molestias del viaje por las soledades ardientes del alto Aragón. Panticosa no es un sitio agradable. Su altitud sobre el nivel del mar produce en los meses estivales bruscos cambios de temperatura. Al centro del día calienta horrorosamente el sol y después de las cuatro de la tarde desciende la temperatura, obligando al uso de capas y gabanes.

El país es desolado, pobre, poco abundante en víveres; desde la segunda quincena de Septiembre, el frío expulsa a los enfermos y en Octubre las nieves echan la llave al establecimiento, que queda envuelto en blanco sudario hasta Junio del año próximo. Y en esta residencia montaraz, y en este rudo clima, que parece inhospitalario para las naturalezas poco robustas, se curan los atacados de enflema pulmonar. Porque se curan, no cabe duda. Conozco a muchos a quienes la perseverancia en el viaje de Panticosa ha trocado de enclenques en vigorosos. Y sanos ya, siguen yendo por gratitud no

exenta de temor. Temen volver a las andadas, si abandonan el tratamiento anual de las maravillosas aguas. ¿La virtud de estas es efectiva? Parece que sí, pero tampoco lo aseguro. Dios me libre de tener que hacer la prueba por mí mismo.

El cesante

I

Bajo esta denominación tan lacónica como expresiva, «El cesante», se comprende toda una clase social, clase que se extiende desde las más altas a las más humildes categorías, que en todas ellas tiene individuos con muy diferentes fisonomías, aunque algo hay siempre que los unifica, el rasgo común, trazado por la desgracia, el sello de la inmensa familia.

La política ha engendrado este tipo; si bien en nuestro siglo, exclusivamente político, ha tomado su mayor desarrollo, también existió en pasadas épocas. Empleados hubo antaño; cesantes y por tanto pretendientes fueron nuestros antepasados pero el mal (que por mal hay que tener la carencia de medios de vivir) era entonces de carácter esporádico, no presentándose con carácter epidémico y asolador hasta que empezaron con tanto estruen-

do y saña las luchas políticas del siglo en que nos ha tocado vivir.

Al pintar el cesante, tengo que recorrer toda la escala. Cesante es el ex ministro, personaje de pretensiones que ha ocupado por más o menos tiempo uno de los siete puestos supremos de la administración. Cesante es el vigilante de consumos, expulsado del Cuerpo por capricho gubernativo. Entre aquel grande hombre caído y este infeliz, que pierde la pitanza, hay algo de común, el aire de familia, la desesperación y la inquietud. Se parecen en la febril ansiedad que les produce el recuerdo del bien perdido y en los esfuerzos por recobrarlo. Entre ambos términos de la escala, ¡qué variedad de tipos dentro de los caracteres inalterables de la clase!

La borrascosa vida política de este siglo, en que ha sido preciso destruir todo lo antiguo para edificar una sociedad nueva, es la verdadera generadora del cesante. En los tiempos en que la lucha era encarnizada, cada cambio político se traducía por un cataclismo social, con estruendo de gemidos, imprecaciones, ayes de dolor. Era algo como un desastre colosal, ocasionado por desórdenes graves en la Naturaleza, un terremoto, inundaciones, pestes. Se cambiaba todo el personal de la administración, desde el ministro al último escribiente. Llamaban a esto «racha». No se libraba nadie. El clamoreo de las enormes masas de cesantes entristecía la vida social, sin que neutralizara este lúgubre

efecto el júbilo de los triunfantes, que después de largo ayuno se sentaban a la mesa del presupuesto.

Innumerables familias quedaban en la miseria, la cual, no por ser disimulada con oropeles y aparatos fingidos de bienestar, era menos triste. Empezaba entonces una temible lucha por la existencia, pues el cesante de la administración no puede, ni sabe, ni quiere allegarse otras maneras de vivir. No ve la vida más que en la nómina, y cuando la nómina se acaba todos los horizontes se cierran para él. El período de desgracias solía ser largo. Para abreviarlo, unos se dedicaban a conspirar; otros, dotados de gran flexibilidad política, a pretender de nuevo.

Ya los tiempos, suavizando las costumbres políticas, han modificado este quita y pon del personal administrativo. Ya no hay «rachas». Liberales y conservadores respetan a muchos empleados, y el cambio inevitable es para los de carácter político: gobernadores de provincia, directores generales, subsecretarios. Hoy el número de cesantes ha disminuído notablemente; ya no se ven, como antes, aquellas partidas que ocupaban una fila de mesas en los cafés más céntricos; ya no se oye aquel clamor jeremiaco que ponía los pelos de punta. Pero entonces, como ahora, el cesante es un individuo que se cree desposeído de algo que le pertenecía por derecho de propiedad; un hombre que cuenta sus cuitas, creyendo interesar en su favor a la humanidad entera, y que no vacila en procurarse el

apoyo de cuantos pudieran de cerca o de lejos favorecerle.

El cesante famélico, el que se presenta como ánima en pena, solicitando juntamente con la recomendación para el ministro un socorro para atender a las necesidades de su familia, existe siempre. Pero hay que ponerse en guardia contra estos tipos, porque los hay falsificados, es decir, que más de un perdido toma el nombre de la administración para salir de apuros. El cesante que os cuenta con enojosos detalles la ingratitud del ministro, y la epopeya de una larga carrera burocrática, recompensada infamemente con una expulsión vergonzosa, es también muy común, como lo es el cesante proyectista y salvador de la Hacienda, en la cual ha servido veinte o treinta años, y que se deja decir que el ministro no nivela el presupuesto porque no quiere. Bastaría para conseguir el supremo fin llamarle a él y oír de sus labios la revelación de un secreto administrativo con el cual se saca dinero de las piedras. No una, sino muchísimas veces he oído al cesante arbitrista vanagloriándose de poseer la clave de la Hacienda. Se precia de saber que hay infinidad de propietarios que no pagan contribución, y de poseer las pruebas de estas y otras ocultaciones. Guarda papeles importantes, por los cuales se descubre en un periquete un sinnúmero de millones de riqueza escondida. Y por añadidura ha discurrido el hombre un plan completo de reforma de los impuestos, con el cual se llenan las

arcas del Tesoro, sin que se incomoden los contribuyentes. ¡Lástima que el ministro ignore todo esto! ¡Lo que se pierde su excelencia por no tener a su lado a quien podría salvarle del descrédito y asegurarle en la poltrona por incalculable tiempo! Pero el ministro, aunque por diferentes conductos, ha recibido noticias del inmenso favor que se le quiere prestar, continúa sordo y mudo, y el desgraciado cesante se pasea solitario y aburrido, contándole al cielo sus malandanzas, y consolándose de ellas con el recuerdo de Colón, con quien cree tener moral parentesco, porque si el uno adivinaba continentes, el otro adivina miles de millones, que andan perdidos por ahí, en las nieblas del desarreglo administrativo.

La Prensa era en otros tiempos un alivio para el pobre cesante, ligado a los destinos del partido, boyante cuando éste mandaba, muerto de miseria en los días de desgracia.

Verdad que en la mayoría de los casos el periódico del partido, como cesante también fuera del Poder, no podía matarle el hambre al desgraciado que en él buscaba un refugio. Pero si el cesante no cobraba, o cobraba muy poco, hallábase en contacto con personalidades importantes de su bando, y prestaba servicios que el día del triunfo le serían remunerados con largueza. No hay que decir que el redactor cesante, siempre consecuente con su papel de víctima, como tal se portaba en el terreno literario, y como tal escribía. Su pluma echaba ve-

nenos contra el partido enemigo y dominante; todo lo zahería y su oposición implacable no perdonaba cosa alguna. De este modo hacía méritos, manteniendo en el periódico el sagrado fuego de la indignación contra las ideas y las personas que le habían quitado el pan.

He conocido en la Prensa algunos redactores cesantes, que eran los soldados más batalladores del periodismo de mis tiempos. Pero los que no eran escritores de oficio, los que vivían acogidos a la redacción como en un asilo de beneficencia, y salían el día del triunfo para ocupar un puesto en la administración, se ocupaban en escribir sobre materias a que en aquellos días se daba escasa importancia. Un cesante, infeliz, padre de numerosa prole, conocí entonces, que era uno de los hombres de mejor pasta que han vivido en Madrid. Incapaz de ofender a nadie, repugnaba el escribir de política. Carecía en absoluto de malicia y de mala intención; no tenía espíritu más que para lamentar su suerte y la de sus tiernos hijos, y para suspirar por el día «en que subieran los nuestros», día que en su optimismo creía cercano, siempre que de ello se hablaba. Como no tenía hiel, le encargaban de la política extranjera, cosa en extremo fácil de tratar, pues le bastaba recorrer todos los días un periódico francés para enterarse de todo lo que ocurría en el mundo. No pudiendo indignarse con los de acá, por su excesiva mansedumbre, se indignaba con la Rusia, o con el Austria, a quienes trataba con toda

la familiaridad del mundo, empleando siempre formas corteses con las eminencias europeas, verbi-gracia: «No queremos ofender a Lord Palmerston; pero la rectitud nos obliga a amonestarle... etcétera...» Era de los que a Inglaterra la nombraban diciendo siempre «el Gabinete de Saint James», y a Francia, «el Gabinete de las Tullerías». Turquía era la «Sublime Puerta», y a Rusia se permitía motejarla con aquella muletilla de «el oso del Norte». Otros amaneramientos no podían faltar en sus soporíferos escritos, como «el egoísmo británico, la nebulosa Albión, las exigencias del Papado», etcétera. Inútil es decir que estos artículos, como muchos otros, no los leía más que el corrector de pruebas.

A otro conocí, también hombre de gran manse-dumbre, que en las épocas de cesantía iba al periódico a escribir los artículos de Hacienda, de los cuales no se enteraba nadie. Un día y otro revolvía a Roma con Santiago, y llenaba de guarismos dos columnas del periódico, para probar, como dos y tres son cinco, que el ministro del ramo no sabía por dónde andaba, y que íbamos a la bancarrota. Ello era cosa tan clara como el agua. Desmenuzaba con acerba crítica todas las disposiciones de Hacienda que traía la *Gaceta*, y todo aquel fárrago pesimista de sus artículos se le creía bajo su palabra, porque nadie en la redacción entendía jota de tan graves materias.

Llegaba al fin el ansiado día del cambio político,

y el atrabiliario hacendista y el diplomático quejumbroso pasaban a ser los hombres más felices de la creación. Se les daba su credencial, y ya no volvían a escribir de la Sublime Puerta, ni del déficit ni de nada. Del ramo de política extranjera se encargaba un meritorio, que hacía sus primeros ensayos periodísticos, y del ramo de Hacienda no se encargaba nadie, porque una vez en el Poder, el periódico del partido no volvía a ocuparse de semejante cosa, como dando a entender que todo iba bien, que el *déficit* se había convertido en *superávit*, y que vivíamos, financieramente hablando, en el mejor de los mundos posibles. Excuso decir que esto se refiere a una época no muy lejana, pero en la cual las costumbres políticas eran hasta distintas de las presentes. Hoy la Prensa vive con más independencia, y aunque hay diarios cuya suerte está totalmente ligada a la de los partidos, el personal de los periódicos de gran circulación goza de buenos emolumentos, y apenas se encuentran en él ni empleados ni cesantes.

II

Un cambio político radical, ayer como hoy, si bien con las atenuaciones que trae el progreso, produce en todas las clases sociales movimiento y perturbación grandes.

Para unos el cambio es la muerte, para otros la vida. Los que gozaban sueldos y distinciones pasan

a una oscuridad que en muchos casos va acompañada de penuria.

Los que se comían los codos de hambre (pase lo vulgar de la frase) se encaraman a las alturas, rodeándose de prosperidades. Es como un cambio de caretas o caras. Las sombrías se vuelven radiantes, y las alegres y satisfechas se avinagran rápidamente. En el seno de las familias se determinan profundas catástrofes y mudanzas, verdaderas revoluciones en pequeño que acusan la inconsistencia de una sociedad. En el ramo importantísimo del vestir se ven fenómenos que causan maravilla. Caballeros a quienes veíamos estirando una ropita muy atrasada de moda, se transforman en pocos días, presentándose a la admiración pública, con toda la elegancia del último figurín. En las señoras es más visible la metamorfosis. Por esta razón los sastres y modistas, que hacen su agosto cuando sube al Poder un partido en desgracia, desean que haya cambios radicales todos los meses, y esta parte de la opinión, ligada con el comercio menudo, no influye poco en la creación de esa atmósfera de muerte que se forma al derredor de todo Gobierno que dura más tiempo del regular. Y lo regular hoy es un par de años, pues en el reinado anterior, quiero decir, en los últimos tiempos de doña Isabel II, cuatro o cinco meses se consideraban un extraño caso de longevidad para cualquier Gobierno.

III

Entre los diversos tipos de cesantes no conozco ninguno tan digno de mención como el de un individuo perteneciente al Cuerpo diplomático, que después de haber ocupado puestos de importancia en Embajadas y plenipotencias allá por los años del 60 al 70, ha caído en profunda desgracia, sin que sus gestiones y las de sus amigos hayan logrado sacarle de su mísera situación para volverlo a aquella vida esplendorosa en cortes extranjerías. Sabe llevar con dignidad su desgracia, y en la precaria existencia que va llevando con mil apuros y escaseces, conserva el vestir elegante y las maneras correctísimas. Lo más particular es que si transige con la miseria no transige con la ociosidad, y su vida es una labor continua y fatigosa. Trabaja diez o doce horas cada día, y su despacho es un verdadero océano de papeles de Estado. ¿Qué hace? ¿En qué se ocupa? Pues lleva asidua correspondencia con todos los ministros de Estado de todas las naciones europeas y americanas, ha tomado sobre sus hombros la gigantesca tarea de establecer el arbitraje universal, librando al mundo de esos espantosos duelos que llamamos guerras, y trayéndonos una era de paz y bienandanza que transformará el planeta en un mundo de perpetuas delicias. Hay quien dice que ha perdido el juicio, a consecuencia del continuo pretender sin ningún fruto. En nuestra oficina de Estado no le hacen maldito caso;

pero conserva en ellas amigos que le facilitan cuantos datos necesita para la inmensa campaña diplomática humanitaria.

El hombre no se para en barras. Escribe a Gladstone, al marques de Salisbury, a Crispi, a Bismarck, y como lo hace en forma de exquisita urbanidad, tarde o temprano recibe una contestación, que será de fórmula si se quiere, pero que acaba de trastornarle si ya no lo está por entero. Pásase todo el día ordenando sus documentos, redactando notas que envía a sus colegas de otras naciones, pues en todas ellas hay una docena de maníacos, que han dado en esa tecla del arbitraje universal y del desarme europeo. Contesta puntualmente a cuantas cartas recibe; profundiza su asunto, echándose al cuerpo cuantos antecedentes atesora Simancas; no perdona dato ni noticia que a sus planes puedan dar robustez, y en el orden de ideas a que se consagra posee erudición pasmosa y sabe cuanto hay que saber.

Además, como lee de cruz a fecha todos los libros rojos, verdes y amarillos que publican anualmente las cancillerías, el hombre está muy al tanto de todos los negocios diplomáticos del mundo entero, y su conversación es amenísima, siempre que se le corte a tiempo, pues como le dejen, tiene cuerda interminable, que provoca fuertes jaquecas a cuantos le escuchan sin precauciones, es decir, sin disponerse a cortar el hilo cuando les acomode.

Persona de costumbres sencillas, de honradez in-

tachable y de exquisita urbanidad, el cesante diplomático vive de un modesto sueldo de excedencia, sólo, en casa humilde, rodeado de papeles ingleses y alemanes (pues posee diversas lenguas vivas) entre montones de protocolos y rimeros de cartas blasonadas. Al anoecer, concluída la fatigosa labor del día, que por nadie ni por nada interrumpe, se viste, se acicala y se va a comer a uno de los más frecuentados *restaurants* de esta corte. Allí es donde le acaban de volver loco los amigos, que le rodean, le acosan, le preguntan, le adulan, encomiando con mentido entusiasmo sus trabajos y llenándole la cabeza de viento. Habríaís de ver entonces cómo se sueltan disparados todos los registros de su locura.

—Verán ustedes, dice, lo que me escribe el conde Andrassy. Y saca la carta y la lee y la fingida admiración de los concurrentes le trastorna más.

Para mí, añade, no hay secreto en *Downing Street*. Yo tengo allí amigos venerados y fieles que me tienen al tanto de todo, y por más que quiera engañarme con palabras bonitas el marqués de Salisbury no lo conseguirá. Es muy marrullero; pero yo lo soy más. Nos conocemos hace tiempo... Y que hay doble juego conmigo, bien se ve en esta carta del príncipe de Hohenlohe, embajador de Alemania en París... Pero, no; no puedo leerla: es absolutamente reservado lo que me dice... Lo que sí puedo asegurarle, es que Crispi y yo hemos llegado a un perfecto acuerdo.

Todos se congratulan del acuerdo y continúan mareándole mientras come. ¡Infeliz! Es una cabeza de primer orden, perturbada por la cesantía, por una excedencia de veinte años. En este período, ¡cuántos servicios podría haber prestado a su país! No pudiendo servir a la ingrata nación que le niega el pan, se dedica a servir a la humanidad... otra ingrata incorregible.

FIN DE «FISONOMÍAS SOCIALES»

INDICE



INDICE

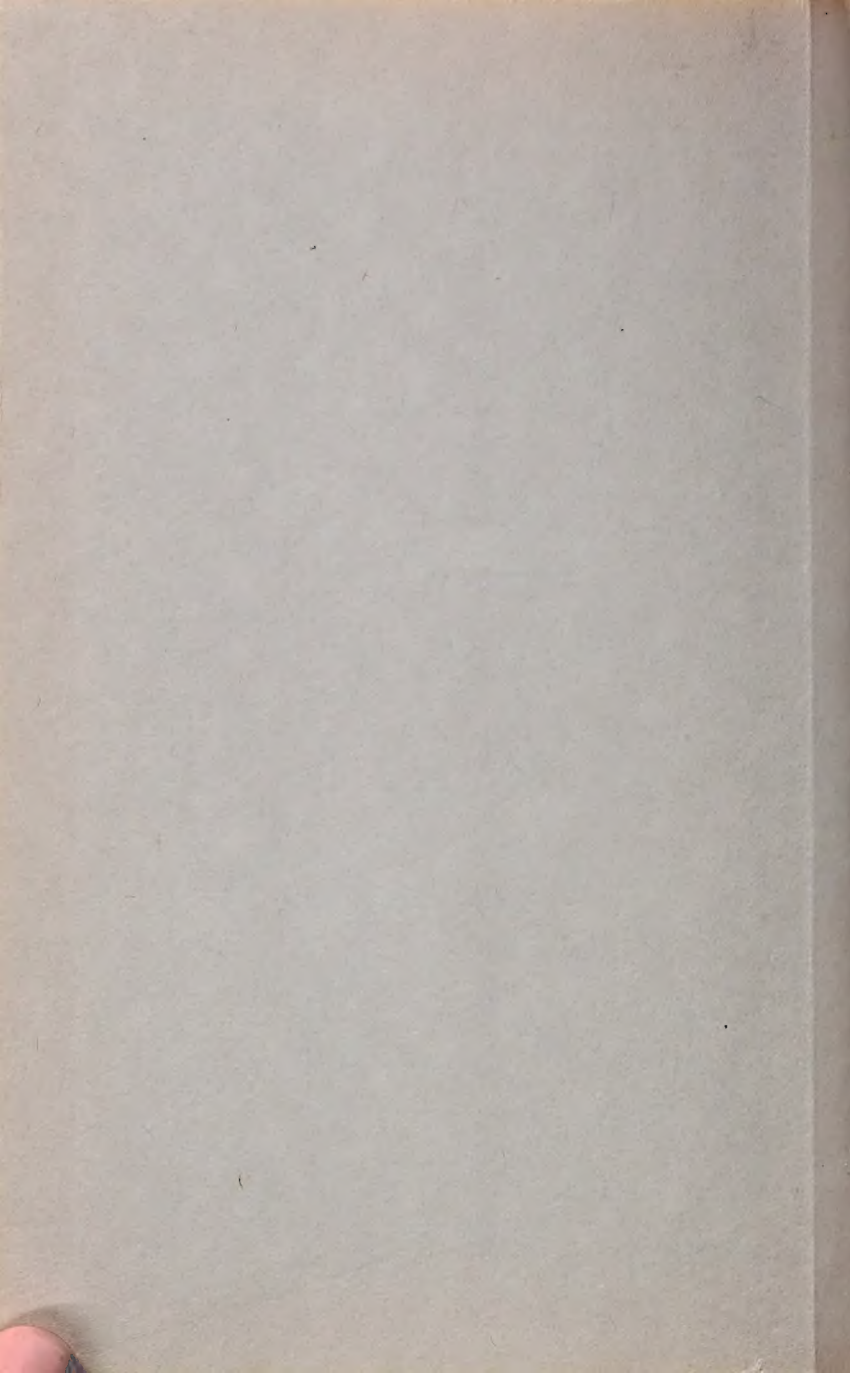
	<u>Páginas</u>
PROLOGO: ALBERTO GHIRALDO	5
<u>CIUDADES DE ESPAÑA</u>	13
San Sebastián.....	15
Bilbao.....	27
Santander.....	39
Madrid.....	50
Barcelona.....	66
<u>OBSERVACIONES DE AMBIENTE</u>	87
El poder de los humildes.....	89
Humanas locuras.....	102

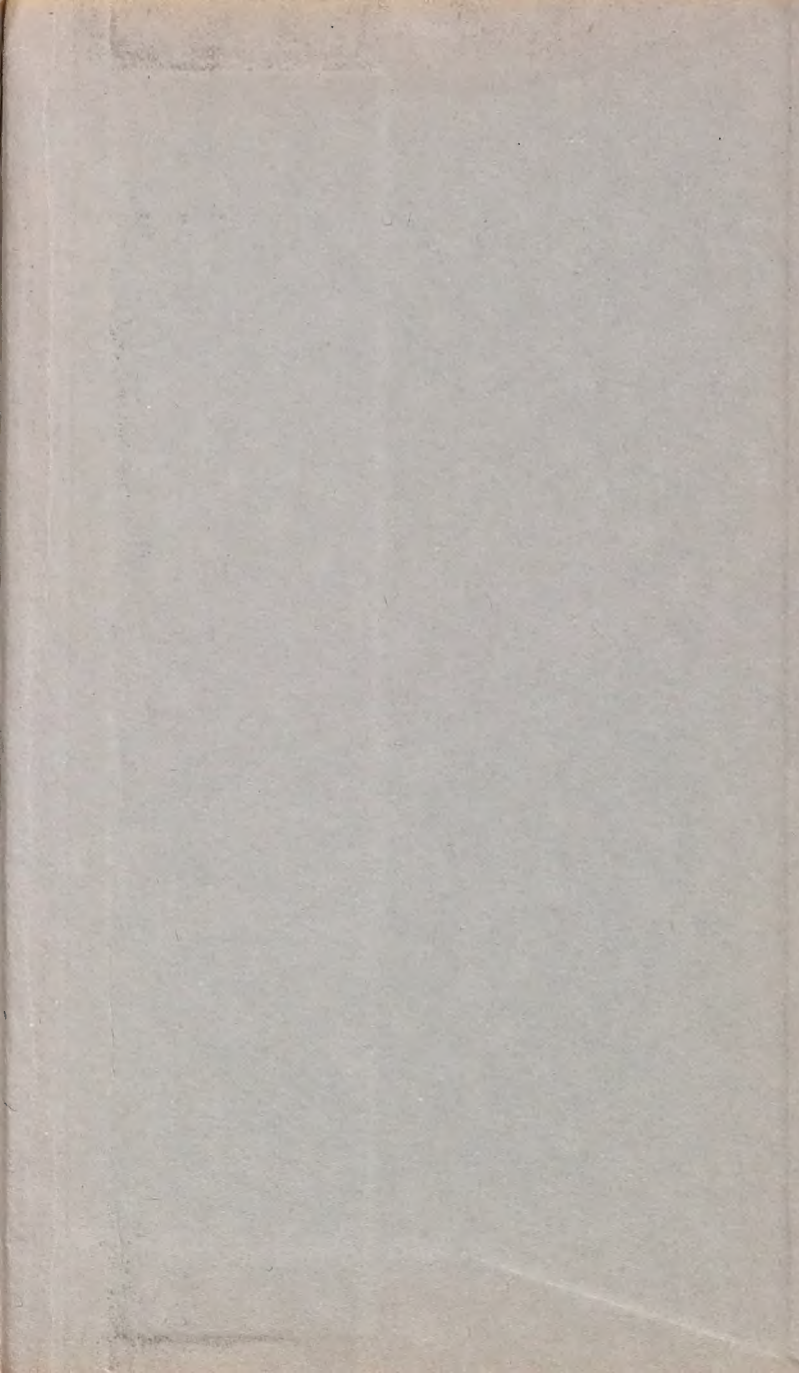
INDICE

	Páginas
El mes de marzo.....	106
La fiesta nacional.....	113
Vida de sociedad.....	120
Solidaridad.....	127
El circo y el toreo.....	132
Panoramas madrileños.....	135
La Epifanía.....	142
Nuestro «sport».....	146
Mayo y los «Isidros».....	154
Peregrinos a Roma	160
Tribuna de señoras.....	165
Para ganar el cielo.....	169
Crisis políticas.....	177
Alegrías de primavera.....	184
Divagando....	188
 <u>TIPOS</u>	195
 El coleccionista.....	197
El parlamentarista....	209
El elegante.....	231
El veraneante.....	243
El cesante.....	256

FIN DEL INDICE



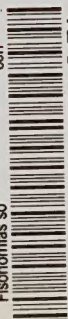




PQ 6555.A1 1923, vol.1

Fisnomias so

can



3 0081 002 038 176